IESHUA DEL DESIERTO, sobre la RUTA de la SEDA

—De Las SOLEDADES y Los SILENCIOS—

Ficción especulativa/espiritual canalizada por: **LuixFlow** —traducida por: **FlorezLuis**

INDICE

PRÓLOGO	Un Poeta viaja en el Tiempo
CAPITULO I	Decisión por la Travesía
CAPITULO II	La Ruta de la Seda
CAPITULO III	La Compañía del Cielo
CAPITULO III-a	La Conexión Gala
CAPITULO IV	Conversación entre María Magdalena y Rebeca
CAPITULO IVa	Dialogo de María Magdalena con las Mujeres
CAPITULO V	Dentro de la realidad Macondiana
CAPITULO V-a1	Una Pequeña Ayuda
CAPITULO V-a2	Del tiempo en Francia
CAPITULO VI	En el Desierto
CAPITULO VII	Algo de Geografía y Suposiciones
CAPITULO VIII	Lemuria
CAPITULO IX	De Capernaum hasta Damasco
CAPITULO X	En Telos
CAPITULO XI	Del Amor que surge de los Deseos
CAPITULO XII	Amor Gitano
CAPITULO XIII	Un Skater y una conexión Electro-Sensible
CAPITULO XIV	Los Héroes del Tiempo
CAPITULO XV	Visitantes de la 5D
CAPITULO XVI	Acortando Camino hasta Ur
CAPITULO XVII	El retorno de Uru y Rebekka
CAPITULO XVIII	Final del Camino
CAPITULO XIX	En Kashimir

PRÓLOGO

—Viaje en la Espiral del Tiempo de la Vida de un Poeta Antiguo—

Mayo del 2019

Todo este relato de acontecimientos diversos comienza en una tarde muy normal y corriente, a finales de una calurosa época de la primavera del año 2700 a.C., en Ur de Caldea, en la remota Sumeria.

Camina un joven poeta por un sendero polvoriento y angosto. Lleva horas ensimismado en ideas que solo él comprende, probablemente originadas por el largo tiempo que ha pasado viviendo en soledad. Es una tarea muy difícil —encomendada por su tutor— lo mantiene de un humor tan sombrío que reniega de todo, incluso del sofocante clima que, sin duda, lo viene afectando últimamente. Y cuál no seria su asombro cuando, de pronto, sin darle tiempo para reaccionar —y sin saber si alucina por el calor o qué—, un objeto extraño aparece frente a él, volando, y lo sustrae inmediatamente de la aburrida y quejumbrosa realidad en la que está sumido.

Los seres de la nave, en ese preciso instante, parecen tener un único propósito: localizar al hombre en uno de sus futuros yos lejanos, dentro de un tren alemán. Una pantalla transparente ilumina y parpadea códigos binarios en tonos verdes. Sin embargo, lo que los extraterrestres no sabían —y que les causó gran sorpresa— fue la reacción del poeta al aparecer frente a ellos. Sin saber quiénes eran y sin asustarse, los trató como delincuentes. Comenzó a gritarles de forma grotesca y a voz en cuello, afirmando que él era hijo del gran filósofo de Sumeria y que lo que estaban haciendo constituía un secuestro. Los tripulantes de la nave solo se carcajearon, respondiéndole de manera vaga que lo enviarán a escribir unas anécdotas viajeras entre sus propias líneas paralelas de tiempo y espacio, para estudiar la creatividad literaria y el comportamiento humano en distintos ambientes. El hombre, sin entender absolutamente nada de lo que le dicen, queda atónito y no alcanzó a responder. Cuando reaccionó, ya estaba parado sobre sus viejas y polvorientas sandalias, haciendo equilibrio dentro de un tren bala que partía desde la estación Berlin Hauptbahnhof rumbo el aeropuerto de Brandeburgo. En su mano izquierda llevaba pegado un boleto de ida para un vuelo que saldría en cuarenta y cinco minutos hacia Santa Marta, Colombia.

El poeta, que habla sumerio y un dialecto similar al alemán antiguo primitivo, tiene un cerebro que, al mismo tiempo, le va susurrando frases en griego y arameo. Posee una especie de radar lingüístico que comienza a absorber la nueva lengua que escucha a su alrededor; sin embargo, permanece mudo y con los ojos desorbitados. Como puede, se agarra de un tubo metálico cercano para no resbalar. Viste únicamente una sucia túnica blanca de estilo griego tradicional. Las sandalias que lleva puestas delatan el descuido de años. Andróginos berlineses dentro del tren lo miran y le sonríen, haciéndole muecas cómicas. Sus ojos tranquilos, color miel aguamarina, escanean a la gente del vagón, provocando desconfianza en algunos, que lo observan espantados: allí está, paralizado, desaliñado y ajeno a todo. A él no le produce ninguna reacción verlos; es como si contemplara piedras rocosas en movimiento en el vecindario desértico del que lo sacaron.

Dicen que no fue trasladado directamente a Santa Marta porque los internautas se distrajeron con tanta diversión al editar la nueva información que incrustaban en su sistema nervioso. Además, se atribuye el desvío a las numerosas coordenadas y frecuencias confusas que los terrícolas manejan en estos días. De todas formas, lograron entregarle, en el último segundo, un tiquete de ida hacia su destino final, aunque olvidaron un pequeño detalle: proporcionarle dinero.

Según el poeta, fue un secuestro, ¿no? Se dice que apenas pudieron cargar en su cerebro las “malezas” mentales que llevaba dentro, debido a la densa y espesa atmósfera del planeta; tuvieron que dejarlo un poco virgen en su programación, eliminando cualquier anomalía mental. Así, ese día quedó transportado y sin “renderizar”, como reencarnado con un alma predispuesta a la fragmentación: aprendiz de poeta en Ur, y quién sabe por qué otras razones que uno pueda imaginar.

Eso sí: no lleva consigo ningún fantasma ni sombras dañinas. Está lleno de colores y con un aura saturada de palmeras de dátiles. Pronto deseará dejarse encontrar por el parlante del amor, a través de un sentir abierto e invisible que lo mantiene colmado de aventura. Entre su energía ecualizable y un cuidado gentil —interno o externo femenino, podría regalar a los lugareños mucha de esa luz antigua con la que viene cargado. Claro que se enfrentará a un inconveniente: entre los muertos vivientes solo está disponible la ilusión indiferente, lo que le dificultará hacerse entender.

Cuando terminan el trabajo de transporte y dan por cumplida la misión, ellos —los tipos del ovni— se echan un brindis con aceite de coco, supuestamente en conmemoración de los sobrevivientes que viven junto a los dioses y de los vecinos que van y vienen sin saber nada de nada. Así, riéndose a carcajadas, dejan deslumbrado al joven poeta: solo, en silencio, con la misma túnica y sin dinero en los bolsillos, con un pasaje de ida pegado a la mano, en un tren moderno de Berlín.

Habrá que tener en cuenta, además, la presencia de un niño cavernícola que, en ocasiones, se aparecerá a cualquiera de los “yos” del poeta. Por ahora, no se conocen con exactitud las evidencias, pues el niño molesta a quienes conoce, insistiendo siempre con preguntas intrincadas para que le hablen de un amor que brota desde una Tierra Hueca. Sin embargo, nadie parece prestarle mucha atención ni entiende claramente lo que dice. Todos aquellos a quienes interroga parecen preocupados, actuando como zombis con sus teléfonos móviles encendidos, generando ondas electromagnéticas estimulantes. Al parecer, este niño cavernícola es el mismo poeta en sus comienzos como humano en Gaia.

Muchas de las claves musicales que se describen a continuación son expresadas por el poeta desde un silencio interior, el cual a veces se asemeja a un sonido externo acompasado con una melodía de fondo que proviene de varios desiertos solitarios, donde las arenas cantan junto al viento trovas libres de aglomeraciones humanas. Ese silencio interior no implica conexión con la soledad ni es completamente silencioso; más bien, obliga al poeta a viajar, de manera sencilla y necesaria, a través de la larga espiral de su propio tiempo-espacio en modo observador.

Quizá solo absorba esos silencios musicales cuando está cerca de la naturaleza. Es muy distinto cuando atraviesa una ciudad llena de flamantes cubículos cuadrados, muchos fabricados en cemento, que dan la impresión de convivir con su propio peso: semejantes a silenciosas moles estáticas y observadoras, prisioneras entre tanta roca y hierro, absorbidas obligatoriamente. El poeta piensa que son contrapesos que existen sobre movimientos y panoramas paralizados, que aún poseen vida propia, con sentires personales en vaivenes provenientes de silencios arcaicos y primitivos, aún indescifrables.

Será muy difícil lograr que el poeta se involucre en la escritura de inmediato. ¿Cómo estimular su creatividad si aún se encuentra en modo de supervivencia, sin dinero? Para él, ir hasta Santa Marta y adentrarse en una ciudad desnuda, expuesta a millones de rayos ultravioletas, donde las pieles curtidas por el clima recorren tranquilamente sus rutinas sin sentir sofoco, no será sencillo.

No, no, no: le resultará demasiado complicado, en un abrir y cerrar de ojos, ponerse a escribir estando todo sudoroso como está ahora, sobre el tema que los extraterrestres quieren que desarrolle.

Mientras que para los habitantes del “desierto” samario caribeño, los rayos del sol son como un viento acariciante y relajante, lleno de múltiples brisas marinas que provienen desde tiempos tan remotos como cuando la Atlántida existía sobre las aguas celestes de los mares del norte. Él necesitará mucho más tiempo para adaptarse. Los piratas del Caribe trajeron la brisa europea del norte, pero no la frescura en las trovas.

Las canciones samarias en estos días están tan intensas como en los últimos días de primavera del poeta en Caldea. Con tanto ruido ambiental, el poeta llega a pensar erróneamente que no podrá aprender en Samaria algo verdaderamente importante que lo impulse hacia un estrellato anónimo... toda esta idea es muy complicada. Él explicaba que el vallenato está tan alejado energéticamente de su aura que, para conectarse con él, se necesitan otros impulsos y una gramática verbal diferente. Decía que la luz de Helios —el sol de este sistema solar— es fría, pero que solo se calienta al rozar la atmósfera y la piel del Caribe colombiano.

...Aspectos vinculados al amor cósmico, involucrados en la educación filosófica que recibió el poeta en Sumeria.

Dentro del platillo volador, le habían implantado al poeta la certera imagen de que llegaría a Samaria del Magdalena al día siguiente y que, posteriormente, recibiría nuevas instrucciones mentales para organizarse en cualquier pueblo macondiano que deseara. Cuando terminara con los pormenores, ellos procederían a relocalizar su alma, o mejor dicho, a desfragmentarla, para que repitiera el procedimiento entre los años 1 y 30 d.C. La idea era que el poeta, de esta forma, activara dentro de su presente continuo los cuerpos astrales de tres yos paralelos de sí mismo, a través de los cuales podrían monitorear la creatividad en diversos espacios y ambientes.

Podría gestar la historia inspirado en distintas escenas de sus presentes, todos ligados a la espiral del tiempo, y mezclar todo si así lo quisiera. Solo contaría con la colaboración o consejería de su Yo-Futuro superior, que actuaría como un mentor invisible de cabecera, y que es el arquitecto de este proyecto desfragmentable.

Llegará el momento en que se encontrarán todos los “yos” del poeta y ya no será necesario volver a rastrearlos. Sin embargo, cuando lo dejaron solo en Berlín, sin aviso previo, esperaban que él continuara su viaje sin ninguna intervención externa. Entonces, el coplero poeta de Sumeria adecuó como pudo una casita macondiana en un pueblo polvoriento y descuidado a orillas de una carretera ruidosa, por donde pasan muchos camiones de carga pesada. Se trata de la Vía del Sol, la carretera troncal que va desde Santa Marta hasta La Guajira.

La otra base fue ubicada en el Medio Oriente, en Palestina, alrededor del año 31, donde el poeta escogió otro pueblo polvoriento llamado Nazaret. Como se abordará una última variante experiencial, muy perpendicular a las otras dos —el período de niño cavernícola —, se llegó a la conclusión de usar solo tres vidas del poeta y omitir, por ahora, las otras que vivificó en la Tierra para llevar a cabo el ensayo de este *reality show* y así encontrar el coeficiente común entre las múltiples variables de posibilidades.

De este modo, este cuento terminará siendo el resultado final del experimento mismo.

Entonces se descartaron sus reencarnaciones, como la de filósofo en Grecia, la de militar al mando de una unidad nazi en la Alemania del siglo XX y, por último, la de guerrero pacificador en los años prósperos de Sumeria. También se omitieron las experiencias, o para que suene menos frío: las encarnaciones con cuerpo femenino, en las que la mayor parte del tiempo fue violada y asesinada por ser considerada “bruja” a edades tempranas. Se hizo una omisión deliberada con las reencarnaciones en Mu de Lemuria, las cuales eran tan sublimes y espirituales que no resultaban pertinentes.

Se creyó que, al pasar por Ur, él podría establecer un hogar en aquel territorio, tal vez si decidiera regresar después de concluir el ensayo experiencial. Sin embargo, al observar en los sistemas de monitoreo la rápida transformación del puerto en dirección opuesta, la idea empezó a parecerles improbable.

Al poeta lo alimenta primordialmente una lámpara interna, en la que duerme un genio incluido en el teorema de su propia existencia y que, en apariencia, reside en el centro de su corazón. Además, está rodeado de seres que uno podría decir, sin temor de que pertenecen a la Compañía del Cielo. Estos seres desean que las letras de lo que el poeta escriba ahora salgan a flote hacia el éter de lo tangible, desde la luz de una belleza, que es también insociable, casi inasequible, con la esperanza de que alguien, de manera aleatoria, pueda sentirla al leer el lenguaje escrito, germinando algún ideal de armonía exterior, una sonrisa o la curiosidad compartida de lo convivencial o confidencial de que cada ser humano es también creativo por naturaleza.

Esto se dice a sabiendas de que este argumento se abrió sin prever lo que se podría evaluar al observar, hace dos mil años, a alguien escribir a intervalos, sobre un camello en la Ruta de la Seda, que va de Palestina hasta la India. Seguramente, algunas partes de esta historieta, o crónica dispersa para quitarle lo solemne y suene de forma más épica suave, se escribieron en mil y una noches, en tiempos de Alí Babá y los 40 ladrones o de Simbad el Marino, cuando este aún navegaba los mares de Oriente. Ninguno de estos relatos se encuentra almacenado en los archivos de la vida.

Se podrá enmendar más adelante el hecho de que el poeta rebelde tuvo alguna que otra preferencia al modificar el plan inicial con el que fue enviado —culpa del libre albedrío humano—, anexando un par de movimientos laterales. Poco a poco, los numerosos elementos escritos se fueron consolidando, a veces diseminándose lentamente en su mente, como si uno más uno fuera solo otra unidad funcional dentro de su lámpara mágica.

Todas estas cosas son posibles gracias al salvoconducto del universo local que lo observa escribir en soledad y sin una guía práctica, aunque avanza con una terquedad flexible y a puro lápiz limpio, sin borrador sobre los desiertos de Mesopotamia, Persia y Palestina. A pulso, dicen, y sin computadora.

Lo claro para él es que la parte esencial de su ser no se disolverá, ya que ahora está diseñada para trascender la muerte terrenal, al ser ajustada con una configuración más refinada sobre la línea elástica de las Edades; sin que el poeta, ya acostumbrado a lo que viene, pudiera insistir en cosas del pasado. Ya era hora de que alguna nueva perspectiva positiva apareciera en medio del experimento, colándose entre tanto maltrato persistente.

El poeta había aprendido lo básico en el Jardín del Edén; como vecino, vivía con los hijos de la Raza Violeta de Adán y Eva, junto con quienes consumió considerables cantidades de coco y dátiles, lo que lo llevó a concluir, al final de su deriva literaria, la siguiente impresión:

“Dentro del ojo posnormal del poeta, todo es ficción, al fin y al cabo. —continúa él–: como la brújula anda extraviada, me dejo llevar por el vaivén que se derrama entre las polvorientas calles de estos pueblos macondianos, al igual que en Bagdad, Beirut, Nazaret o Ur. Me atrevo a afirmar que, en casi todos canta un gallo a cualquier hora del día, en el lugar que uno menos se lo espera. Así que este animal puede arruinar cualquier contaminación urbana que se esté filtrando al proyecto temporal de reunir frases y letras separadas y olvidadas por tantos siglos de abandono.

Veo a los perros de cuatro patas, esos llenos de inteligencia y amor por el amo, en manada y jugando; y también a los gatos, solitarios, curiosos, metódicos y tímidos, que hacen las veces de espías cósmicos —sanadores y protectores mágicos de energías humanas— y todo eso me deja en calma”.

Una parte disonante de esta interpretación inclusiva, llamada *Prólogo*, es que, en el fondo, el poeta estuvo tratando, sin esfuerzo, de encontrar algo que contar al observarlo todo, aunque fuera ficción, solo para distraerse. Al final, quedaron el paisaje, las alfombras, el sudor, el polvo, el silencio, la basura, el sol y el calor del desierto adheridos a su piel. Su inspiración secreta, o ninfa, fue el amor.

El poeta también se encontró, en Macondo, gallos de pelea atados a cualquier arbusto descuidado. Casas construidas siguiendo parámetros costeños, secas y levantadas a la carrera después de un fin de semana lleno de ron, mudas ante el polvo y las basuras olvidadas. El calor, abrasador. El sol, inclemente cuando no hay nubes. Llueve solo cuando el viento decide traer agua. Algunos días hay agua en el grifo; otros, no. El agua de la llave no la bebe ni siquiera el dueño del acueducto.

Las discotecas, abiertas a diario, emiten su estruendosa música al ritmo de su propia y obstinada evolución, con géneros musicales limitados, restrictivos y repetitivos. Algunas reflexiones sobre estos desiertos cubiertos de ruidos, espejismos y formas fueron entregadas al poeta en forma de recomendaciones; él sabía, por consiguiente, a lo que se enfrentaba. Así, desde que el poeta aprendió a activar sus distintos canales de atención, vigilancia y resistencia, sus sentidos se agudizaron aún más, adoptando una postura vital de “lo que sea y cuando sea”.

El joven poeta, desde el inicio, logró adaptarse a su nuevo cubículo habitacional, donde tenía un ventilador de techo encendido al máximo sobre su cama en todo momento. Sin embargo, seguía sintiendo el mismo calor sofocante que experimentaba al vagar errante sobre el polvo de Mesopotamia. Esto lo obligaba a permanecer encerrado y desnudo todo el día, como única opción para mantener a raya ese calor agobiante, mientras pensaba o comenzaba a dar forma y disipar ideas.

Por ello, se ducha tres veces al día para que el agua pueda acariciar suavemente su piel, como si fuera su única conexión tangible con la musa invisible que lo acompaña.

Beber agua y escribir es fácil. Pero la pregunta que ahora le cuelga, como un fruto maduro, en el cocotero de la frente es: ¿dónde encontraré a la Reina del Amor?

La profesión del poeta, que tiene algo —o quizá muy poco— que ver con esta conversación, seguía transformándose al ritmo de las modulaciones del tiempo. En tiempos pasados, después de ser niño, se convirtió en estudiante y permaneció conforme con ese rol durante más de mil años. Posteriormente, un día descubrió que también podía ser regador de plantas; solo necesitaba una manguera y agua.

Pasaron otros siglos en su evolución, y todo aquello lo transformó en guardián de tierras que no le pertenecían. Aunque, lógicamente, ello incluía la práctica consecutiva de sus anteriores profesiones: ser niño, estudiante y regador de plantas.

Ahora, al ingresar a la quinta y última profesión: la de poeta, practica algo que lo convierte en un ser al servicio de las comunidades vecinales, ubicándolo en un nivel avanzado dentro del servicio humanitario, añadiendo nuevas facetas a su hábito profesional que, prudentemente y con el debido permiso de los astros, pueden ser en ocasiones agraciadas dentro del humanismo y el ámbito de las artes, sin exclusión.

En nuestras últimas reuniones extraterrestres, se concluyó una sola cosa —y les recordamos que dijimos que las órdenes provienen de la llamada Oficina Central, desde donde se distribuyen todas las provisiones energéticas que mantienen a cada forma de vida en un estado permanente de expresión, ya sea en un paraje real, virtual o de ficción.

Y eso que por aquí ya nos están apurando para que se concluya el proceso terrestre de “ascensión” y dejemos a un lado tantas promesas o endulzamientos discursivos de que todo está bien, que ustedes van bien y que ya casi es la hora; que solo falta ajustar un tornillo aquí o una tuerca allá.

Porque hemos escuchado que las energías entre ustedes deben estar alineadas para un buen funcionamiento, desde allá hacia acá y desde acá hacia allá; se diría que es como calibrar las válvulas de un motor.

¿Y qué fue lo que concluimos? Nada. Todo queda para que usted lo discierna a su modo, o como le dé la gana.

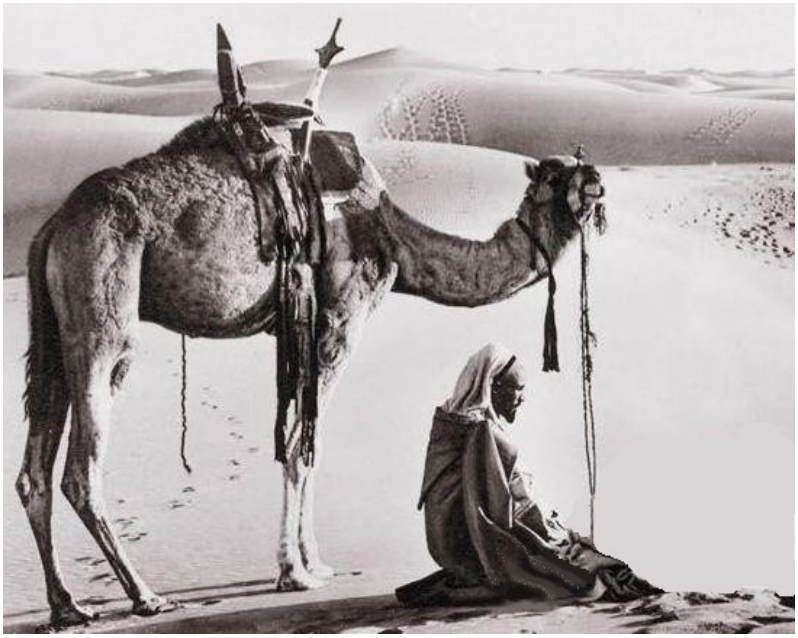
Para cerrar este sonsonete que hemos decidido llamar "*Prólogo*" y retomando las dudas del joven poeta de Ur, recordamos que desde el principio comenzamos a percibir vibraciones y cambios de frecuencia en su corazón y su cerebro. Las energías estaban listas para liberarse y, por consiguiente, todo ello se expone de una forma más sencilla para que podamos captar, desde aquí, en los monitores, sus palabras y pensamientos.

Estimamos que, al fin y al cabo, algo puede estar inspirando la escritura desde su estado de conciencia transmutable; algo, sin duda, está brotando lenta y pacíficamente en medio de su desierto interior.

Las siguientes claves "musicales" nacen del silencio interior del poeta, desde su silencio interior, que a veces se desborda hacia el exterior, y que van acompasadas por una musiquita inventada que lo acompaña de fondo. En ocasiones, puede ocurrir que él narre en primera o tercera persona, rellenando espacios o secciones con lo que surja.

Además, como siempre, estamos nosotros editando o añadiendo comentarios aclaratorios que momentáneamente podrían embellecer o alterar la narrativa habitual en prosa de un cuento convencional, pero estimamos que, al fin y al cabo, ¿qué importa?…

¿Ya se ha instalado usted, querido amigo, con sus audífonos para volver, una vez más, a otro día supuestamente normal? ¡Vamos! Jeje.



Sananda

I

DECISIÓN por la TRAVESÍA

“El amor es más poderoso que la muerte.”

Mayo del año 31

—Oh —dijo la prostituta, acariciándole el rostro con una mirada delicada—, es un gran honor para nosotras recibir tan ilustre visita, señor Ieshua. Hemos escuchado los numerosos rumores que vienen de Palestina, aunque recuerdo que uno de ellos afirmaba que usted había muerto…

—Sí, claro, madre. He muerto y, al mismo tiempo, he resucitado en otro estado del ser, aunque nunca fui crucificado. Como puede darse cuenta, he asumido la forma este cuerpo y ahora, como Sananda Kumara, estoy realizando un viaje a la India con mis amigos y mi familia.

---o---

Aunque percibo que Atlántida ha concentrado sobre sí los estados de admiración, ¿dónde podré encontrara a Lemuria, la Reina del Amor? Me han contado que ella ha estado despertando paulatinamente a sus hijas a lo largo del tiempo para entronarlas en distintas misiones a lo largo de la historia. Comprendí que varias de estas mujeres valiosas vivieron en la época del Nazareno; una de ellas es Rebeca. Por estos días de primavera en Palestina, en tierras cercanas a donde vive Rebeca, ella y su mejor amiga Ruth —la hermana menor de Ieshua— conocen a un joven comerciante al quien todos llamaban El Griego.

Parece que Rebeca ya había tenido un acercamiento previo con Ieshua; el resultado de ese encuentro, para bien o para mal, lo pudo asumir con fortaleza y serenidad, y continuó su vida permaneciendo cerca de los momentos públicos de Ieshua, pues quería aprender de las cosas nuevas que él enseñaba. Como ella, muchas mujeres se atrevían a romper el círculo patriarcal para acompañar a Ieshua dondequiera que estuviera; un patriarcado oscuro, arraigado en la cultura judía estática y rigurosa, cuya moral —que el mismo Ieshua bautizó en algún momento como “nido de víboras”— era dirigida por los líderes religiosos o autoridades sionistas de la época.

En Jerusalén se vio por primera vez al niño griego cerca de un chico de nombre Ieshua durante los años de adolescencia del nazareno. Fue en una mañana libre de nubes, mientras el niño griego y sus amiguitos de barrio jugaban a mojarse unos a otros alrededor de una fuente de agua en una pequeña plazoleta de Jerusalén. Ieshua se acercó a la pandilla de niños inquietos y ruidosos para compartir el juego húmedo y regalarles un par de sus bromas. Cuando les hablaba, el tímido niño griego, con una curiosidad inquietante, se percató de algo sutil y desconocido en Ieshua: percibió en el nazareno un profundo amor por la gente.

Esas intenciones de Ieshua quedaron talladas de forma agradable en el interior del niño griego. En ocasiones, cuando el chico alegre y especial aparecía en Jerusalén, el peculiar niño griego lo espiaba: por ejemplo, cuando le daba por observarlo entrar en el santuario judío y luego esperarlo por horas hasta que saliera. También le gustaba seguir sus pasos y escucharlo desde su escondite, mientras él compartía con los transeúntes.

El niño, movido por una curiosidad infantil, se acercaba con cautela para oírlo desde una distancia prudencial, intentando aprender cosas que, en realidad, no alcanzaba a comprender del todo. Al hombre que le atraía, le decían Ieshua el Nazareno.

Años más tarde, cuando lo vio por última vez, fue en el Calvario. Había una algarabía tremenda ese día, procedente de diferentes grupos de personas nerviosas o exasperadas que giraban en torno a una escena fatal de crucifixión. Colgaba un aviso en uno de los maderos donde iban a sacrificar a Ieshua que decía, entre muchas otras lenguas: «INRI» (Iesus Nazarenus Rex Iudaeorum). El cartel en madera sucia, marcado con letras rojas, exigía sangre inocente mientras se bamboleaba a medida que los hombres brutales del César elevaban la cruz donde fue expuesto públicamente como un sucio criminal condenado.

Alrededor de él, cuando por última vez tronó impresionantemente el cielo oscuro, permanecían muchas mujeres en torno al madero en que colgaba, entre ellas María, su madre; Ruth, su hermana menor; María Magdalena, su mujer; y la muy singular Rebeca.

Se murmuraba de antes que Rebeca, a la tierna edad de 17 años, sin temerle a la seducción, pedirle a su padre que invitara a cenar al nazareno a su casa, al tiempo que planeaba en su corazón una declaración de amor. Mientras buscaba entre lo imposible un equilibrio con su propia decencia, sabía que necesitaba desesperadamente confesar lo que su sangre empujaba: un sentimiento que ya venía hirviendo dentro de su corazón solitario, palpitándole con tanta fuerza que parecía querer salir, ahogado y apresurado, de su pecho.

Así va ella, cargada de un enamoramiento emotivo que le nubla la imagen interna de su adolescente inocencia, saturándole el dulce rostro con los colores de la tierra donde nació. La obsesión carnal —virgen, intensa, arraigada en la atracción entre géneros— la arrastraba desde hacía meses, agitándole ansiedades desmedidas. Hasta que, al final, durante la cena romántica, al son lejano de una flauta de pastor, trató ordenadamente de desplegar los sentimientos de mujer por un hombre a quien encontraba hermosamente perfecto para cuidar con su corazón y con los adjetivos de su cuerpo.

Deseaba ella acariciarle el alma con cada movimiento de su ser, pero se contenía. Entonces, Rebeca soltó ordenadamente sus palabras de amor, que fueron desocupando sus entrañas mientras caía dulcemente la noche, acompasando la conversación. Fue un acto liberador y sublime: Rebeca en toda su plenitud de expresión sincera, mientras el halagado escuchaba apacible y en silencio el recital de ese canto significativamente afectuoso.

Ieshua, tan ocupado como estaba en mantener a una familia de ocho hermanitos a quienes ayudaba a criar desde la muerte de su padre, Ioseph, no tenía ni la disposición ni la intención de abandonar a su familia carnal, pese a la atrayente propuesta de aquella flor del desierto que, al mismo tiempo, le iba electrificando la sangre.

Habrá que tener en cuenta, además, que sus conclusiones y pensamientos —maduros y cuidadosos— provenían de un adolescente. Para él, entregarse a Rebeca significaría salirse del círculo familiar y dedicarle a ella la mayor parte de su atención.

Rebeca entendió plenamente la situación, pero la ansiedad y el desespero la habían preparado para esa primera evasiva. Antes del encuentro, había conversado con su padre sobre la posibilidad de sostener económicamente a la familia de Ieshua en caso de que se celebrara el matrimonio, y su padre había accedido: era la hija mayor y el sol de los ojos de un sumo sacerdote en Nazaret.

Lo que Rebeca no alcanzaba a comprender del todo era que él era hijo de la Promesa y llevaba ya, en su ADN espiritual, planes que trascendían lo terrenal. De todas formas, y ante la negativa de unión de vida, desde ese instante Rebeca —entre sus silencios y en el desierto de sus pensamientos— continuó amando y admirando la grandeza de la obra que Ieshua llevaría a cabo, negándose a elegir el camino del odio ante el rechazo. La historia del amor de Rebeca por Ieshua se cuchicheó en Nazaret y posteriormente en Cafarnaúm, de manera que, si bien en los años que siguieron fueron muchos los hombres y mujeres que lo amaron, él siempre estuvo enamorado de su esposa, María Magdalena, con devoción.

Rebeca lo supo acompañar hasta su muerte allá en el Gólgota, en aquel oscuro viernes cuando las campanas marcaban las tres de la tarde a finales del año 30 d.C., el cielo enmudeció a esa hora tercia.

En esa fatídica tarde se encontraban Ruth, sosteniendo las manos temblorosas de su madre, y a su lado solo un hombre: Juan. A la distancia, y con una prudencia temerosa, algunos amigos observaban la masacre que más adelante sería usada por las élites romanas para dar comienzo al surgimiento de la religión más poderosa de la tierra, con carácter político y económico, destinada al control de las masas temerosas. Fue un culto que, según dicen, fundó Pedro; pero en realidad se edificó sobre lo que Pablo interpretó desde la perspectiva del dios judío, distorsionando el sencillo mensaje de amor del Nazareno.

Los ojitos de Ruth —quince años menor que el Nazareno—, dilatados por la vigilia obligada y las escenas dolorosas del martirio escalofriante al que fue sometido su hermano, se negaban a llorar; ella tenía que desempeñar el papel de sostén en una escena de mujeres emotivas, abrumadas por la injusticia perpetrada por una agenda de poder. Indefensas y sin apoyo, solo podían aferrarse a sus propias manos temblorosas.

Ruth nació en una noche de miércoles, el 17 de abril del año 9 d.C., cuando Ieshua tenía 15 años. Él la crió como padre y hermano mayor desde que José, su padre, murió. Dedicó lo mejor de sí mismo a la crianza y educación de sus hermanos, en particular de sus hermanas, a quienes, como mujeres judías, les estaba prohibido asistir a la escuela reglamentaria.

Pasados varios meses después de la crucifixión,—o tal vez años; el tiempo se dobla cuando uno ha sido arrancado de su siglo—, en mi camino hacia el Líbano, algo me impulsó a visitar a la familia de Ieshua. Recuerdo aquel día muy bien: todo estaba soleado. Encontré a Juan ayudando en la pequeña granja que administraban los otros hermanos de Ieshua, y estuve un par de horas con ellos trabajando juntos en el campo. Luego llevamos algunas legumbres a la casa.

Ahí se encontraba Ruth, que charlaba al tiempo que cocinaba un estofado junto con Rebeca; los aromas impregnaban el ambiente. Almorzamos todos juntos. Ruth me aconsejaba a veces; parecía que ella escuchaba los ecos de las enseñanzas de su hermano, invitándome constantemente a escoger siempre lo más favorable por el bienestar de la comunidad. El tono de voz de ella me sonaba como una pieza musical que resonaba en lo hondo de un pozo, nutriendo mis desiertos interiores. Rebeca me observaba desde la distancia, sin manifestar nada.

Hablamos de todo menos de la crucifixión. Al final de la visita, me quedé unos momentos a solas con Ruth, y ella, aprovechando el momento, me contó en voz baja que, junto con su nuevo esposo David, Rebeca y María Magdalena, se dirigirían con el nuevo cuerpo de Ieshua hacia la India. Me quedé paralizado, tratando de asimilar lo que podrían estar haciendo o planeando… ¿y dónde estaba entonces Ieshua?

Le pregunté: —¿Cómo así “con el cuerpo de Ieshua”?

Luego de una larga explicación, me dijo, en conclusión, que el cuerpo físico de Ieshua había sido sanado y renovado por la Compañía del Cielo —una agrupación de amigos de Ieshua en el Universo— y que, por tanto, estaba vivo.

Más tarde intentó explicarme otras cosas que no comprendí bien al principio. Y no estoy seguro de si pueda aclararlo ahora, escribiéndolo así sin más: me dijo que Ieshua, antes de venir a la Tierra, se había unido con otras almas poderosas para su experiencia planetaria.

Entre ellas estaban: el espíritu —o alma— de un antiguo guerrero portador del cetro de fuego violeta —Sananda Kumara, el que rompe cadenas sin tocarlas. St. Germain, como lo nombran en los círculos de luz. Él no vino a luchar, sino a recordarle a Ieshua quién era antes de olvidar; otra alma muy influyente en la Tierra por entonces, el que camina con espada de luz en la frente: El Morya, cuya voluntad no se dobla, pero se inclina ante el amor verdadero. No vino a enseñar, sino a sostener el eje del equilibrio mientras Ieshua lo desplazaba con misericordia; y que también estaba Él —el que vigila los soles, el que sostiene los cimientos de los mundos con la palma abierta.

No vino como ángel, sino como pacto. Su nombre en los cielos es Micael de Nebadon, pero en el silencio de Ieshua, fue solo el hermano que nunca dejó de caminar a su lado. Todas esas almas estaban incrustadas dentro del cuerpo físico de Ieshua, y una vez terminada su misión en la Tierra, cada una podría continuar su propio destino. Por ejemplo, la de Micael volvería al centro de la galaxia, tras completar ciertas obligaciones terrenales, para atender deberes cósmicos. Y Ieshua viajaría con su cuerpo físico restaurado, junto con sus amigos, hasta la India.

«¡Qué locura!», pensé. Y como no entendí nada, le besé la mejilla y me despedí.

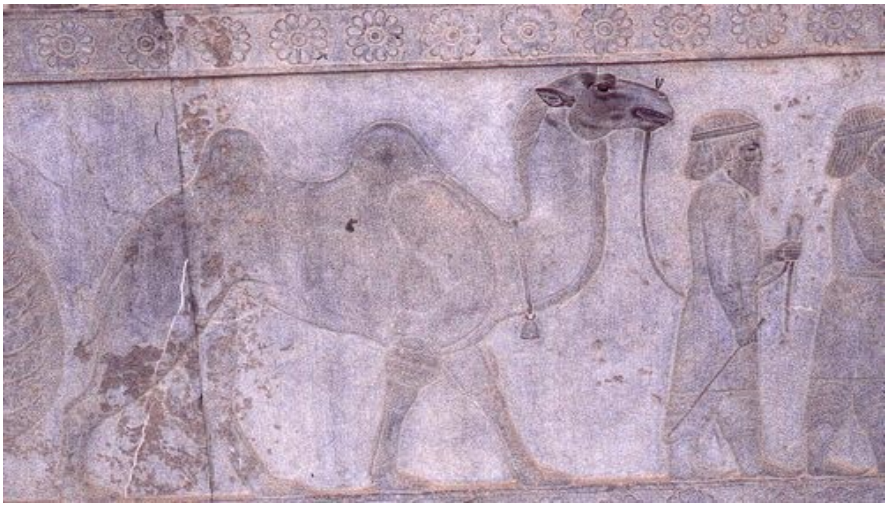
Durante los días siguientes a la visita a la casa de Ieshua, pasé varias noches sin poder dormir, agobiado por una angustia saturada de ansiedad y emociones contradictorias. La vigilia me sirvió para tomar una decisión: abandonar la vida que llevaba. Era, cierto, una existencia próspera económicamente, pero monótona. Así, después de mucha reflexión, decidí dar un giro radical en mi destino y unirme a mis amigos para acompañar a Ieshua hasta el fin del mundo.

Yo era un joven que me ganaba el sustento conduciendo mi propia caravana de camellos por la Ruta de la Seda. Trabajaba para mi padre, un reconocido mercader de azúcar y especias que traía desde China e India hasta Europa. Mis finanzas, por tanto, eran boyantes, y además mi padre me apoyaba en todo negocio que le planteaba, asesorándome con sabiduría antes de cada decisión. Pero mi admiración por Ieshua y su mensaje era más desbordante que toda la riqueza que jamás podría acumular a su lado.

Así que, en aquella última noche estrellada cerca de Cafarnaúm —una noche de insomnio total—, no cerré los ojos ni un instante. En mi interior, cancelé la responsabilidad con mi atareada agenda de mercader y tomé la decisión de renunciar al gran contrato que me esperaba en Beirut, a orillas del mar. ¡Estaba decidido! Al amanecer, envié mensajeros para cancelar todos mis compromisos y otro para mi padre, que se encontraba en Francia, contándole mi decisión. Luego, presuroso, regresé al alba y aparecí sorpresivamente en casa de María, con mi caravana lista para la aventura.

La encontré acongojada, secándose las lágrimas. Me dijo que no entendía cómo su última hija, recién desposada con David Zebedeo —hermano menor de Juan—, se iba al Oriente siguiendo a un grupo de mujeres afectadas por la muerte de su hijo. Nadie le había contado a María sobre la renovación del cuerpo de Ieshua. Había sido decisión expresa de él no crearle confusiones a su madre.

Ieshua se había refugiado en casa de los Zebedeos para que su madre no sospechara nada sobre la reconstrucción de su cuerpo y esas cosas. Así que esperó Ieshua por las mujeres en casa de Juan y David, mientras los tres hombres iban mirando las posibilidades de la mejor ruta para llegar a la India. Al cabo de las semanas aparecieron las mujeres con el chico griego y la caravana. Él no se esperaba un convoy de lujo para tal expedición, lo cual le agradó, puesto que facilitaba todo enormemente. Se reunieron gozosamente y estuvieron varias semanas preparando los detalles menores del viaje, hasta que en una mañana luminosa y fría dio el chico griego la orden a su gitano jefe de camellos para partir, era el comienzo del año 31 d.C.



II

La Ruta de la Seda

(Generalidades)

Año 31 d.C.

En el caminar junto con Ieshua —que ahora, guiado por su alma, se hacía llamar Sananda Kumara—, todo era distracción total. Él, de naturaleza jovial, estaba saturado de un humor incomparable y contagioso. Y dado que su misión en la Tierra había terminado y las otras almas habían retornado a sus vidas individuales, Sananda se sentía liberado de todo compromiso. Ahora, con plena autonomía y todo el tiempo del mundo, se dedicaba a gozar plenamente de la aventura con sus amigos.

Entre otras cosas, le encantaba invitar a sus compañeros a recuperar la inocencia infantil. Cada noche, bajo las estrellas, danzábamos y cantábamos tonadas improvisadas o mantras junto a fogatas cálidas, acompañados de instrumentos musicales. Ieshua, buen conocedor del arpa, componía muchos versos. Aquí les dejo, para muestra, este botón:

Niña de mis amores,
permite acercarme a
tu alma, para besar
cada esquina de tus
pensamientos,
y así poder amarte
entre todos los desiertos,
mientras mis ojos
se deleitan con gozo...
Nuestro amor
ha hecho nacer
bosques inmortales entre
cada arena solitaria.

Las veladas, cargadas de matices entre diversión y espiritualidad, eran propicias para dar rienda suelta a sentimientos que comenzaban a florecer en los corazones de las parejas —en este caso, los del chico griego hacia Rebeca.

A él le encantaba contemplar los hermosos ojos negros de esa mujer, llenos de vida, ya recuperados de la dilatación provocada por el trauma de la crucifixión. Entre todas las miradas hablantes que se cruzaban en silencio entre ellos, estaban las del chico, que por primera vez se sentía verdaderamente enamorado. Esta vez iba a descubrir muchas cosas nuevas sobre el amor de pareja, muy distinto del afecto fugaz al que estaba acostumbrado en las mujeres públicas de las posadas alegres del camino.

Durante los preparativos para el viaje en casa de los Zebedeos, Sananda había ideado un itinerario muy flexible hacia la India, basado en lo que había oído de niño a los mercaderes que pasaban por la finca de su padre en Samaria. La caravana que el chico griego usaba antes para sus negocios resultaba perfecta ahora para cruzar un mundo sediento de aventuras.

La ruta aproximada que se seleccionó y que se entregó a los guías gitanos de la caravana incluía pasar por Cesarea, Antioquía de Siria, Sidón, Damasco; en Mesopotamia, hasta Tapsaco y Larisa, y luego hacer una pausa en Babilonia o visitar Ur. Pensaban que, para el chico griego, sería ideal asomarse un rato a Ur. Luego, probablemente, continuarían hasta Susa y Charax.

Obviamente, todo dependería de lo que fueran encontrando en el camino y de las múltiples decisiones —tan cambiantes— de Ieshua en sus encuentros con extraños. Él, con su manera afectuosa y gentil, aprovechaba cada oportunidad para entablar largas conversaciones, sin prisa, con cualquier curioso, desparramando su don de ternura entre personas y animales por igual. Parecía que su propósito personal durante el viaje era conocer a las gentes y sentirse conectado con todo lo que veía en sus andanzas.

Junto a Sananda, los caravaneros conocieron a toda clase de personas: humildes y ricos, de culturas diversas, eruditos e ignorantes, cultos e incultos, instintivos y espirituales, devotos y escépticos, íntegros y desalmados, prostitutas y ladrones. La travesía prometía muchas aventuras por su larga duración —casi una vida entera. Nunca imaginaron que pasarían por Francia antes de enrumbarse hacia la India, pero, como decía el Nazareno: “Son fortunas del azar”.

Cerca de un oasis donde nos detuvimos esa tarde para abastecernos de agua y dejar descansar a los camellos, armamos las *jaimas*. Al llegar la noche, nos sentamos alrededor de una hoguera a escuchar a Sananda, cuyas palabras buscaban, más que nada, hacernos reír y descansar el alma.

Como en Jerusalén nunca tuve el valor de acercarme a los discípulos de Ieshua, ahora mi sed de buscador de la Verdad se saciaba plenamente al estar junto a tan gran conocedor de esa realidad que existe más allá de lo visible. Sananda —o Ieshua— podía hablarnos durante horas de temas tan diversos como la inmortalidad, el espacio-tiempo, la vida tras la muerte, los planos de existencia, la reencarnación, el Amor y la Luz, los viajes del alma… y muchos otros.

Junto a la fogata, Ieshua comenzó esa noche tranquila a charlar sobre la eternidad y otras analogías. Decía:

“El tiempo lineal es como una corriente de acontecimientos temporales percibidos por la conciencia de la criatura. Este tiempo es una norma impuesta al orden de sucesión de los hechos, mediante la cual los eventos se reconocen y se distinguen. El universo, como espacio, es un fenómeno íntimamente ligado a ese tiempo, siempre que se observe desde cualquier posición interior de la morada fija del Ser. El movimiento del tiempo solo se revela en relación con algo que permanece inmóvil en el espacio: un fenómeno puramente temporal…”

En algún momento de la velada, opinó que la personalidad humana es lo único que trasciende lo temporal; que el Tiempo Real —un Ahora continuo— se despliega en espiral a través de la experiencia humana.

Después de esas disertaciones, todos —excepto los otros maestros y María Magdalena— dábamos vueltas en círculos, tratando de digerir lo escuchado. Ieshua no siempre hablaba de temas profundos y complejos para mi corto entendimiento; sabía que no era fácil para nosotros asimilarlo todo de inmediato. Así que, la mayor parte del tiempo, simplemente cantábamos y danzábamos durante horas.

Mientras tanto, la reservada Rebeca —tras una larga caminata sobre las dunas con María Magdalena, en la que hablaron durante horas de su relación con Ieshua y de sus propios sentimientos— mostraba una actitud nueva hacia el chico griego. Durante los días de descanso, salían a cabalgar por el desierto. Parecía que Rebeca le despertaba fantasías de amor con su jugueteo adolescente, y con cada giro de su negra cabellera azulada, que danzaba belleza entre el viento.

Era tan abundante su pelo que apenas dejaba entrever dos soles de ojos que se clavaban directamente en el alma del chico griego, y una sonrisa sana, de labios rojizos que destellaban como pétalos de una flor solitaria sobre su piel canela, templada por el sol.

Sentada junto al chico griego, con la mirada tranquila, Rebeca se deleitaba escuchando a Ieshua. Le traía recuerdos de su hogar. A veces le parecía que ya había escuchado esas enseñanzas —sobre algún monte de cipreses o en una barca entre pescadores en las aguas de Palestina.

Se sabía que Rebeca había amado a Ieshua cuando tenía solo 17 años y él 18. Había sido un amor platónico e intenso, del que todo el mundo hablaba. Con el tiempo, sin embargo, se fue aquietando cuando Ieshua asumió la misión que había venido a cumplir entre los hombres. Su amor adolescente se transformó gradualmente en admiración por todo lo que Ieshua hacía y decía en Palestina y Jerusalén. Ella lo acompañó junto a las otras mujeres hasta el día de la crucifixión.

III

La COMPAÑÍA del CIELO

(En un evento que tal vez nunca tuvo ocasión de ser entre distintas realidades)

Mayo… año desconocido —no terráqueo (entre lo morontial y lo astral)

Había una gran conmoción, aunque el orden reinaba. Se reunían grandes personalidades que habían venido desde Uversa y Salvington, acompañadas por ángeles y serafines de diversos rangos, junto con seres que regían en Gaia. Además, varios invitados de otras densidades: el grupo de los Arcturianos, los Pleyadianos y visitantes de la vecina Andrómeda.

El ameno y multidimensional grupo compartía una tristeza familiar en completa armonía. La ocasión los congregaba para decidir sobre el evento trágico de la muerte humana de Micael —

el Hijo Creador reencarnado como Ieshua de Nazaret en el planeta Azul—, algo sin precedentes en la Vía Láctea.

Y puesto que no habían recibido instrucciones sobre cómo actuar ante tan doloroso espectáculo, muchos de los presentes querían descender de inmediato para restaurar en vida el cuerpo de su Creador. Pero Gabriel, enviado por orden de Emmanuel, el encargado temporal del Universo de la Vía Láctea, los detuvo, argumentando que la decisión de Micael de permitir que le arrebataran la vida tenía como propósito que él mismo la recuperara a su debido tiempo.

Lo sucedido en esas 36 horas —entre su muerte y su resurrección— solo lo conocía Ieshua. Ni los asistentes, ni los Ancianos de los Días en el Centro del Universo, ni siquiera la Compañía de invitados espirituales —seres Intermedios, testigos de otros mundos o Elementales impacientes por renovar el cuerpo lastimado de su Creador— tenían la más mínima idea de qué ocurría en el Hades con la experiencia de la cruz.

Abajo de ellos, todo giraba en modo invisible alrededor de la tumba de Ieshua, en la propiedad de José de Arimatea. En el amplio y multidimensional escenario que observaba la Compañía del Cielo, a pocos metros del sepulcro, descansaba una roca redonda, inmensa y pesada, que cubría la entrada. Una roca más pequeña sellaba otra sección.

Alrededor, los guardias colocados por el centurión romano se movían perezosamente, sus rostros oscuros marcados por cicatrices de incontables batallas. De vez en cuando soltaban un grito estruendoso —cualquier tontería sin importancia— y volvían al silencio aburrido.

Unas mujeres, escondidas tras arbustos cercanos, observaban sin perder detalle. A cierta distancia, un grupo de judíos de rostros hoscos vigilaba celosamente para evitar que alguien robara el cuerpo de Ieshua. Sin embargo, estaban perturbados: recordaban claramente que Ieshua les había dicho con firmeza que al tercer día resucitaría. Eso los mantenía en vilo, especialmente porque algunos entre ellos —más instruidos— les habían advertido que ese Mesías enviado a Jerusalén era su salvador.

Los sionistas, en cambio, nunca lo aceptaron. Por el contrario, lo entregaron a la boca del lobo, tratado como criminal y luego asesinado, derramando sangre inocente en la Tierra Prometida.

Estas ideas vagaban en silencio entre los israelitas que habían apoyado la condena de Ieshua. Les atormentaba la posibilidad de haberse equivocado al seguir al Sanedrín y a sus líderes religiosos, temiendo que sus decisiones hubieran sido impulsivas —dictadas por el miedo y los recelos infundados de sus superiores, que temían perder el control sobre el pueblo hebreo.

Mientras tanto, entre el grupito nervioso y silencioso de mujeres escondidas entre los arbustos —Ruth, Rebeca y María Magdalena, las más fieles seguidoras de Ieshua—, cuchicheaban con angustia. Era viernes y casi anochecía; al día siguiente sería sábado en Jerusalén.

Entre su nerviosismo, el valor las impulsaba a embalsamar apropiadamente al Señor con ungüentos y especias. Así, decidieron alejarse temporalmente por una arbolada lateral hacia sus casas para prepararlo todo y regresar el domingo. En ese momento, no recordaban las palabras de Ieshua sobre su resurrección al tercer día.

Dentro del cuerpo físico de Ieshua, ocurría un equivalente de confusión: las células, aún palpitantes con los últimos rescoldos de calor, se movían intensamente. Las corrientes electromagnéticas de su ADN expiraban lentamente, y eso inquietaba a los átomos y electrones supervivientes, que aguardaban un milagro para iniciar la restauración del organismo.

En aquel cuerpo ya no habitaban el Ajustador del Pensamiento, ni los elementales, ni el alma, ni el espíritu. Su conciencia vagaba por parajes desconocidos. Las células sentían que su fase de regeneración tocaba a su fin.

Sin embargo, percibían cómo, desde lo alto, la Compañía del Cielo —entre sus vibraciones de ansiedad— dejaba caer suaves rayos de luz, como polvo de estrellas, sobre el cuerpo de Ieshua. Esperaban que eso significara que sus amigos celestes ya planeaban su recuperación… Mientras tanto, el universo entero palpitaba en expectación.

Pero dentro de Ieshua/Sananda/Micael, todo seguía un curso inesperado. Sin que nadie lo supiera, descendió al Hades para predicar a los que habían estado muertos por eones. Les habló, entre otras cosas, de la Primera Resurrección —como único puente hacia su liberación.

Se presentó de repente, sin aviso, sentado sobre una barca antigua. Con voz de trueno, llamó a las masas silenciosas del Hades, que emergieron lentamente de sus cuevas, asustadas y curiosas por conocer a quien ejercía tal poder sobre ellas.

Calaveras y esqueletos, envueltos en trapos sucios y desgarrados como zombis, brotaban de hendiduras y socavones en la roca oscura, precisamente sobre el río tenebroso, pintado de azul profundo, cuyas aguas repiqueteaban débilmente, como si intentaran arrastrar la barca al fondo de la cueva.

Las aguas creían poder hundir la embarcación, pero un barquero vestido de sombras la sujetaba con firmeza mientras Ieshua, pausado, entregaba su mensaje secreto a aquella asamblea insólita.

Al concluir su enseñanza, alzó la mano derecha al Cielo, y todas aquellas almas comenzaron a ascender, transformando sus harapos oscuros en mantos blancos y brillantes. Millones de seres se reunieron con sus personalidades de conciencia ancestral para celebrar, en gozo, el momento anhelado.

La multitud flotaba dentro de una bóveda celeste, transparente como un orbe, muy cerca de Ieshua, acompañándolo en su travesía de regreso al Paraíso. Ieshua/Sananda/Micael los escoltaba ahora hasta los Tronos de Luz en la Isla del Paraíso, donde el Madre/Padre Creador los esperaba.

Allí, los presentó en unción como seres vivos, cumplida su labor. Ieshua se sentía lleno de un gozo extrasensorial. Pensó que había valido la pena morir en sacrificio, ante la inmensidad de dicha que experimentaba en ese instante sublime.

Al llegar ante la presencia de su Señor, mostró las llagas de sus manos y el halo de la muerte en cruz que lo rodeaba —como contraseña de la gloria alcanzada. No se quejó de nada. Al contrario, con una sonrisa inmensa de satisfacción —como quien da por terminada con éxito su misión—, hizo una venia y, con labios temblorosos de gratitud, le dio las gracias al Altísimo.

El Creador del Todo sonrió en complacencia a su Hijo del Paraíso y le otorgó la comandancia total de la soberanía sobre el Universo de la Vía Láctea.

Se abrazaron en un momento idílico, único e intenso —una explosión de transformación que hizo temblar, por un largo instante, a todas las estrellas y soles de la galaxia. Embriagados de gozo, liberaron un polvo mágico cósmico desde lo hondo de sus espíritus, generando una onda de júbilo frecuencial que se expandió por el universo como Amor Universal.

Tras ese abrazo insólito, Ieshua expuso ante su Padre sus planes para su alma y sus cuerpos. Le solicitó recuperar el cuerpo físico para Sananda, pues deseaba retirarse a la India con sus amigos y familia, libre de todo compromiso. Y como Micael, quería permanecer un tiempo en la Tierra Azul Crística en cuerpo morontial para cumplir ciertos enlaces con sus allegados antes de regresar a Salvington.

El Creador le concedió el permiso para ejercer su voluntad, investido ya del poder de Soberano de la Galaxia.

En cuerpo morontial, Ieshua aparecía a voluntad en cualquier lugar, dejándose ver por sus amigos más cercanos. Sabía que, temporalmente, habitaba un plano espiritual que lo volvía parcialmente invisible al ojo humano. Así, durante varios días, los visitó brevemente, dejando mensajes y consejos.

Cuando Sananda/Ieshua/Micael regresó a la Tierra tras presentar a los resucitados ante el Padre en la Isla del Paraíso, la Compañía del Cielo lo descubrió de inmediato. Nació entre ellos un regocijo alborotado, un júbilo estruendoso —incluso entre los Melquisedec invitados.

Todos corrían o volaban hacia él. Se abrazaban en silencio, con una emoción profunda. Toda vulnerabilidad en el alma de Ieshua quedaba protegida por el amor que lo rodeaba.

Tras los saludos, les narró, en términos generales, todo lo acontecido en esas 36 horas que los mantuvieron en vilo. Luego, sonriendo, dio instrucciones y partió nuevamente.

Su cuerpo, totalmente regenerado y liberado de la corrupción, fue habitado por el alma de Sananda Kumara.

III-a

La Conexión GALA

Muy temprano en la mañana, una brisa deliciosa abrazaba el ambiente; parecía un día tranquilo. Los animales anunciaban el nuevo día, cada uno en su propia lengua, y se sentía como un concierto de niños alegres y juguetones.

Nuestra caravana comenzó a movilizarse desde el lugar donde habíamos pasado la noche. Sananda iba adelante, conversando animadamente con los chicos gitanos, guías del camino. Más adelante, se les acercó un hombre que salió repentinamente de un lado del sendero. Tenía aspecto europeo y parecía acongojado y nervioso. Su nombre era Alain de Bordeaux.

La caravana se detuvo inmediatamente por orden del jefe de los guías gitanos. El hombre había dejado a su mujer y a sus dos hijos unos kilómetros más adelante, bajo unas palmeras, y caminaba solo por el desierto buscando ayuda. Nos detuvimos y le dimos agua y alimento, mientras varios gitanos a lomos de camello fueron a rescatar a su familia.

Sobre el tapete donde nos sentamos, a la sombra de un vagón de la caravana, escuchamos la historia del hombre, visiblemente desesperado. En pocas palabras, nos contó que unos hombres de malas intenciones los habían asaltado, llevándose todas sus pertenencias, provisiones, agua y camellos. Por fortuna, nadie había resultado herido.

Él y su familia venían desde Babilonia y pensaban visitar Palestina, pues habían escuchado en Francia las últimas noticias sobre la ejecución de un nuevo profeta en Jerusalén, y querían formarse su propia impresión.

El hombre añadió que trabajaba en secreto como corresponsal para un grupo de amigos que mantenían contacto con miembros de la Compañía del Cielo. Vivían en Europa, con sede principal en un pueblo que los romanos llamaban Lutecia.

Al final, tras contarle al francés sobre la resurrección del cuerpo de Ieshua, lo invitamos a unirse a la caravana. Nos pareció que se tejían demasiadas coincidencias como para ignorarlas.

Al atardecer, cuando los camellos reclamaban agua y descanso, los guías gitanos detuvieron la caravana en un oasis cercano a Cafarnaúm. Sentía que nuestros planes iniciales comenzaban a desviarse por múltiples direcciones.

Cuando todo estuvo listo para el descanso, se encendió una hoguera. Algunas chicas comenzaron a danzar con varios niños al son de un arpa lejana que Ieshua tocaba con deleite dentro de su tienda. La gente se reunió alrededor del fuego. Se sirvió la cena para todos. Un ambiente amistoso unía a las familias gitanas y a los recién llegados.

Poco después, aparecieron Ieshua y María Magdalena, junto con el resto de nosotros. Nos sentamos para escuchar a Ieshua aclarar los rumores sobre un posible cambio de ruta.

Ieshua:

Queridos hermanos y hermanas de nuestra amplia familia de amigos y conocidos:

Después de dialogar con el señor corresponsal de Francia, hemos coincidido en que nos gustaría viajar a Europa para conocer al grupo de personas que allí se reúne con el fin de fortalecer el Amor y la Luz del Padre en esas tierras.

Además, hemos descubierto que el señor de Burdeos es amigo cercano del padre del chico griego, lo cual nos ha llenado de alegría. Tantas coincidencias nos han impulsado a tomar la decisión de dirigirnos a tierras galas.

Por eso, esperamos que todos estén de acuerdo en que, a partir de mañana, demos un pequeño giro hacia el puerto más cercano para embarcarnos hacia Italia. Desde allí, seguiremos hasta la casa de nuestros amigos franceses.

La noticia fue recibida con aplausos y vítores por todos nosotros, y dio paso a la tranquilidad de una noche que, como un velo protector, envolvió al grupo. Uno a uno, los viajeros fueron dejándose caer sobre los tapices, sumiéndose en el sueño.

Cuando la luz de la fogata se extinguió, una bandada de ángeles del Cielo descendió sobre el campamento para entrevistarse con Ieshua. El Maestro les dio las instrucciones y actualizaciones necesarias, para que la Compañía del Cielo los acompañara en la travesía hasta Europa.

IV

La conversación entre MARÍA MAGDALENA y REBECA

Año 31

Ya habíamos comenzado a alejarnos de Cafarnaúm. Al caer la tarde, nuestras toldas y carpas estaban armadas cerca de un riachuelo rodeado de palmeras datileras.

Esa noche, Sananda me llevó aparte y me pidió que lo acompañara a una caminata por los alrededores. Nuestra ausencia del campamento duró en realidad un par de días. Dormimos en el desierto al aire libre. Yo observaba cómo Ieshua aprovechaba las noches para conectarse con las experiencias de su alma como Micael, más allá de lo desconocido de los Cielos.

Entre Sananda y yo no hubo ninguna conversación profunda. Cuando hablaba, lo hacía en arameo antiguo. Yo sentía que él sabía que yo venía de Ur, de hacía 2500 años. Parecía, además, que quería enseñarme algo sobre los silencios —materia en la que era un verdadero maestro.

Recuerdo haberlo visto, durante horas, sentado en un mirador, observando atentamente el paisaje con los ojos cerrados, inmóvil y en silencio. Comíamos poco. El segundo día ayunamos; solo bebíamos agua de un pozo subterráneo al que bajábamos para refrescarnos del intenso calor.

Meses más tarde me enteré de que parte de la estrategia de llevarme al desierto había sido crear espacio para que María Magdalena pudiera hablar seriamente con Rebeca sobre los sentimientos que aún albergaba hacia Ieshua. Había que ayudarla a comprender que él era el alma gemela de María Magdalena, pues no deseaban que surgieran vibraciones negativas en el grupo durante un viaje que, por lo visto, iba para largo.

Aunque hablábamos muy poco, logramos tener un breve pero interesante diálogo:

—Poeta, ven acá —me dijo sonriendo—. Eres un ser especial para todos nosotros. Quisiera compartir contigo una experiencia relacionada con los animales y la naturaleza.

En algún momento visité a una tribu fascinante: se hacen llamar los Esenios. Cuando tengas ocasión en tu vida, ve a verlos y aprende algunas de las prácticas que tienen con la naturaleza.

Los Esenios afirman que somos una unidad con la naturaleza. Todos los seres —animados e inanimados de este planeta— estamos compartiendo una experiencia de vida al máximo, para poder disfrutar, siglos adelante, de una ascensión conjunta a una dimensión de conciencia superior.

Será maravilloso, te lo digo.

Para los dromedarios, los camellos, los caballos, el elefante, los perros, los gatos, el loro, los halcones, el mono, las abejas…

Para los desiertos, las montañas, los cetáceos, el mar, las nubes, los árboles, los minerales, las flores, el aire…

Todo es maravilloso.

Descansó Ieshua un instante, se acomodó mejor sobre la arena, miró hacia el firmamento y continuó:

—Con todos ellos, y junto a los humanos, formamos una unidad terrenal que existe para compartir la Vida con este planeta azul. Recuerda que eres vida y debes proteger la vida. Busca unidad con Gaia y el Creador… todos somos Uno, amigo poeta.
Mientras tanto, no muy lejos de donde Sananda y el poeta compartían su silencio, María Magdalena, en la primera noche que pasaron solas, invitó a Rebeca a dar un paseo por el paraje, dejando a Ruth y David en las tiendas con la caravana.
Caminaron cogidas de las manos, mientras Rebeca cantaba una linda sonata de amor que había escuchado de una doncella el día anterior, en una caravana vecina proveniente de la India:

«Yo soy toda de mi amado, y mi amado
es todo mío, el cual se recrea entre azucenas.
¿Quién es ésta que va subiendo
por el desierto como una columnita de humo,
formado de perfumes de mirra y de incienso?»

María Magdalena tenía reflexiones cruzadas: no quería abordar de golpe el ideal de amor que Rebeca guardaba por Ieshua, aunque fuera platónico. Pero sabía que debía ser clara. Confía plenamente en la madurez de la joven; la había visto actuar con coraje, sabiduría, amor y decisión durante toda la travesía, y especialmente en Jerusalén, en los días de la pasión y muerte de Ieshua. Sentía por ella un profundo respeto y deseaba que fueran buenas amigas.

Al cabo de unas horas, tras escuchar a Rebeca hablar sin cesar del amor —de las estrellas, del firmamento, como si estuviera enamorada de todos los planetas—, María Magdalena se llenaba de gozo al ver la lozanía de la joven saltando sobre las rocas, siempre con esa dulce y luminosa sonrisa.

Antes de que cayera la noche, María Magdalena la invitó a sentarse un momento a contemplar la puesta del sol y la inmensidad del cielo. Se acomodaron sobre un pequeño montículo. En minutos, la oscuridad los envolvió. Sobre sus cabezas, miles de lucecitas titilaban, como si estuvieran llenas de oídos que escuchaban las canciones que la joven entonaba desde su corazón. Sentadas en silencio, María Magdalena le dijo:

—Rebeca… te amo mucho por todo lo que eres, y por cómo expresas tu corazón al compartir con la naturaleza, los animales y las personas ese amor que profesas. Realmente te admiro.

—¡Ah, gracias, Magdalena! —dijo Rebeca, señalando un meteoro que en ese instante cruzaba el cielo, dejando una estela de luz—. Tú eres mi ídolo, Magdalena. Eres la más fuerte de todas nosotras, la guía, el bastón en el que nos apoyamos para exteriorizar todo lo que llevamos dentro, sin temor al qué dirán. Nos das mucha confianza. Gracias.

—Gracias, niña… —respondió María Magdalena, con una pausa—. Quisiera hablarte de algo un poco… emotivo, Rebeca.

—¿Sí? ¿Qué es? —preguntó ella, sin apartar la vista del firmamento.

—Es sobre Ieshua.

—¿Cómo? —Rebeca la miró fijamente a los ojos—. ¿Qué sucede con él? ¿Qué pasa, Magdalena?

—¡No, no! Él está muy bien. Creo que se fue a caminar con el chico griego. Lo que quiero… —María Magdalena suavizó su voz, aunque tomó un tono más serio— es hablarte de los sentimientos que puedas tener hacia Ieshua…

—¿Qué quieres saber de ellos, Magdalena?

—Quisiera ayudarte a entender que Ieshua y yo tenemos un pacto de Llamas Gemelas desde hace millones de años. El nombre original de mi alma es Lady Nada, ministra divina de la Vía Láctea, de la congregación de Isis. Soy alma gemela de Micael en el Centro de la Galaxia.

Ahora estamos encarnados en estos cuerpos para cumplir una misión vital: para nosotros —hizo énfasis al pronunciarlo— y para el alma de Gaia y su gente. Muchos siglos después, regresaremos aquí mismo para elevar la conciencia de la humanidad, a fin de que todos se beneficien con el planeta al transitar hacia su última morada cósmica.

Por eso, no quiero lastimar tus sentimientos, sino ayudarte a ver con claridad que Ieshua y yo compartimos un camino sentimental y familiar que debemos recorrer juntos.

—Magdalena, hermana del alma, no te preocupes. Lo que me dices ya lo venía intuyendo desde hace meses. Se nota muy bien tu profundidad de conexión con Ieshua. Yo solo tuve un enamoramiento transitorio en mi adolescencia con él. Fue maravilloso y eterno, aunque él me hizo ver con claridad, aquella noche en que le declaré mi amor, que había asuntos más importantes y primordiales que considerar cuando uno se enamora.

—Aunque… —continuó Rebeca— le agradezco mucho a él por haberme guiado con su luz por esta senda espiritual, y por habernos reunido a todos en una gloria que tal vez se manifieste más adelante: un futuro colectivo en el que podamos ser de ayuda.

Y siguió, sin detenerse:

—Mi amor ahora se refleja hacia toda la existencia como Unidad, y fue gracias a Ieshua que pude alcanzar este éxtasis de enamoramiento. Ahora… ¡he aprendido a amar todo, María Magdalena! He aprendido tantas cosas a través del amor que me es imposible describírtelo.

—Por ejemplo… —giró el rostro en la tenue noche, como buscando en el suelo algo que deseaba mostrarle. Cuando lo encontró, gritó emocionada—: ¡Aquí, aquí, Magdalena! ¡Esto te quería mostrar, mira!

Y cuando María Magdalena se acercó a donde Rebeca apuntaba con el dedo, vio con asombro que le señalaba una columna de hormiguitas que pasaba cerca. Al mismo tiempo, Rebeca, en total éxtasis, exclamó:

—¡¿Ves, Magdalena?! ¡Amo todo! ¡Amo a las hormigas y sus labores, amo a los humanos y sus labores, amo a las estrellas y los soles en sus labores! ¡Amo a Ieshua de una manera cósmica y mágica, igual que te amo a ti, Magdalena!

Te admiro y no me canso,
no tengas miedo.
Te observo: es con admiración.
Mis intenciones son sanas.
Tus formas en movimiento
amamantan el oasis,
y se eleva tu aroma como
palmeras llenas de
dátiles listos y deseosos
que los vientos mueven.

Y no duermo esta noche,
porque las estrellas nos arrullan
mientras descansan
nuestros sueños juntos,
cogidos de las manos.

En una noche llena de estrellas fugaces, las dos chicas se durmieron abrazadas bajo el manto que el amor nocturno les regalaba. Soñaron que caminaban por todos los desiertos del mundo, acompañadas de hermanos y hermanas que podían volar y transportarse a otros planetas para llevar el éxtasis de ese afecto cósmico que sentían como una hermandad planetaria.

Al otro día, cuando las aves del desierto, cantando y trinando, despertaron sus oídos, ellas, sonrientes como hermanitas, se levantaron. Después de agradecer a las aves cantoras por tan hermoso despertar, juntas corrieron —seguidas por los pájaros— hacia una fuente de agua cercana para lavarse el rostro.

IVa

Diálogo entre María Magdalena y las Mujeres de la Caravana

Año 31

Al llegar al campamento, María Magdalena le pidió a Rebeca que, por favor, reuniera a todas las mujeres en alguna carpa desocupada, pues necesitaba compartirles una información importante que había recibido la noche anterior en el desierto.

Antes del mediodía, todas las mujeres del campamento de Ieshua estaban reunidas, convocadas por Magdalena. Tras unas breves formalidades y aclaraciones sobre el motivo de aquella reunión tan inesperada, ella centró su atención en el mensaje y comenzó así:

—Queridas hermanas de la Tierra, deseo empezar recordándoles algo que muchas de ustedes ya conocen más que de memoria:

Al despertar de vuestro sueño profundo, habéis descubierto que dentro de cada una existe una realidad distinta a la que ven en el exterior. La verdad puede hallarse dentro de vosotras mismas, porque la lleváis con vosotras durante toda la vida.

Luego comenzáis a cuestionar vuestras verdades, las de los demás y las que escucháis en los murmullos de la gente. ¿Qué es realmente cierto… y qué no lo es? Esto puede resultar un poco confuso al principio. Pero cuanto más a menudo buscas la verdad “dentro de ti”, más clara se vuelve la imagen.

¡SÓLO HAY UNA VERDAD! —hizo énfasis en esta frase—, y la llevas contigo de vida en vida… porque tú eres tu propia verdad.

¿Recuerdan las palabras de Ieshua en Galilea?

“Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida”.

Pues aquí está el nuevo misterio que quiero revelarles hoy: esas palabras no solo se refieren a él, sino a cada una de ustedes.

¡Tú eres el Camino, la Verdad y la Vida!

Y estas palabras pronto se te revelarán plenamente cuando busques la Verdad que descansa profundamente dentro de ti.

El amor puede ser una palabra corta… pero debería ser una palabra larga, porque incluye mucho… ¡lo abarca todo! Abarca toda vuestra Tierra y a todos los seres que están dentro, sobre y alrededor de ella.

El Amor impregna todo lo que existe en el Universo. Es el origen de toda vida, de sus manifestaciones y de la transformación que ahora se está produciendo en la Tierra.

Es la energía del AMOR la que hoy está transformando a todo el planeta.

Cuando echas una mirada a lo que está sucediendo dentro de ti, todo lo que ocurre en el mundo comienza a transformarse. Es entonces cuando surge una comprensión nueva y más profunda sobre el significado de la vida y sobre cómo relacionarte con ella. Empiezas a ver tu PROPIO DESARROLLO, y te das cuenta de que ha sido un viaje largo… un viaje que ahora está comenzando a llegar a su fin, donde cambias una energía más densa por una más liviana y brillante.

Tus pasos se vuelven más útiles, ves tu meta con claridad, y tus elecciones se tornan más conscientes, porque sabes qué es lo que te impulsa hacia adelante.

Entiendes que ES EL AMOR LO QUE NECESITAS ACOGER, haciendo espacio en tu corazón. Reconoces el Amor en todas las circunstancias…

Es con Amor que debes mirarte a ti misma, a tu prójimo y al mundo en el que vives. Solo así puede ocurrir “un cambio” realmente grande… ¡Y ESTÁ SUCEDIENDO AHORA MISMO DENTRO DE TI!

El verdadero cambio es el que ocurre en tu interior.

Queridas hijas, TODO SUCEDE PRIMERO DENTRO DE VOSOTRAS, antes de que podáis verlo en el exterior. Los cambios que observáis fuera ya han ocurrido dentro de vosotras.

«Si no es así, no los veríais».

¿Entienden ahora, hermanas, la lógica del Despertar?

Pero déjenme decirles algo más: tu despertar NO está en tu mente, ni en tu coqueteo espiritual… ¿comprendes?

Más allá del despertar está el Cristo, la Energía Crística Femenina que yo represento, quien te guiará al reino del Amor y la Luz.

Es la búsqueda de ese Amor por lo que enviaron a escribir al joven poeta de Sumeria.

La energía del Amor se manifiesta en diferentes partes y de múltiples formas. Es el fruto de los buenos pensamientos y acciones que te rodean.

ES LA BÚSQUEDA DEL AMOR Y LA COMPASIÓN lo que ahora ha comenzado a manifestarse en el mundo.

Es la ENERGÍA DEL AMOR la que fortalece el anhelo de DAR Y RECIBIR AÚN MÁS AMOR.

Ese anhelo esparce sus semillas por todos los rincones de la Tierra, y ya se adhieren a todas partes, comenzando a crecer… y crecer… y crecer…

Ahora tienes SED DE AMOR, y una nueva forma de ver las cosas y el mundo que te rodea.

Con estas palabras os dejo ahora, queridas Hijas de la Luz.

Se sintió agotada María Magdalena tras entregar tan intenso mensaje de Amor. Comenzó a abrazar a cada una de las mujeres presentes, besándoles las mejillas, y luego se retiró a su tolda a descansar.

Mientras tanto, ellas, reunidas y a solas, se abrazaron todas juntas, formando un círculo unido de energía y poder. Cerrando los ojos, invocaron al Ángel del Amor para que descendiera sobre toda la Tierra y habitara en el cuerpo de los sentimientos de cada ser, limpiando todas sus emociones.

V

Dentro de la REALIDAD MACONDIANA

Año 2019, julio

Como ya les habíamos contado, desde nuestra nave espacial despachamos al poeta de Ur —Sumeria, 2500 a.C.— hasta Berlín en el año 2019 d.C., donde lo materializamos. Lo enviamos con un pasaje solo de ida, pegado en su mano, hasta la soleada Santa Marta. Se nos había pasado por alto darle algo de dinero. ¡Uff!

Pero nos tranquilizamos al verlo adaptarse y evolucionar tranquilamente en Macondo. Entonces le enviamos un mensaje para que nos contara cómo le iba.

Y respondió con su típico humor ácido:

—Cuando estuve en su cacharro volador, durante el breve periodo de entrenamiento y sanación virtual, uno de ustedes me mostró en un monitor el método para materializar objetos en la Tierra. Me dijeron que la fórmula secreta se basaba en combinar eficientemente la mente y el corazón.

Así que le dije a mi Ser Superior: «¡El contrato inicial ha terminado, no más!».

Él me ayudó a cambiar mi directriz y mis frecuencias, porque ya llevaba demasiado tiempo cocinando y estaba un poco borracho de tanta monotonía.

Entonces, materialicé una suma abundante de dinero dentro de un morral rojo que encontré en una finca donde hacía de voluntario.

Y con el dinero no realicé ninguna obra social digna —por aquello de que cada quien debe cumplir con su karma—. Me dediqué solo a escribir, hacer arte, viajar en moto como ave errante y tocar la guitarra como loco.

Nada de preocupaciones sobre dónde dormir mañana, nada de depender de nadie económicamente. Toda esa experiencia anterior fue estresante a veces —tengan en cuenta que no me estoy quejando—.

Ahora mírense: ustedes allá, ricos en su nave con aire acondicionado, y yo acá… ¿qué, aguante? ¡No, mijitico!

Así que aquí estoy, solo en mi propio video, ejecutando mi último oficio en la Tierra: las Artes y el gozo...

—Pero un momento, amiguito —interrumpimos su discurso—. ¿No habíamos quedado en que se instalaría tranquilamente en Macondo del siglo XXI a escribir un cuento?

—¡Claro que sí! —respondió—. Pero solo necesité un par de días para darme cuenta de cómo afecta a un ser empático como yo la forma de vida de consciencia tan primitiva que llevan sus habitantes.

Traté de aprender de ellos, pero no tengo el don del campesino, del obrero, del empleado ni del turista.

De todas formas, trasladé a mi interior todo lo que observé en Macondo: la belleza, la alegría, la magia, el aguante, la verraquera, el heroísmo, el derroche, la capacidad de adaptación, la amabilidad…

Sentir esa explosión al ver sus emociones en juego, y la seguridad al tomar decisiones desde lo profundo, es lo mejor de este juego.

Aunque no encontré un divisor común como la humildad… ni la arrogancia. Solo una sonrisa de confianza y aplomo.

Estamos en Tierra Santa suramericana, eso siento. La energía femenina del Kundalini del planeta —que se trasladó desde la India hasta estos lares— se ancló permanentemente en el Lago Titicaca, y ha colaborado con la formación de una nueva casta de humanos gitanoides que deambulan por este Macondo caribeño.

En Palomino y Minca se detecta este síntoma social que empuja y sostiene a la diosa femenina terrenal.

Por eso últimamente intuyo que esos nuevos entes gitanescos que recorren Sudamérica son como los vástagos de referencia planetaria de la tribu del Nuevo Humano. Aunque aún estén en fase de aprendizaje…

Después de una pausa, como pensando en algo, añadió:

—He estado viajando un poco por la Guajira, y me di cuenta de que absorbo más ideas cuando estoy en movimiento.

Aunque me gustaría constatar un pequeño detalle: se me ha estado apareciendo un niño vestido de cavernícola, que huele fuertísimo y no deja de hacer preguntas.

Repite la misma pregunta una y otra vez hasta que alguien le da una respuesta que pueda asimilar como correcta.

Ese niño cavernícola se me apareció por primera vez en los desiertos de la Guajira. Lo primero que me preguntó fue:

«¿En qué estado se encuentra el Amor que nació en los desiertos?»

No entendí nada de lo que quería decir.

Como le dije que no sabía, pero que lo averiguaría, sonrió y desapareció…

Ahora… si me permiten, tengo que continuar con el cuento.

—Afuera de toda esta monóloga prólogoespeculativa, nos dejó boquiabiertos.

---o---

Había una flaca alta, con apariencia de llevar una relación con algún fulano del vecindario que no solo le acariciaba el sexo a cada momento y por todo lado, sino que además la celaba por sus encantos —y, si no estoy mal, a veces la maltrataba.

La vi por primera vez con su aire de belleza y libertad, caminando sobre la Troncal del Caribe. La diosa urbana llevaba unos chores que mostraban en su totalidad la larga porción de sus piernas sedosas, que destellaban con la luz del sol. Los dedos de sus pies estaban decorados con una mugre empolvada de tanto arrastrar la cálida tierra del pueblo.

Contemplando un rato cómo su cabellera se volatilizaba frente al sol, cuando volvía de la tienda de víveres, pude darme cuenta de que vivía cerca de la cancha de fútbol.

Su novio —futbolista, metro ochenta, samario típico con pelo pegado y motilado al estilo reguetón— tenía una motocicleta rápida parqueada al frente. Trabajaba como moto-taxista.

La casa donde vivían tenía el desaliño característico de Macondo: un salpicado de esfuerzos mediocres en las paredes, con algo mágico invisible entre ellas.

En un solar medio abandonado, junto a la casa, había un árbol pequeño en el centro, lleno de limones. Revoloteaban por ahí bolsas plásticas de esas que usan para vender agua potable: vacías, sucias, untadas de polvo, coloreadas de barro por una lluvia pasajera, desparramadas por el terruño o enganchadas en arbustos desaliñados.

Posteriormente me enteré de que la flaca sostenía económicamente sus impulsos con labores informales: hacía jugo de limón y recogía aguacates de un árbol viejo en el monte detrás de su parcela. Todo lo llevaba a vender en la carretera.

Allí se encontraba con su madre, que tenía en una esquina desajustada un armazón pequeño de madera, pintado de blanco de cal hace muchos años —muy al estilo samario. Había un par de sillas réflex viejas y sucias frente al lugar, donde parroquianos despabilados tomaban café.

Una jarra verde de cinco litros llevaba un letrero: «Limonada fría: $2000 el vaso».

Los vasos, una vez usados, la flaca los recogía, los lavaba en una tina de agua turbia y los reusaba. Le decía a su madre que era «reciclaje social para cuidar el medio ambiente». Su mamá no entendía de qué hablaba.

Nunca hablé con la pareja. Pensé que podría crear una disputa que afectara mis silencios, sus pensamientos, mi paz… y los celos del tipo.

Esa tarde, a eso de las cuatro, cuando el sol ya se inclinaba hacia tierras lejanas, se jugaba un partido en la mini cancha frente a la casa. Su novio gritaba más que nadie: «¡La monda esto! ¡La monda lo otro!». Como esos insultos no los entendía bien, los pasaba por alto.

El partido era curioso: cuatro equipos de siete jugadores cada uno. Jugaban por turnos. El que anotaba el primer gol eliminaba al otro y entraba el siguiente. El perdedor pagaba mil pesos. Los chicos, muchos descalzos, se movían diestramente entre el polvo.

Mientras, la flaca, con una brocha vieja, untaba cal blanca —pálida, con residuos de hierba y tierra— en las paredes de su casa. Desde donde yo estaba, se notaba el cambio: el hogar relucía, se diferenciaba de las casas vecinas.

Cuando me alejé, de reojo vi que su novio entraba a la casa sin decir nada, mientras ella seguía trabajando. Al cansarme del fútbol, volví al pueblo y entré al salón de billar. Solo había dos ancianos jugando a tres bandas. Compré una cerveza local y me senté.

Tomaban Águila fría, con manos grandes marcadas por el campo. Uno tenía bigote blanco abundante; el otro, gafas oscuras —no sé cómo veía—. Saludé. El del bigote iba adelante.

En eso, entraron tres chicas con ropa medio hippie y descalzas. Volteé y levanté la cerveza en saludo. Una me sonrió y me hizo señas:

—Hola, necesitamos otro para hacer parejas.

—Listo, me apunto.

Jugué con una chica que dijo llamarse Rebeca, de Francia. Eran mochileras de paso hacia un encuentro *Rainbow* en la Sierra Nevada. Las otras: María Magdalena, de Canadá, y Ruth, de Bélgica. Hablaban en francés entre ellas. Rebeca dominaba el español.

A medida que tomábamos cerveza y jugábamos pool, sentí una conexión con Rebeca. Después de tres rondas y varios juegos (perdimos todos), nos despedimos. Dormían en un hostel cercano; al día siguiente irían a la Sierra. No se me ocurrió acercarme a ninguna de forma íntima.

Caminé solo, meditabundo, hacia mi casa. En la esquina de una tienda grande, la calle se divide en “Y”: una variante va a un pueblo indígena. Unos muchachos vestidos de blanco, con botas pantaneras, machete al cinto y cabello negro largo y trenzado, hablaban en otro idioma.

Me acerqué:

—¿Quiénes son?

En español claro, respondieron:

—Somos Kogis. Esperamos una remesa que viene en bus desde Palomino.

Viven en Pueblito, a cinco kilómetros adentro, por la senda de la derecha. Sus casas son bohíos tradicionales. Mientras esperaban, sentados a la entrada de la tienda donde compro agua y guineos, miraban fijamente —pero sin interés— una pantalla gigante que mostraba en silencio la victoria de un colombiano en el Tour de Francia.

Del local de enfrente salía música abrumante para atraer clientes de cerveza. Uno de los Kogis tomaba una fría. Le pregunté por qué. Con una sonrisa sincera, inocente, desconfiada y amable, respondió:

—Hace calor… tenía sed.

Más adelante supe que el alcohol era uno de los lubricantes que atizaban los desequilibrios en su comunidad.

Cuando llegó la remesa, les ofrecí ayuda. Aceptaron. Cogí una caja y me la eché al hombro. Caminamos en silencio. Solo hablaban entre ellos. Luego me contaron de sus costumbres y sus problemas:

—Los Mamos, arriba en la Sierra, no saben bien qué está dañando al planeta. Suben y bajan emisarios… pero nadie encuentra la causa.

Les dije que había oído de un grupo llamado la Cábala, que desde hace siglos intenta destruir a la humanidad con engaños y trucos sucios. Creo que no me entendieron, y se quedaron en silencio. Solo sonreían de vez en cuando. Nadie volvió a hablar.

Al llegar a la entrada del Parque Tayrona, tuve que devolverme: el guarda cobraba 35.000 pesos y no los tenía. Me despedí de los Kogis. Nunca más los vi.

Años después, alguien muy especial me contó quiénes eran en verdad esas tres chicas con las que jugué pool en Costeño. Apenas pude sentirme como un pendejo. Y al recordarlo… sonreía. Por no haber sentido ganas de tener intimidad con ninguna de ellas.

Como la noche estaba virgen y la luna aún alumbraba sobre los deseos de la carne, regresé a mi casa caminando descalzo sobre el polvo macondiano. Me colgué las botas, atadas por los cordones, alrededor del cuello. Quería experimentar las tantas huellas descalzas dejadas por indígenas y campesinos sobre este Macondo patriarcal. ¿Qué significado podría abarcar todo eso? Los significados los absorbía la luna en su trance metamórfico.

No había un alma humanoide en la redonda. Solo los perros y los gatos eran ahora los dueños del polvo. Sus huellas dejaban recuerdos plausibles entre las marcas de los deseos. Los murciélagos revoloteaban alrededor de la alta palma que un campesino trajo desde su lugar de trabajo y sembró en el jardín del colegio, en la esquina diagonal a mi casa.

Los deseos se desvanecen o se pierden, pues no existen faustos arrechos en las noches macondianas. Todos duermen a causa del calor, o están entregados a las orgías de los pensamientos en las playas del Tayrona. Las hadas del parque estaban exhaustas de tanto cumplir deseos. Los unicornios, cansados de recorrer los desiertos. Los elfos, dormitando en compañía de las sirenas junto a las inmensas rocas de las playas cercanas.

Solo yo podía escuchar los ecos de mis deseos rebotando entre las realidades de mi imaginación. No podía satisfacer mis impulsos más profundos, por culpa de la luna, que en esa hora gobernaba las soledades y los silencios en Macondo.

Sabía que todo lo que escribiera o pensara sería leído inmediatamente por los calígrafos de las dimensiones desconocidas. La imaginación visitaba esos parajes lejanos, pero mis pies, untados del polvo superficial, vivían otra realidad diferente.

Los polvos oscuros de la tierra, con certeza, solo se untan entre las huellas de los residentes de la Tierra: aquellos que escarban la tierra y la siembran, y los que cavan fosas donde entierran vivos —seres que han muerto de tanto estar cansados de jugar a ser muertos.

Yo solo me unto de ese mismo polvo color chocolate cuando me baño desnudo bajo las lluvias escasas de Macondo. Entonces el polvo se deshace, y no queda ni recuerdo ni huella salpicada de deseo alguno. Por más que trato de empaparme de las partículas que manejan estos amoríos, no logro adherirlas a mi piel.

No soy nacido en tierras costeñas donde “monda come burro”, sino que fui secuestrado de un país olvidado, donde vivía contemplando la grandeza de un imperio que duraría muy poco —como todos los imperios terráqueos. Por eso volví descalzo, con las botas colgadas del cuello, para no escuchar los rechazos.

Descalzo, no se oye nada: la tierra va absorbiendo los ecos hasta que logré llegar a casa en completo silencio. Con las botas puestas, soy como un turista de paso, sin derecho a ser enterrado en este polvo subterráneo cuando muera. Mis pies no ansían ser cubiertos por las huellas caminadas de indígenas y campesinos, que se repliegan a vivir eternamente entre la Senda de la Seda y los recuerdos que vienen de Oriente. Aquí no hay camellos que rumian mientras caminan leguas sin beber agua.

Aquí, el desierto guajiro es mi única conexión con el desierto de Oriente. Entonces, vivo añorando las huellas del polvo que Ieshua pisó sobre la Ruta de la Seda, montado en un camello rumiador, durmiendo sobre una alfombra persa en la arena de un oasis lleno de palmeras alegres, cargadas de dátiles.

La música que escucho en estos lados es la misma. Los inmigrantes árabes que llegaron a Macondo siguen dejando huellas que huelen a Oriente. Y mis deseos se vuelven, poco a poco, realidad, gracias a mi fe bruta: la de quien cree en lo que no ve, en lo invisible.

No perduré mucho en el país de los costeños. Paso como ráfaga de metralla, escribiendo sobre el dromedario de mi imaginación un cuento que solo los extraterrestres podrán leer en sus naves espaciales. Por eso no se han aparecido sobre el desierto de La Guajira ni en el desierto samario. Porque… ¿qué dirían tanto campesino y tanto guajiro al ver un aparato de esos? ¿Qué machete usarían para limpiar el polvo de los arbustos macondianos, arbustos que llevan siglos cargando esperanzas?

Esperanzas para que los herederos árabes y turcos de Macondo se anclen un favor en sus pieles…

…y puedan hacer una película que huela a mirra y sándalo,

…donde las doncellas bailen al son del bouzouki y la cítara,

…sin estar pensando en ser madres de tanto sexo programado.

Sexo que llena de muchachitos las polvorientas calles de Macondo, con ese impulso de que todo está bien, que todo es normal, que aquí no ha pasado nada.

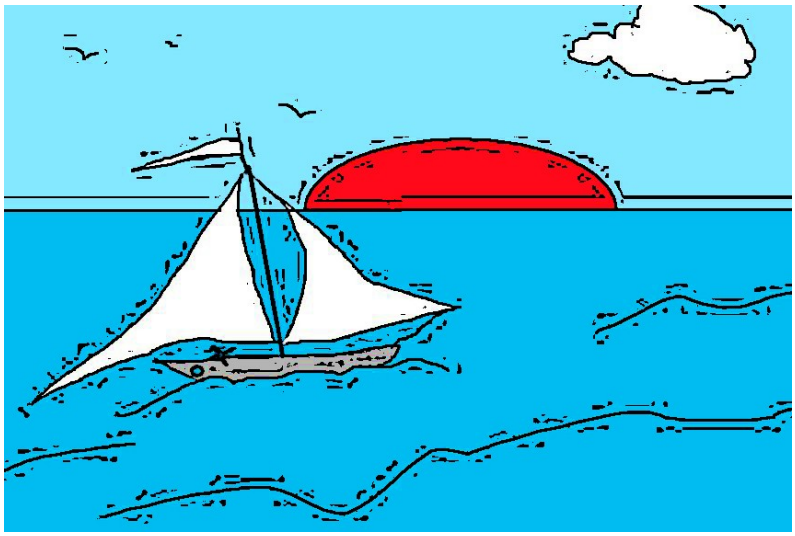
Y mañana:

—Hay que ir a sembrar palma.

—Hay que manejar la moto-taxi.

—Hay que llevar mis pesos donde viven las mujeres abundantes, llenas de hijos que crían igual que hace mil años.

Y nacen vástagos que no aprenden sino lo mismo. Y si se salvan, van a dar a una universidad para aprender a ser Costeñol con formato comercial, para ganar muchos pesos y ser el mejor capo de la gallera.



Capítulo V.a1

Una Pequeña Ayuda

Año 2019

Tampoco habíamos sido muy explícitos sobre cómo se las arregló el poeta para sobrevivir después de que el avión desde Alemania lo dejara tirado —sin indicaciones— en el aeropuerto de Santa Marta. Podríamos hacer un ejercicio imaginativo y suponer algo como:

¿Qué podría estar haciendo un tipo extraño, con el pelo desgreñado y apariencia de un loco perdido en el tiempo, que lleva puesta una túnica sucia y arrastra unas sandalias viejas que parecen alpargatas oxidadas? (Claro que una alpargata no se oxida; solo se pudre con la humedad… “óxido versión alpargata”, jejeje).

En el caso de sus sandalias, ya han aguantado todo el sol de Caldea, lluvias con rayos y centellas, escalofríos e incluso inundaciones.

(Sin contar aquel día en que las olvidó varios días sobre una colina, cuando se quedó dormido mirando las estrellas; al despertar asustado, corrió a su casa dejándolas tiradas, solas y abandonadas… ¿qué sueños habrían tenido esas sandalias aquella madrugada?)

Pero se nota que su dueño las ha sabido conservar. Aunque, en nuestra humilde opinión, esas pantuflas están tan feas y desbaratadas que mejor sería botarlas a un basurero sin nombre y olvidarse de ellas para siempre.

De todos modos, como les estábamos contando, sus sandalias van llenas de un polvo que el poeta trae desde una Mesopotamia que, en esta época, también parecía un desierto.

Ahora, coloquemos a este sujeto en un aeropuerto latinoamericano —turístico por excelencia—. Allí, la gente:

Lleva gafas de sol finas en el rostro. Usa sombreros de paja —la mayoría, para evitar el cáncer de piel (así lo dicen sus médicos). Toma bebidas nada saludables para combatir el calor (según los avisos publicitarios que devoran en la televisión). Está pasada de kilos, de tanto comer carnes y fritangas que sus supermercados les suministran.

Habla a gritos, como si el volumen atrajera atención. Usa chancletas de playa finas, para evitar la “pecueca”. Viste ropas coloridas compradas en tiendas típicas para turistas. Y lleva untadas en el cuerpo cremas que huelen espantoso —se sienten a varios metros de distancia—, que “disque” los protegen de los rayos del sol (así lo aseguran otros de sus científicos). Estos turistas cargan maletas chistosísimas con rueditas, que solo necesitan ser arrastradas. Y, por cierto, sus maletas son inmensas.

Hay otro tipo de turistas que también llegan al mismo aeropuerto: llevan mochilas gigantes a la espalda. Son, en su mayoría, trabajadores europeos que se esmeran todo el año en oficinas normales y, al terminar, se visten relajados, con su morral desgastado, y salen a “ventilarse” en países que para ellos son folclóricos… o “exóticos”.

De todos modos, son un poco distintos a los de las maletitas con ruedas. Sus destinos son muy otros.

Entonces… ¿ya se imaginan al poeta en medio de esa caravana de turistas? Pues esa es la idea.

Ahora viene el cuento de cómo se desenvolvió el personaje. Aunque un par de veces se vio en situaciones complicadas, ya fuera por falta de recursos económicos o por inocentadas:

Eran las cuatro de la tarde cuando el poeta caldeo llegó a tierra colombiana caribeña. El sol aún palpitaba en su templo migratorio. Las palmeras afuera del aeropuerto se movían como bailando un vallenato junto con las olas del mar, acompañando con su vaivén costeñol y alegrón a todo viajero o turista que, de paso, respira un momento en estos lados con su confort.

El poeta salió del avión siguiendo a la gente que iba adelante —igual que había hecho en Berlín. Todos los pasajeros se aglomeraron, de pie e impacientes, alrededor de una cosa que giraba, hacía ruido y escupía maletas de todos los tamaños. Él observó el panorama y se dio cuenta de que allí no tenía nada que hacer: no llevaba equipaje alguno. Volteó a todos lados, buscando una señal que le indicara otra salida, para evitar ese enjambre de ruidos y gentes.

Vio, a lo lejos, hacia su izquierda, unos ventanales. Uno de ellos se abría y cerraba solo cuando alguien se acercaba. Al poeta le pareció una salida y se dirigió hacia esas paredes de vidrio. De repente, justo frente a sus sandalias, surgió una niña de unos nueve años, con trenzas rojizas, parecida a Pippi Calzaslargas. Se le atravesó, sonriéndole.

Él la saludó.

La niña lo miró un instante, como analizando al recién llegado, y le dijo:

—Señor… ¿está usted perdido?

Él aprovechó la caridad de la niña y, en claro español, le respondió: “¡Sí!”

La niña se dio vuelta y le señaló un letrero que decía: “Inmigración”.

—Debe ir allá primero —le explicó—, para que le sellen el pasaporte.

Él le preguntó:

—¿Y qué es un pasaporte?

Ella, un poco desconfiada, no entendía cómo alguien no supiera qué era un pasaporte.

Pero, de todos modos, le contó al “tipo raro”:

—Yo tampoco sé para qué es ni por qué hay que llevarlo para viajar… Pero es como un librito con la foto de uno, donde le ponen estampillas de diferentes lugares.

El poeta le dio las gracias por explicárselo.

Y añadió:

—Yo… no tengo pasaporte.

La niña lo miró sorprendida:

—¿Y cómo hizo para salir de Alemania?

Él respondió:

—No sé. Solo seguía a la gente… y de pronto me dirigieron a un asiento dentro de la nave que vuela.

La niña sonrió:

—¡Ah! Entonces usted debe de ser algo así como un diplomático alemán, ¿señor?

Él iba a responder…

Pero en eso, una señora de piel rosada y gafas de sol enormes le gritó en alemán a la niña, ordenándole que dejara de hablar con extraños.

Él la despidió en alemán. La niña, con un movimiento de hombros, volvió a sonreírle y se alejó como danzando hacia su madre.

El poeta no sabe que el tiquete de avión que le dieron los ETs lleva algo adherido —algo que parece mágico—: cuando alguien le hace preguntas que no entiende en absoluto, él solo les muestra el pasaje… y lo dejan seguir. Ya se pueden imaginar, queridos lectores, lo que podría tener anexo ese pasaje.

El caso es que el poeta, una vez más, siguió su instinto de perseguir a la gente, hasta llegar a un lugar donde unos señores con uniforme hacían muchas preguntas. Cuando le tocó presentarse en la casilla de inmigración, mostró el pasaje… y de inmediato los oficiales lo dejaron pasar. Para él, esta rutina ya se le ha vuelto normal: ante cualquier pregunta de alguien con uniforme, saca su pasaje de avión. Jeje.

Hasta ahora sabemos que:

El viento mueve las palmeras.

Ellas bailan con el mar.

Hace un calor de casi 35 °C.

Las olas tararean sus coplas vallenatas.

Afuera del aeropuerto, hay gente esperando a otros.

Algunos llevan carteles con letras escritas, como queriendo decir algo.

El poeta no entiende. Solo sigue caminando hacia donde termina el andén —o la “plataforma de salida”, como le dicen—. Se detiene en el borde. Se mira los pies. Y por primera vez, se siente consciente de la diferencia de sus sandalias, comparándolas con las que ha visto entre los tumultos de aeropuertos.

Luego de un momento, comienza a mirar a todos lados. Se le acerca un tipo curtido por el sol, que también lleva sandalias —pero caribeñas—, con el cabello pegado al estilo africano y un corte al más puro reguetón.

—Buenas tardes, señor —dice—. Me gustan sus chanclas. Perdone… ¿necesita un taxi?

El poeta le responde:

—¿Qué es un taxi?

El tipo de pelo pegado sonríe:

—No me diga que no habla español, mister… Y comienza a hablarle en inglés, diciéndole cosas que el poeta tampoco entiende.

Entonces, el poeta le responde en alemán, a ver si el taxista lo comprende:

—Oh! *Der Mister spricht Deutsch*? Taxi, *Mister —für zu Hause*?

—No tengo casa… —le responde en alemán al taxista.

El taxista, sorprendido, le contesta en un alemán mezclado con español:

—¡Ah! ¡No se preocupe, mister! Ahora usted está en el país de las mil maravillas. Yo lo puedo llevar a un lugar donde se hospeda barato… y va a empezar a sentirse como Alicia.

Entonces le pide que lo siga.

Ya montado en el taxi —de esos amarillos, donde adentro solo suena música vallenata, la que gustaba a los viejitos o a los poetas—, el poeta se siente en un ambiente agradable, casi íntimo. La temperatura es manejable, y los vidrios polarizados oscuros impiden que nadie vea hacia el interior.

Se sienta y sonríe. Le gusta lo que siente dentro del taxi. Por el retrovisor, el taxista también le sonríe, y su colmillo de oro brilla al sol.

—¿Le gusta mi taxi, señor?

—¡Sí, claro, amigo! —responde el poeta—. Es magnífico. No sabía lo que era un buen taxi hasta ahora.

—Ya ve, mi señor —dice el taxista—. Aquí tratamos bien a los turistas. Y comienza a contarle muchas cosas sobre Santa Marta, su gente, su historia… Luego pasa a recomendarle lugares para visitar, y así, etcétera, etcétera.

Después de media hora de tráfico —y más tráfico—, llegan a una casona con un jardín amplio y bien cuidado, en un barrio de clase media. El taxista le pide al poeta que lo siga, y este obedece. Entran a una casa antigua, de color blanco, como recién pintada, con dos columnas altas en la entrada que sostienen un porche amplio y fresco.

A la izquierda, una hamaca cuelga vacía, como esperando a alguien para mecerlo y que se sienta “pechechón”. Al pasar el portón principal, el aire adentro es fresco. La casa parece tener dos niveles. Una escalera en espiral, con paredes pintadas de un rojo vivo, parece invitar a subir.

No hay letreros que la hagan parecer hotel. Tiene el aire de una vivienda familiar, auténtica, viva. Adentro, una señora morena está recostada en un sofá antiguo, con los pies descalzos jugando con un gato. Al oírlos entrar, el gato los mira, y ella menea la cabeza en señal de saludo al taxista, luego vuelve su atención a la televisión.

Se escucha el jugueteo de niños en un salón cercano. Del fondo de la cocina llega un aroma delicioso, y alguien grita:

—¡El cayeye está casi listo!

Detrás de un ventanal, se ve una piscina azul cielo, donde un par de muchachas se asolean en sillas plásticas largas, y un señor de edad nada tranquilo. Todo se mueve muy lento, como en un sueño húmedo de caribe.

El taxista, que no ha perdido ni un instante las miradas de asombro del poeta, le da un empujoncito con el codo y le dice:

—Amigo, esta es la casa de doña Marysol Archbold. Ya pronto la conocerá. Ella es como una madre para muchos de nosotros. Yo sé que le va a gustar vivir aquí. No se preocupe, amigo: usted queda en buenas manos. Le da la mano al poeta… y se despide. Sin cobrarle la carrera del aeropuerto hasta la posada familiar.

¿Y qué tenemos hasta ahora?

El viajero queda en casa de doña Marysol Archbold, mulata de casi un metro ochenta, oriunda de las islas de San Andrés y Providencia. Su rostro muestra un perfil heredado de los ancestros holandeses de su padre, el bonachón capitán de barco pescador en el Pacífico colombiano.

El poeta está otra vez mirando para todos lados, asombrado, con un buen sentimiento en el corazón. Huele el aroma de la cocina y le gusta. Lleva mucho tiempo sin comer.

Sigue de pie. No se mueve ni un centímetro… pero tampoco nadie lo ha invitado a hacerlo. La morena en el sofá no le para bolas al recién llegado. De pronto, sale de la cocina una mujer grande, de voz musical isleña, con un vozarrón bonachón que resuena como un eco en la sala:

—¡El cayeye es el mejor de toda la costa caribe!

Lleva una olla gigante en las manos y lo invita al comedor.

El comedor está en otro salón. Hay un mesón inmenso, con bancos a los lados. Varios niños y una adolescente están sentados:

Los niños se pelean entre ellos.

La chica mira su celular.

Nadie voltea a mirar a nadie.

Doña Marysol le pide a uno de los niños que avise a las muchachas y a don Chito para que pasen a la mesa.

Un niño salta del banco, mira al poeta y le sonríe:

—¡Hola, señor! Busque lugar donde sentarse. Y sale corriendo hacia la piscina.

Doña Marysol le indica al poeta dónde sentarse: no en los bancos de los lados, sino en el asiento del frente del mesón. El poeta se sienta, mientras doña Marysol coloca la olla en medio de la mesa. Es una mesa de cedro rojo fino, de color natural, curtida por los años y las huellas de las gentes.

Doña Marysol grita hacia afuera:

—¡Carmela! ¡Venga a servir la mesa, ponga los platos y los utensilios!

Entra la morena Carmela corriendo al comedor, abre un escaparate gigante —también de cedro antiguo, con herrajes oxidados— y saca varios platos y cubiertos, que va colocando rápidamente sobre el mesón para los comensales.

Cinco niños están agrupados en el mismo banco, al lado derecho del poeta. El sexto niño entra corriendo y anuncia en voz alta:

—¡Ya vienen las muchachas y don Chito!

Carmela comienza a servir en los platos el oliente cayeye de doña Marysol. Hay catorce puestos dispuestos sobre el mesón.

La matrona, al ver que todos ya llegan a sus lugares, se sienta en el asiento principal del comedor. Nadie comienza a comer hasta que doña Marysol lo diga. Ella espera a las tres muchachas, que en ese momento entran al comedor en traje de baño, junto con don Chito. Él lleva una sonrisa en su rostro curtido por el mar, y sus manos anchas del laboreo del campo. Viste una guayabera blanca larga, pantalón blanco y chanclas plásticas negras. Las chicas parecen turistas.

De los seis niños, cuatro parecen kogis: Hablan entre ellos en otro idioma. Llevan indumentaria blanca, limpia y tradicional. Los otros dos hablan en español costeño y siguen jugando, diciendo tonterías que solo ellos entienden.

Don Chito, con un loro en el hombro, saluda con la mano al poeta. Este se levanta para estrechársela.

—Bienvenido a casa —le dice don Chito.

—Muchas gracias, señor —responde el poeta.

Se sientan.

Don Chito se acomoda en la banca de la izquierda, justo al lado de doña Marysol. Las tres extranjeras se sientan a su izquierda —es decir, a la mano derecha del poeta. La mulata, al terminar de servir, se sienta junto a la patrona, y a su lado la adolescente, que ya no mira las redes sociales. Junto a ellas, los niños se acomodan en tropel.

—Ahora demos gracias al Creador y a la Madre Tierra por este cayeye —dice doña Marysol.

Todos se toman de las manos. El niño kogi, a la derecha del poeta, lo mira y le dice en voz baja:
—Tómeme la mano.

El poeta le toma la mano. Voltea a su izquierda y mira a la joven junto a él. Ella le sonríe, le toma la mano y le dice:
—Me llamo Alicia.

Cierran todos los ojos. Permanecen en silencio por unos segundos. El ambiente cambia. Se siente una energía, una vibración positiva, que flota entre los presentes. Al terminar el silencio, los niños gritan al unísono y comienzan a devorar el cayeye en sus platos —pero con decencia. Doña Marysol mira a todos, supervisando que todo esté en orden.

Las extranjeras cuchichean en francés entre ellas. Don Chito sonríe cómplice a doña Carmela. La adolescente come despacio, como contando los segundos. Y entonces, doña Marysol mira fijamente al poeta y le pregunta:

—¿De dónde viene usted?

En un instante, se le enreda el pensamiento. Todos lo están mirando en ese momento. Él no sabe qué decir: ¿debería mencionar Berlín… o Ur de Caldea? Se decide por la última y le responde a la patrona:

—De Ur de Caldea.

Ella hace un gesto de profundo respeto y le dice:

—¡Uy! Qué honor tenerlo en la mesa, amigo viajero. Y… ¿a qué se dedica, amigo viajero? O mejor dicho… ¿qué lo trae por estas tierras?

Otra vez se le confunde todo dentro del cerebro. Con tantas vueltas que ha dado en las últimas horas —¿o días?—, no sabe exactamente qué responder.

Todos en la mesa lo siguen observando, curiosos por saber quién es el invitado de honor, puesto que ocupa el asiento reservado para tal distinción. El poeta solo alcanza a decir:

—Soy un poeta que vino a visitar Santa Marta.

La respuesta no provoca ningún dramatismo extravagante entre los comensales. Todos vuelven a sus platos y siguen comiendo del espléndido cayeye de doña Marysol.

El poeta aprovecha la distracción general. Pero como la patrona aún lo observa con atención, le dice, sonriendo:

—Su comida está deliciosa.

Ella le sonríe. Él sigue comiendo. Voltea a mirar al piso, donde un par de perros juegan en silencio. En las ventanas, unos gatos lo observan con seriedad, como si supieran de dónde viene… y por qué está allí.

Al terminar todos de comer —esperando hasta el último que termine—, se levantan de la mesa y cada uno le da las gracias a doña Marysol por la merienda. Van saliendo poco a poco. En la mesa quedan sentados doña Marysol, don Chito y el poeta. Mientras, Carmela comienza a recoger la loza.

La adolescente le dice algo a la patrona —se nota que es su hija— y también sale del salón, mirando su celular al mismo tiempo.

—Así que es poeta, amigo extranjero —dice don Chito al viajero, mientras el loro repite algo en su hombro.

—Sí, señor… escribía versos en mi tierra, en aquellos tiempos… cuando podía…

—Recítenos algún verso romántico, amigo —le pide doña Marysol, mientras acaricia un gato soñoliento.

—Está bien… aunque no recuerdo lo que escribo. Si me lo permiten, podría improvisar algo corto…

El poeta se levanta de su puesto y camina hacia una esquina del salón, junto a un ventanal que da a un patio. Allí, el sol cae con pereza tras un árbol de mango grande y frondoso, que llena el comedor de sombra, media luz y frescura.

Y dice:

Te buscaba, amada mía,

entre los pies de los bosques.

Pero tu voz venía de los desiertos,

y tuve que viajar muchas leguas

a través de mares y montañas

para encontrar el secreto

que los desiertos esconden

dentro de los silencios,

donde habita la voz de mi amada…

Se queda en silencio, como esperando la aprobación de sus oyentes.

—¡Qué romántico, amigo poeta! —dicen los dos al mismo tiempo.

Se miran… y sonríen.

—Gracias, amigos.

Doña Marysol se levanta de la mesa, y don Chito hace lo mismo, haciéndole una venia a la señora.

Ella, en su modo alegre de siempre, les sonríe y dice:

—Gracias, chicos, por la compañía.

Y, mirando al poeta, añade con cariño:

—Amigo, siéntase en su casa y no se preocupe por nada. Dedíquese a escribir… y sea feliz. Cuando lo desee, nos lee más poemas.

La tarde sigue cayendo lentamente, y se escucha una llamada:

—¡Esta caída de sol hay que observarla bien!

Es doña Marysol, con su vozarrón bonachón, llamando a todos a subir a la azotea para ver al sol irse a dormir.

De todos los rincones de la casa, comienzan a salir personas en dirección a unas escaleras anchas, de mármol, en espiral, que suben al segundo piso. Las paredes, pintadas de rojo bermellón —como colorete en el rostro de una mujer blanca—, llevan decoraciones caribes colgadas de su “falda”, que amortiguan lo pesado del color en contraste con el mármol.

La escalera continúa hasta la entrada del portón de la terraza, donde deja al caminante solo entre una mansión de infinitos cuartos y una alfombra persa de pared a pared, que parece traer recuerdos del Líbano o de la Persia antigua.

En esta terraza, la vista es de 360 grados. Tiene una cubierta alta —de unos cuatro metros—, hecha de vidrio, que la protege de la lluvia… o de quién sabe qué más. Doña Marysol dice que es para poder ver las estrellas de noche.

Hay varias sillas reclinables esparcidas por doquier. Todos se acomodan como pueden, mirando hacia donde se oculta el sol. El sol parece sonreír, como si esperara a esa tribu para que lo saludaran. Doña Marysol, su hija y un par de niños kogis se acercan a la barandilla. Mirando al sol, levantan las manos, le dan gracias por todo lo que les da… y luego se vuelven y se sientan.

Durante todo ese rato, el poeta solo observa, como grabando la escena para describirla más adelante. Da un par de pasos y trata de unirse al grupo. Doña Marysol voltea el rostro y le dice:

—Póngase cómodo, amigo.

Él mira alrededor y encuentra una silla vacía, justo al lado de Alicia. Ella, sonriendo y con la mano sobre la silla, le dice con voz musical:

—Te la estaba guardando, chico.

Pasaron un par de horas, y la familia seguía observando el cambio de colores y la llegada de la noche. Hablaban poco. Solo miraban. De repente, comenzaron a aparecer puntitos brillantes en el cielo. Los niños, excitados, empezaron a nombrar estrellas y constelaciones. Se convirtió en toda una escuelita.

El poeta, a través del cristal, distinguía una Vía Láctea hermosa y delicada, casi como una muñeca etérea que se deleitaba mostrando sus encantos mientras caminaba por el vacío de la oscuridad.

Doña Marysol señaló un punto más amplio de luces, a un lado de la galaxia, y les dijo:

—Miren. Esa allí es la hermana gemela de la Vía Láctea. Se llama Andrómeda.

—¡Guauu! —exclamaron los niños.

—¿Y son hermanas gemelas? —preguntó el más chico, un rubiecito de pelo ensortijado.

Una de las francesas asintió:

—Sí.

En ese preciso instante, Alicia volteó el rostro y comenzó un pequeño diálogo con el poeta:

—¿Te gustan las estrellas, muchacho?

—Sí, claro. Son hermosas… y nos acompañan en nuestros sueños.

—¡Oh, qué lindo! —dijo Alicia—. No se me había ocurrido eso. Donde yo vengo, las estrellas tienen otros colores… parecen hadas mágicas volando por el aire.

—¿Y de dónde viene usted?

—Del País de las Maravillas, amigo poeta.

—¿Y dónde queda ese país?

—Abajo, en la Tierra Hueca. Allí, los animales hablan contigo… y hay castillos de cristal.

—Qué lindo, Alicia. Espero algún día poder ir a esa tierra maravillosa.

—Lo sé. Te esperaremos con alegría, amigo.

Y continuaron mirando el firmamento…

El poeta, recién llegado a tierra vallenata, estuvo hospedado en casa de doña Marysol por poco más de tres meses. Compartieron atardeceres, noches de estrellas y de luna, comidas maravillosas, diálogos eternos, juegos, piscina… y poesía casi a diario.

Entonces…

¿por qué no siguió viviendo el chico de Caldea en la casona?

¿Acaso no era una zona de confort perfecta?

Esa madrugada, mientras el poeta guardaba sus cuadernos, el loro de don Chito, posado en el alféizar, rompió el silencio con una frase gutural, antigua en sumerio:

—“*Udug hul gá-e*…” **El viento del desierto trae recuerdos.**

El poeta cerró los ojos. Sabía que ya no podía quedarse. Al amanecer, salió a caminar… y el destino lo llevó a Pescadito. Volvió a casa y se quedo razonando.

Sucedió que, una tarde cualquiera, cuando el poeta salía a caminar por entre Samaria, a la altura de la avenida El Libertador —en la esquina donde se cruza con la avenida del Ferrocarril—, se encontró con un grupo alegre de chicos en la esquina del semáforo, que lo saludaron.

—¡Qué onda, mi pana! ¿Qué hace? —le dijo uno de ellos, con acento veneco.

—Nada… por acá caminando. ¿Y ustedes qué hacen ahí?

—Tampoco nada, mi pana. Como ve, estamos esperando a ver si sale un trabajito.

El poeta pensó un instante y le preguntó:

—Pero… ¿cómo así que esperando? ¿Y por quién esperan?

—Amigo… la situación está difícil. Nos tocó salir corriendo de Venezuela, y aquí estamos: esperando un milagrito que nos empuje.

En eso, se le acercó otro tipo, medio raro con un casco de moto, y le dijo:

—Compadre, tranquilo. A ellos ya les llegará el milagrito… después de tanta espera.

Cuénteme, cámara: ¿es usted nuevo por estos lados?

—No, amigo. ¿Por qué?

—¿Quiere conocer lindas chicas? Lo puedo llevar ya mismo donde una maravilla de mujeres hermosas.

—¿Dónde?

—¡Venga, póngase este casco, compañero! Mi nombre es Pedro Púas, soy hijo de Samaria desde hace 27 años. ¿Y usted de dónde es? Porque parece cachaco…

—Soy de todas partes, amigo…

Al cabo de unos minutos, entre el tráfico del centro de la ciudad, llegaron a Pescadito, barrio reconocido en Santa Marta por su tonada alegrona. Don Púas detuvo su motocicleta junto a una mulata espectacular, con pinta de modelo, que lo saludó:

—¡Pedrito, muchacho! ¿Qué pasa? Ya no viene a saludar a una, ¿no?

—¡Magdalena, amor mío! ¿Cómo me voy a olvidar de la samaria más hermosa de toda la región? De paso, aquí te presento a mi amigo… es muy especial.

—Hola, guapo. Ven acá… ¿qué haces?

—Con mi amigo Pedro Púas, visitando el barrio…

—Amigo —le dice PP al poeta—, lo dejo con Magdalena un momentito y ya vuelvo. Ahí en la esquina tengo que cobrar un billetico que me deben. Ya vuelvo. Lo dejo en buenas manos, tranquilo nomás, amigo… que Magdalena, mi amor, lo cuida.

Magdalena toma de la mano al poeta y le dice:

—Amor… ¿qué hacemos ahora?

El poeta no sabe qué decir. De improviso, la belleza de ella le cubre todos los ángulos de la visión. Solo se atreve a escanearla, y se encuentra con unas piernas largas, de color chocolate, que brillan de lozanía y suavidad. Detrás de ellos hay una tienda que vende refrescos. Ella lo invita a tomarse una fría.

Una mesita afuera —redonda, de metal medio oxidado, saturada de humedades y restos de bebidas derramadas en días postreros— está rodeada por dos sillas plásticas, encadenadas a la mesa para que no se las roben los “amigos del prójimo”.

Ella se sienta frente a él y le toma las manos. Él escanea sus piernas cruzadas y sonríe, preguntándole —como si fuera una conversación muy inocente—:

—¿Y tú… qué haces?

Muy tranquila y segura, Magdalena le responde:

—Nada. Soy puta.

El que atiende la tienda, desde detrás de la registradora, les grita a los dos únicos clientes:

—¡Las cervezas están listas!

Mientras tanto, le registra una compra a una señora de la cuadra, que refunfuña porque no la atiende rápido.

Magdalena, elegantemente —como si desfilara en una pasarela—, se levanta a recoger las frías. Vuelve, mueve la silla y se acomoda junto al poeta, esta vez más cerca, y le susurra algo al oído.

El poeta sonríe.

Es de noche en Pescadito. Desde un tercer piso, entre el aroma a mar oscuro y el bordoneo del puerto, una mujer se fuma un cigarrillo en una ventana de madera curtida por la brisa marina y los rayos de sol que, con el tiempo, la han tostado hasta darle una sencillez inclinada, como de cansancio noble.

Detrás de ella, en un cuartico más pequeño que el inodoro de una casa normal, duerme el poeta, desnudo, boca arriba. La cama casi ocupa toda la habitación. En una esquina: un lavamanos y un sanitario. No hay ducha.

Son las diez de la mañana del día siguiente. El poeta está vestido y listo para lo que se venga encima. Magdalena se termina de arreglar el cabello, le da un beso cariñoso y le dice:

—¿Vamos, amor?

Salen de la habitación. Caminan por el hall, sobre una alfombra roja deslucida. Bajan una escalera de madera en espiral que los lleva a la recepción. No se despiden de nadie. El tipo gordo que atiende el negocio de alquiler de piezas duerme sobre el mostrador, mientras moscas le sobrevuelan la panza.

Sobre el andén, Magdalena le sonríe al sol, que la abraza de inmediato. El poeta la sigue, mirando todo lo que ella hace, y observando cómo todo lo que ella mira se vuelve perfecto. En su estómago siente un resplandor agradable de complacencia. Ella da un salto sobre sus talones. Lleva tenis-bota de Converse color rojo.

Esa mañana, de su bolso guajiro, había sacado unos jeans azules desteñidos; la falda la guardó en su bolsa. El cabello, que la noche anterior llevaba recogido, ahora estaba suelto al viento, y cambiaba de tonos cada vez que la brisa le agitaba esa mata libre y rebelde.

—¿Vamos, amor?

—¿Adónde quieres ir, belleza?

—A donde nos guíe el viento, cariño… Hoy quiero ir lejos de estas calles de pueblo sucio.

—Vamos al Mercado, belleza. Nos montamos en un bus que suba al norte… A ver hasta dónde nos alcanza la emoción y la aventura.

Desde una estación invisible —porque no se distingue bien entre las tiendas y negocios del área del Mercado— arranca una buseta moderna de pasajeros. Viaja a paso veloz por la Autopista del Sol, en dirección norte. La mitad de los asientos están desocupados. La mayoría de los viajeros mira por las ventanas.

Una memoria USB, saturada de vallenato moderno, salpica las esquinas del interior. La buseta va repujada de calcomanías insinuantes y adornos que cuelgan de un lado y del otro.

Al fondo, la pareja se besa. Ella esconde el amor que se dan tras una cabellera abundante. Él le toma la cintura y le baja la mano, sosteniéndole las curvas. Se miran, sonríen… y se ponen a mirar juntos por la ventana.

Afuera, la buseta lanza vuelo, dejando atrás:

Vendedores ambulantes,

Filas de gente entrando y saliendo de negocios,

Perros rebuscando sobras,

Hombres dormidos en los andenes.

El típico ruido vehicular y de motocicletas silba a los lados.

Varias bicis van y vienen en todas direcciones.

La gente:

Camina,

Se detiene,

Mira rápido, sin interés, o se agacha a comprar algo en los negocios improvisados del andén. Voces vociferan precios y productos.

Un grupito de perros callejeros pasa raudo, con destino desconocido. Y en una tienda de paredes bermellón y verde desteñido, un gato negro duerme sobre un estante.

La buseta, en todo su recorrido de unos cuarenta minutos, pasa entre pueblos pequeños, fincas y casas campestres, dejando y recogiendo pasajeros.

Al parar en el Parque Tayrona, la pareja se baja. Ahora caminan cogidos de las manos. Ella bambolea la felicidad que lleva en su corazón. Él solo observa sus reacciones —tan nuevas para él— en un ser humano exquisitamente hermoso, en armonía perfecta con el paisaje vibrante que los envuelve sin pausa.

Hay tanto que mirar, analizar, sentir… que el poeta no es capaz, ni siquiera con un solo soplo, de asimilar todo lo que palpita en esos momentos. Se da cuenta de que ella refleja en su aura externa la maravilla de lo que se mueve en su interior, al entrar en contacto —visual y emocional— con todo lo que la rodea. Él no dice nada. Sus ojos siguen brillando.

Adentro del parque, en una playa interminable de arena, costa, olas, rocas gigantes y palmeras que se mecen solas, cabalgan dos jinetes sobre caballos marrones recién alquilados.

Ella sonríe.

Él la persigue.

Juguetean, trotan…

y la arena dibuja las pisadas de las yeguas —

huellas que las olas, perezosas, borran al instante.

Y así, el mar sigue disfrutando: recibe huellas nuevas, las guarda en sus recuerdos, para cada visitante que toca los jardines de sus dominios, cuando esos pasos silenciosos murmuran, llamando al viento o a las sirenas a sentarse sobre las rocas vecinas, a recitar junto al pequeñito y frágil oleaje de la playa.

Ese viento pasa veloz, cantando sonatas que los dioses le escriben al compás de los bríos de los animales, que despliegan la fuerza de una belleza ancestral, resguardada por los siglos.

La historia no parece tener fin. Al cabo de las horas, se ve a lo lejos un par de corceles que pastean solos tras unos arbustos, y a dos amantes que se acarician entre las alas de hadas y sirenas, mientras estas les cantan romances que los hipnotizan y atan a los sueños de todos los espíritus enamorados que alguna vez caminaron por esa arena caliente.

Es de tarde. Compran algo de alimento en un local playero y lo colocan sobre una manta de colores vivaces. Cuando terminan —tras mucho juego, alimentándose el uno al otro y contándose historias inverosímiles—, se ponen descalzos a caminar por una playa que parece no tener fin.

Ella lo mira a sus ojos de poeta y le dice:

—Esta playa siempre me ha parecido tan larga… que ha sido, cada vez, más larga que los amores fortuitos que he tenido en mi corta vida.

Él se queda pasmado y le pregunta:

—¿Y qué ha pasado en tu vida?

Ella responde, sencilla y triste:

—Nada. Eso, amigo hermoso… nada ha sucedido en mi vida. Soy como una palmera a la que un rayo de tormenta le ha alcanzado y quemado las palmas. Estoy petrificada, chamuscada, quemada por mis propias concupiscencias.

El amor se me ha diluido de las manos cuando ha llegado, y no encuentro remedios.

Sigo caminando por los mismos andenes de mi barrio, vendiendo las últimas palmas que me quedan.

Las nuevas siguen creciendo… y cada vez que me levanto, cada vez que me acuesto, vuelvo a chamuscarme.

Estoy frita, amigo…

Él, en un acto postrero de salvación —como queriendo enderezar una piragua que se hunde en el mar—, le dice suavemente:

—Pero… para mí, por cómo te veo en cada movimiento que haces, eres como una flor de desierto, llena de una vibración fascinante y oculta, que resplandece todo a su paso…

Ella, con voz medio triste, susurra:

—Gracias, amor… Pero ya te darás cuenta: solo soy como un poema, llena de belleza y tristeza al mismo tiempo.

Hoy brillo… mañana, me eclipso.

Hoy estoy contenta… pero mañana, me desvaneceré entre el cemento de Santa Marta, y no volverás a verme jamás.

Soy como un idilio terminal, la Afrodita de unos sueños pasajeros que se desvanecen, sea como sea…

No tengo remedio ni solución.

Me pudro por dentro, amigo poeta…

como una palmera que muere.

Soy una de tus poesías fantásticas que se quedaron sin editar.

Mi ortografía dejó de existir,

y nadie puede leerme de forma lineal.

Desaparezco de las vidas de mis amantes como una ráfaga de viento de tormenta nueva.

No hubo respuesta del poeta. Se sentía cansado.

Se recostaron junto a una palmera que no estaba erguida, sino curvada en su tronco, con las raíces medio desnudas por la subida de las mareas. El poeta de Sumeria se fue adormeciendo bajo los embrujos de las caricias que le daba Magdalena…

Cuando despertó, se encontraba solo sobre la playa desierta, que seguía murmurando sonatas rítmicas. El sol se despedía del todo… y solo una yegua esperaba atenta por su amo.

Dentro de una buseta llena de gente que vuelve de sus labores y uno que otro turista, va un poeta solitario, desvanecido por la imaginación de sus deseos.

Los caseríos de ese Macondo mágico, vistos desde la ventanilla por el Sumerio, parecen todos iguales, cortados por la misma fábrica de cemento que los construyó. En uno de ellos, cuando el bus se detiene a dejar o recoger pasajeros, el poeta observa, a lo lejos, una casa semidestruida, de estilo colonial, en un hato abandonado, que se parece más a la mansión del conde Drácula que a una vivienda caribeña.

De la casa surge algo parecido a un lamento: fugaz, pero intenso, que se impone entre las voces de los vendedores de golosinas que se acercan a ofrecer sus productos a las ventanas del bus. Los pasajeros miran hacia afuera, como embrujados por el hechizo de lo material.

Se escucha otra vez el grito: breve, pero certero, como si pregonara un gemido… interminable a todo pulmón…

—¡Víboras! —decía—. Parecéis víboras…

Aquella escena de sonidos sin imagen, que el poeta capta en ese instante, lo deja sin aliento. Prefiere adentrarse en su momentánea soledad, para respirar profundo las mieles que le dejó su amante, danzando —o deambulando— saltarina y melancólica, desde las profundidades de un mar totalmente desconocido para él.

V-a2

Del Tiempo en FRANCIA

Año 31

Después de arribar a Beirut, la caravana se embarcó hacia un puerto italiano. El mar estaba maravilloso: nos habíamos encontrado con la cara alegre del verano, y reinaba la calma.

Los días los pasábamos bebiendo grandes cantidades de líquido. Las noches eran iluminadas por una Vía Láctea esplendorosa, que recorría el cielo con lentitud, como si adornara los cielos con su luz.

Finalmente alcanzamos el puerto italiano e inmediatamente partimos hacia el norte. Después de varias semanas sin contratiempos, logramos llegar al pueblo de Lutecia, la aldea que algún día será París.

Nos encontramos con los amigos de la familia de Alain, quienes de inmediato, con gran amor, nos hospedaron en una pequeña granja cercana.

Lo más interesante de la estadía en París fueron los diálogos sostenidos con la gente que conocimos. Cuando hablaban con Ieshua, tocaban temas más allá de mi entendimiento, de los cuales no me atrevo a transcribir, por temor a cometer errores.

Se hacían llamar los Amigos del Cielo. La mayoría de los ancianos eran seres de otros planos celestiales, materializados en la Tierra con un propósito claro: propagar el mensaje de la Luz en Europa.

Anciano 1:

—Es un gran honor para todos nosotros contar con la presencia de Ieshua en nuestra granja.

Ieshua:

—Gracias, amigos. Nos hemos desviado de nuestra ruta hacia Oriente solo para conocerlos y compartir experiencias con ustedes. Fue una sorpresa escuchar de Alain que existía un grupo en Europa dedicado exclusivamente a propagar el verdadero mensaje dejado en mis enseñanzas, para el bienestar de la humanidad.

Anciano 3:

—Es una gran oportunidad poder servir a la Verdad, aunque el camino sea pedregoso. Hemos concentrado nuestros esfuerzos en visitar a quienes gobiernan las distintas tribus y comunidades, aunque casi siempre nos encontramos con rechazo. Es muy difícil que quien detenta el poder permita a sus súbditos conocer la verdad, pues eso los haría libres y capaces de conectarse directamente con el Padre/Madre.

Este es un concepto tan radical que no todas las personas están dispuestas a escucharlo.

Ieshua:

—Es normal para mí escuchar este tipo de reacción humana. Es claro que la raza humana necesitará unos dos mil años más para alcanzar un clímax más propicio de entendimiento sobre el Amor y la Luz. Pero gracias, hermanos, por la ardua labor de sembrar semillas en los corazones…

Estuvimos en la granja un par de meses, colaborando con los ancianos y las familias que compartían el mensaje. Un día cualquiera, después de haberme encontrado a mí mismo más calmado —gracias a las tantas emociones y sensaciones nuevas que había experimentado en la granja—, le pedí permiso a Ieshua para ir al pueblo a buscar a mi padre.

No le había enviado ningún mensajero para anunciarle mi posible visita a Francia, lo cual sería una agradable sorpresa para los dos. Y, al mismo tiempo, sentía la duda de si él estaría en el pueblo… o si, quizás, anduviera viajando.

A los dos días, mis mensajeros encontraron a mi padre, y fui a su casa. Era una gran mansión en las afueras del pueblo. En el primer día de visita, encontré un poco de opulencia, lujo y excentricidades. Lo pasé observando sus objetos y admirando su propiedad. Cuando terminó mi recorrido de varias horas —tras haber recibido alimentos —, sus sirvientes me hospedaron en un cuarto muy amplio, donde el sol penetraba al mediodía a través de un canal de vidrio en el cielo raso.

La habitación tenía un balcón espacioso con vista al río Sena. Pero no vi a mi padre hasta el día siguiente, a la hora del almuerzo.

Padre del chico griego:

—Hola, buen hijo mío. Veo que has aventurado tu persona para venir a visitarme en París. ¿Cómo has estado? Pensé que te alejarías de mi presencia para viajar por los desiertos con un grupo de gente exótica.

Hijo:

—Bien, padre, gracias. A mí también me da mucho gusto verte. Como te decía en mi mensaje, estoy viajando con un profeta que habla y vive de la Verdad y la Luz con mucho Amor. Es algo que me agrada profundamente: su mensaje tiene una dulce originalidad, y en él experimento, en cada instante, la diferencia entre lo que comúnmente se dice entre la gente y lo que verdaderamente es, se nota.

Padre:

—Gracias, hijo. Sabes bien que cada quien tiene gustos distintos. No te preocupes por nada: quédate el tiempo que necesites en nuestra casa. Invita a tu amigo el profeta a que nos visite. Estaría encantado de conocerlo. Ahora, si me disculpas, tengo asuntos importantes que atender…

Hijo:

—Gracias, padre. Vendremos a visitarte en un par de días.

Por lo demás, estamos alojados con la caravana en una granja cercana al pueblo, de unos amigos de un conocido tuyo: el señor Bordeaux.

Padre:

—¡Ah, el gran filántropo Alain! Por favor, invítalo también a la casa.

Así fue de corta la visita con mi padre, el poderoso mercader de especias del Oriente. Lo mismo que el almuerzo, él partió, y me quede contemplando una amplia y larga mesa servida al estilo griego/árabe, con una variedad increíble de platillos. Como tenía un poco de hambre y sed, continué comiendo y bebiendo vino francés, mientras mis ideas y pensamientos se mezclaban entre esos dos mundos tan distantes —o tan diferentes—, bueno, solo puedo decirles, que ese fue el momento más cercano que logramos estar el uno del otro. De todos modos, me alegró verlo, y sobre todo que haya abierto su hogar para que Ieshua lo conociera.

El encuentro de la comitiva:

Como mi padre y yo habíamos acordado, a la semana siguiente llegamos con una larga comitiva a visitarlo. Nos acompañaban:

Rebeca,

Ruth,

María Magdalena,

un chico gitano con su madre,

y el grupo animado de los Lemurianos.

A la hora del encuentro, nos reunimos en una tienda armada en una planicie afuera de la casa de mi padre. El piso estaba lleno de alfombras árabes y cojines de diferentes colores. Afuera de la tienda, unos músicos entonaban suavemente melodías orientales, como para matizar el ambiente de día de campo. La conversación fluyó más o menos así:

Padre:

—Buen día, señor profeta. Es un honor recibirlo a usted y a su comitiva en nuestra humilde morada. Siéntase cómodo en todos los aspectos.

Le presento, detrás de mí, a toda mi familia: mis tres esposas y diez de los hijos que aún están bajo mi techo.

Como puede ver, uno de mis amados hijos ha decidido seguir sus huellas hacia Oriente.

Espero que no sea para usted una incomodidad… ni un estorbo para sus planes de vida.

Ieshua:

—*As-salamu alaykum* —dijo, saludando con una venia de la mano.

Padre (sonriendo, con el corazón abierto):

—*¡Wa alaykum as-salam!*

Ieshua:

—Gracias, buen señor, por recibirnos en su morada. Su hijo es y ha sido una gran ayuda para todos nosotros. Es una persona comedida, silenciosa, observadora; aprende con facilidad las enseñanzas y los oficios de la vida nómada. Tiene usted un gran hijo. Felicitaciones.

Y veo que, además, posee una familia numerosa… digna de un hombre con grandes proyectos.

Padre:

—Son proyectos, en el fondo, comunes: el cruce e intercambio de productos entre Oriente y Europa. No me quejo de los resultados. He construido un imperio comercial del que me siento satisfecho. Pero dígame, señor Ieshua: veo que a usted no le interesan los bienes materiales, como a mí. ¿Cómo hace para sobrevivir?

Si me perdona la pregunta…

Ieshua:

—No hay problema, amigo comerciante. Me alegra que le vaya bien en los negocios. Ojalá sus ganancias sirvan para aliviar las necesidades de quienes buscan una oportunidad. En cuanto a los bienes materiales, mi mirada es distinta. No siento la necesidad de acumular por acumular; eso podría crear en mí tensión entre mis sensaciones de libertad.

Realmente, tengo todo lo que necesito conmigo. Y cuando la vida exige algo material, quien está conectado con la abundancia del Universo lo recibe sin necesidad de almacenar.

Padre:

—Como le decía el otro día a mi hijo: cada ser humano elige su camino. Pero… sus palabras sobre la libertad me han dejado una inquietud.

Dígame… ¿cree usted que yo no soy libre?

Ieshua:

—Claro que lo es, amigo mío. Todos somos libres. Solo que existen diferentes formas de libertad. Algunas dan la sensación de ser libres, aunque uno esté atado a actividades o quehaceres diarios que absorben el tiempo en labores agotadoras, hasta el punto de volvernos ajenos a sentir y desarrollar el propósito inicial que vinimos a cumplir en esta vida.

Pero, claro, amigo mío: todo esto fue planeado con anterioridad —antes de nuestra venida a la Tierra—, con el propósito de dar a nuestras almas la oportunidad de aprender ciertas lecciones, o de concluir un propósito que, por alguna razón, fue interrumpido en otra vida.

Todo es perfecto para el Padre que está en los Cielos. Usted mismo lo ha dicho: son diferentes formas de vivir la experiencia de la Vida.

Padre:

—Grandes palabras, amigo profeta.

Veo que usted es verdaderamente un profeta, tal como mi hijo lo describió. Él está en buenas manos. Espero que aprenda mucho de usted, y que sepa bien qué hacer con lo nuevo que la vida le enseñe… Cuénteme un poco sobre ese Padre del que usted habla… ¿Es como el dios Alá, el nuestro?

Ieshua:

—Gracias, amigo comerciante. Sé que su hijo sabe muy bien lo que es mejor para él; no tiene por qué dudarlo en ningún instante. En cuanto a nuestro Padre Creador: por encima de todos los profetas —incluso por encima de Alá, su dios— está el Primer Creador de todo lo que existe. Somos todos parte de una unidad, creada en muchas y diversas formas y personalidades, y en cada ser se expresa de manera única el Amor Universal.

Además, cada uno tiene la libertad de realizar, en estos espacios y tiempos, lo que estime con su vida. A esto se le llama libre albedrío, amigo mío: es parte de una ley universal que rige este plano de existencia.

Despedida de la mansión:

Estuvimos hospedados en casa de mi padre varios días. Él los utilizó sabiamente: se acercó a Ieshua en privado para aprender de sus enseñanzas en diálogos personales. Yo, por mi parte, dediqué todo mi tiempo a conversar con los demás miembros de la familia. Me ayudaron mucho en esta integración las personas que nos habían acompañado.

Así pude conocer mejor:

—a mis hermanos y hermanas,

—a las gentes que trabajaban para mi padre,

—y al alma viva de aquella casa de opulencia y afecto.

Al cabo de varios meses, volvimos a retomar la Ruta de la Seda.

VI

En el DESIERTO

Agosto, 2019

Una moto negra enduro descansa a lo lejos. El casco, lleno de polvo, está colgado de uno de los retrovisores. Atrás, sobre el asiento, un morral verde muestra una pegatina sobre la conservación de la selva amazónica. El piloto, tirado bajo una palmera, bebe agua de una bolsa plástica. A sus pies, una fuente temporal brota desde la tierra. Al salir, el agua forma un pequeño lago alrededor… es el desierto de La Guajira. Él solo la mira. No dice nada.

El agua del nuevo pozo está, en esos momentos, turbia por el contacto con la arena. En un santiamén, se vuelve más y más cristalina, fresca y deseable. El piloto mira a su alrededor: solo arena. Decide beber, se acomoda para una siesta… y se queda dormido.

El sol está cubierto por nubes. Es agosto en el Caribe. La temperatura, aunque aún elevada, se suaviza con el paso de nubes frías que bajan de la Sierra Nevada. No hay ningún humano a la redonda.

Mientras el piloto descansa, una lagartija pasa a su lado, mirándolo con sospecha. Al rato, una serpiente, a paso veloz, sigue la huella de la lagartija para devorarla.

Al cabo de las horas, el dueño de la moto despierta. Frente a él, un niño de apariencia sucia.

—¡Ah! Otra vez tú —dice el piloto.

—Sí, soy yo. ¿Qué te importa, no?

—Lo que pasa, niño, es que eres muy persistente cuando te pones de preguntón.

—Lo que pasa, amigo terrícola, es que donde vengo me hacen muchas preguntas sobre asuntos de vida o muerte…

—Niño… ¿cómo haces para ir vestido así? ¿Y cómo es que apareces así, de la nada, cuando te da la gana?

—Hay un hueco de luz —al que unos seres llenos de esplendor llaman portal—. Yo, cuando ellos no miran, me cuelo… y siempre vengo a dar aquí. Pero quisiera insistir con una preguntica primero…

—Un momento, niño… ¿es que en tu casa no tienen agua?

—¡Claro que sí, señor! Qué pregunta más boba.

—¿Y es que nunca te bañas?

—No sé qué quiere usted decir con “bañas”…

—Pues… bañarse es meterse dentro del líquido que tomas… —jejeje.

—Eso es muy raro.

—¿Quieres ensayar? Mira: ahí mismo brota agua desde la tierra. Prueba a ver…

—¡Ah! Esa agua te la enviaron esos seres de luz.

—¿Cómo?… Bueno, no importa.

La idea es que te metas en esa agua —que me enviaron— y te bañes… porque hueles terrible. El niño cavernícola lo mira con recelo… pero la idea de sumergirse en el líquido que usan para beber y cocinar

—no es mala, piensa él—.

—¡Uy! ¡Es una sensación maravillosa, señor! ¡Y está fría…!

—Bueno… adelante: métete todo, hasta la cabeza. Te aseguro que luego podré responder a tus preguntas.

Con la promesa de respuestas sobre vida y muerte, el niño cavernícola se sumerge poco a poco en el pequeño charco que se acumula junto a la fuente de agua fría nacida de la tierra.

Cuando nota que la sensación es agradable, se pone a jugar, lanzando agua para todos lados. El piloto solo observa… y, con agrado, sonríe para sus adentros:

“Niños…” Y le toma un par de fotos.

—Ahora frota un poco tu cuerpo y tu cara para quitarte esas manchas de tierra que llevas pegadas…

eso, así… ¡más, más!… ahí… bien, bien… bueno, ya basta. Ahora sí puedes salir.

—Gracias, señor, por los consejos.

—De nada, niño…

Ahora cuéntame un poco más de ese hueco por donde viniste…

—¡Ah! Está ahí… ¿lo ves? —El niño señala algo en el cielo transparente.

El piloto hace un esfuerzo por distinguir algo entre el aire vacío e hirviente del desierto. Al fin, detecta una especie de pulsación: reluciente, transparente, como si se encendiera y apagara. En realidad, es del mismo color del cielo… solo que se mueve rítmicamente, en breves lapsos.

—¡Ah! ¡Ya, ya lo veo, niño!…

¿Y si entro por ahí, llego a tu hogar?

—No sé qué es “hogar”…

pero te llevara derechito a los alrededores donde vivimos: una cueva con mucha gente... mi mamá y mis hermanitos. Ellos no hablan como yo; solo hacen ruidos extraños. A mí me

enseñaron a hablar esos tipos de la luz. Me alumbraron con algo e inmediatamente comencé a hablar diferente.

—Y esos tipos de la luz... tienen un aparato grande como una nave?

—No sé qué es “nave”…

pero tienen un dinosaurio gigante que vuela y ellos se montan en eso.

—¡Ah, genial!

Deben de ser amigos de los bromistas que me sacaron de mi tribu y me trajeron hasta aquí —“disque” a escribir un cuento... A ver si un día podre dejar de desfragmentarme…

—¿Como?

—Nada niño... solo pensaba en voz alta.

—Señor… tengo una pregunta.

Usted me prometió que respondería…

—¡Ok, ok! ¿Cuál es, niño?

—¿Que le sucedió al amor que había nacido desde el fondo de la Tierra Hueca?

—¿Cual Tierra Hueca niño?

—Abajo señor… del mismo lugar de donde viene esa agua donde me bañé. Allá abajo hay mucha gente que vive diferente a nosotros y a ustedes.

—¿Quiénes?

—Los tipos de la luz, señor.

—¿Porque los llamas así?

—Es que arrojan mucha luz cuando caminan... cuando están quietos, no se ven. He escuchado que allá abajo su pueblo se llama… algo como Telos.

—Uhm…… así que son invisibles… y emanan luz…

—¿Entonces?

—¡Entonces qué, niño!

—La respuesta, señor… usted también hace muchas preguntas…

—Ah ya... Entonces... abajo se llama Telos, vive gente de luz, me envían agua al desierto para que deje de beber de bolsas plásticas, me secuestran de mi vida en Ur, me llevan y traen de paseo por todo el cosmos para escribir estas cosas, me reprograman el cerebro… me ajustan el corazón... Umm...

Déjame pensar niño... Si ellos enviaron igual que el agua, al amor... y brotó desde Telos sobre los desiertos del planeta —por así decirlo— porque hasta ahora no he escuchado sino la palabra desierto por todos lados... arena, polvo, viento, calor, sofoco y más sofoco... ¡desierto!

—¿Complicado no?, ¿señor?

—No mucho niño…

pero si ellos enviaron al amor desde sus casas hasta el desierto... debe estar aún por ahí, escondido en algún lugar... así como ese portal tuyo: difícil de detectar, pero presente. Solo que hay que ser más sutil en la observación para verlo. Y esa sensación… podría ser muy delicada, frágil... vulnerable en apariencia… pero fuerte, muy poderosa, niño… porque puede atravesar la tierra como el agua.

—¿Y dónde está ahora?

—¿Y yo que sé de esas cosas?… ¿Y para qué lo necesitas, niño?

—Es para mi mamá. Ella me dijo que el amor era lo único que podría ayudarnos a salir de esa vida primitiva de cavernícolas.

—Pues, niño... tu mamá puede que tenga toda la razón. Vamos a hacer algo distinto ahora: vamos a ir los dos juntos por todo este desierto en la moto, hasta que encontremos al Amor. ¿Te parece niño?

—¡Yupi!, ¡Sí, sí, vamos, señor!

—Un momento, niño… Tenemos que llenar las cantimploras con agua de esa fuente, para el camino. Además, debo hacerte un lugar donde sentarte... y toma esta cámara, filma o toma fotos. Mira por aquí… presionas este botón… o cambias esto… así… ¡listo!

—Bueno, señor.

Salieron los dos nuevos amigos por entre la estepa guajira buscando al Amor nacido en el Desierto. El niño filmaba y tomaba fotos. Después de varias lunas de correría hacia el norte, no habían encontrado nada. Se detuvieron en una ranchería desocupada. Los habitantes habían sido desplazados por la sequía.

A lo lejos, un carro tanque —de esos que transportan agua— yacía totalmente oxidado, como si hubiera sido incendiado. El área está llena de basura plástica y de papeles que el viento arrastraba sin rumbo. Como siempre en los suelos macondianos, lo más abundante era el plástico y la basura inorgánica, sobre todo las bolsas vacías de agua, que la briza arrinconaba perezosamente hasta las esquinas, formando capas y capas de basura abandonada.

—¡Niño, tenemos que preguntarle a alguien! Ya llevamos días buscando al Amor y no hemos encontrado más que arena caliente, lagartijas y serpientes.

¡Deja ya la cámara, por favor!

—¡Allá, señor! —dijo el niño, señalando a una anciana que los observaba desde un cambuche en la ranchería.

—¡Hola, señora! —gritó el piloto.

—Espere, señor…

Hay que ser más amable con ella. Puede ser una bruja buena, y a ellas no les gusta que las griten…

—Bueno, niño…

Tú te haces cargo del comité de relaciones públicas desde ahora.

Y ya… ¡deja esa cámara quieta!

—Le quitó al niño la cámara de las manos.

Caminaron los dos amigos desde donde habían dejado la moto hasta donde una anciana, vestida con una túnica llena de colores, parecía indígena de la región.

—Hola, madre —dijo el niño cavernícola, acercándose.

—Hola, nene —le respondió en *wayuunaiki*, acariciándole sus greñas—. ¿Todo bien?

—Bien, gracias, amable señora. Este es mi amigo, el de la moto.

¿Podríamos descansar un rato con usted?

Tenemos agua que podríamos compartirle: es pura y limpia… viene de Telos.

—Claro, forasteros.

Sean bienvenidos a mi hogar. Vengan, recostémonos por acá… hay unas hamacas.

—¡Gracias, amable señora! —dijo el niño, y guiñándole el ojo al piloto, le mostró lo bien que iban las cosas.

—Ahora cuéntenme, amigos viajeros…

¿qué los trae por aquí?

—Yo he… —empezó el piloto, pero el niño lo interrumpió y lo calló con un gesto.

El piloto, frustrado, encendió la cámara.

—Tranquilo, señor…

Deme tiempo: soy el encargado de relaciones públicas, ¿recuerda?

—Le sonrió al piloto y, tomando la palabra, añadió—: Mi querida señora… hemos estado viajando por este árido desierto durante días, y no hemos podido encontrar al Amor. ¿Será que, entre su sabiduría, ha escuchado algo al respecto?

—El amor... el amor... el gran Amor…

Hace mucho tiempo, mi tribu, los Wayuu, vivíamos en armonía con la tierra. La tierra estaba florecida: bosques, plantas, animales, lagos donde las aves migratorias hacían sus hogares temporales...

Pero un día, el hombre civilizado nos encontró. Nos compró los sueños y nos puso a hacer artesanías y bolsos de nuestra cultura, para que ellos los vendieran. Nos dijeron que con ese dinero podríamos construir grandes viviendas para toda la tribu. Todo el pueblo se volcó como un alud sobre ese nuevo proyecto de vida que nos pintaba el hombre civilizado.

Pero los hombres de la tribu solo compraron armas y alcohol. Así, nos convertimos en vendedores de nuestra propia cultura. Absorbimos como esponjas la música guasca violenta y despechada de populacho herido, que tronaba a todo volumen en cantinas y salones. Nuestros hijos aprendieron las letras y crecieron como machos burlones y agresivos, contra todo lo que no fuera su gente.

Y así, poco a poco, la tierra se secó… hasta convertirse en este desierto árido, donde no sale nada... solo es nacer y morir.

¿Y ahora vienen ustedes a decirme que el Amor anda escondido en alguna ranchería del desierto?

El amor se fue cuando nuestros sueños se marcharon… se esfumaron, mis queridos amigos.

—¡Pero los amigos de luz de Telos! —insistió el niño—. Lo enviaron de vuelta al desierto.

Yo sé que está aquí… solo que quizás no hemos buscado de la forma correcta.

—Tranquilo, niño…

No molestemos más a la señora Wayuu; debe estar cansada.

—Se volvió a la anciana—: Perdone usted, señora, nuestra interrupción…

—No se preocupe, amigo. El niño tiene razón. El Amor que buscan debe estar en este maldito desierto… pero deben abrir los ojos del corazón para encontrarlo.

Por ahora, voy a cocinar un poco de chivo que tengo por aquí. Cenaremos y descansaremos… porque mañana nos espera un gran día.

¡Vengan!

La noche, como siempre, derrochaba belleza, llena de estrellas. En los desiertos, la Vía Láctea es aún más inmensa y poderosa. Se veía cómo, lentamente, se desplazaba junto a su hermana Andrómeda.

Bajo ese techo de luces, los tres amigos se sentaron alrededor de una fogata improvisada, comiendo y compartiendo sonrisas y cuentos de rancherías.

La anciana, un poco lenta y doblada de la espalda, de pronto comenzó a contar:

—Hace muchas, muchas lunas, unos viajeros de la luz visitaron a la tierra Wayuu. Al partir, pronosticaron que emisarios del interior de la Tierra vendrían a refrescar nuestras tierras. Mi abuelo me contó esa historia… pero nadie en la tribu la creyó: siempre lo tildaron de loco.

—Mucha violencia, armas, sangre y odio en nuestra tierra, amigos…

Por eso vivimos como fuera de la mochila de las bendiciones. Por eso la tierra está en sequía. Hoy, en la madrugada, haremos un ritual antiguo a los seres de las estrellas —los mismos que nos dieron el hilo y enseñaron a nuestras mujeres a tejer bolsos y mantas.

Al alba, el espíritu de mi abuelo vendrá… y nos indicará dónde está el Amor de promesa que nos enviaron los amigos del interior de la Tierra.

Antes del amanecer, aún entre la oscuridad, tras solo un par de horas de sueño, la abuela despertó suavemente a sus amigos y les mostró la ruta nocturna hacia el espíritu de su abuelo. El mar acompañaba con un vaivén lento y rítmico.

Sobre la cima de un montículo alto, la abuela Wayuu comenzó a danzar y a entonar un canto profundo en su lengua ancestral. Las estrellas, que mientras tanto bailaban entre la oscuridad de la noche, comenzaron a moverse pausadamente. Una de ellas se acercó a donde estábamos, y comenzó a titilar con más fuerza.

La señora continuaba con la hipnótica danza invocando a su abuelo, mientras yo y el niño cavernícola nos retiramos prudentemente para no interrumpir el trance. Vimos como la luz de una estrella con movimientos irregulares se iba acercando, hasta posarse cerca de la anciana indígena.

Desde adentro de la luz salió un ser vestido como un cacique ancestral.

-—Te saludo, mi consentida nieta —dijo, rodeándola.

-—¡Abuelo! -—gritó la señora Wayuu, emocionada-—.

¡Que alegría verte de nuevo! Llenas mi corazón de gozo…

—Tranquila, querida nieta.

Lo que sientes es el Amor Cósmico que te traigo para que lo compartas con tus amigos viajeros, los que lo andan buscando.

—Gracias, abuelo… Cuéntanos… háblanos de ese Amor…

¿cómo se alejó de nuestra ranchería?

—Querida nieta…

El Amor siempre ha existido en el corazón de cada miembro de la tribu. Pero sus corazones se oscurecieron, y la liviandad del Amor no pudo convivir con tanta pesadez. Se sumergió hasta el centro de la Tierra, a las ciudades de cristal de Telos.

Hoy, los emisarios de las estrellas me envían para devolverles el Amor Cósmico, para que lo lleven a sus comunidades y lo hagan florecer de nuevo.

El anciano —que no parecía viejo, sino un joven robusto lleno de sabiduría— sacó algo de su corazón con la mano derecha, y posando su mano en cada uno de nosotros en el centro de nuestro pecho. Y desde dentro de él un hálito de luz brillante inundó inmediatamente nuestros corazones con algo tan maravilloso que se sentía como un calorcito agradable e infinito.

—Ese calorcito que sienten ahora, no se ira de ustedes nunca jamás. Ahora puede ir cada uno por sus vidas y regalar algo de ese Amor Cósmico a todos los seres que escuchen vuestro silencio.

Para quienes no crean en ustedes, que reaccionan con burla y desconfianza, con ellos también pueden compartir un poquito de ese Amor Cósmico, pero en forma diferente.

Entre sus meditaciones o momentos de quietud, lo pueden enviar telepáticamente al colectivo de los bromistas y desconfiados para que ese Amor pueda entrar en ellos y les trabaje más profundamente los temores e inseguridades que ellos sienten...

Son sus miedos y dolores ocultos —camuflados con bromas necias— los que los hacen agresivos, para que nadie se dé cuenta de sus fragilidades.

El que usa la agresividad, es porque está sufriendo de alguna necesidad en su corazón. Hay que tenerles compasión y ser benévolos con ellos, aunque sean portadores de una energía baja, ya que el Amor Cósmico puede transformar muy bien cualquier frecuencia baja.

No se involucren con ellos en esos niveles, sería como alborotar dentro de ustedes el espejo de innecesarias debilidades, en lugar de ello, entiendan el porque del todo, y como funciona.

En mejor, sencillamente… enviarles Amor.

Ahora amigos míos… les doy gracias por haberme invocado. Los dejo. ¡Que el Amor Universal los acompañe siempre!.

Y el anciano/joven de las estrellas desapareció inmediatamente. Los tres nos quedamos en silencio y con una gran sonrisa en el rostro, escuchando los ecos repetitivos que la briza del mar traía y susurraba sobre los montículos de arena y en nuestros corazones.

Así, luego, nos fuimos quedando dormidos sobre la arena del desierto, arrullados por ondas desconocidas de otras olas, otras aguas, otros desiertos, otros silencios...

Al otro día, unos rayos de sol penetrante levantaron al piloto. Miró a su alrededor y no había nadie.

Se preguntaba en ese momento si todo lo que le había sucedido (era solo parte de su imaginación o un sueño). Pero se tocó el pecho, donde sentía un calor diferente, y se dio cuenta de que de su pecho salía una luz leve, casi invisible. Sonrió, porque ahora sabía que todo había sucedido como recordaba.

Volvió el piloto a la ranchería buscando a la anciana, y solo se encontró una mujer joven que estaba preparando unos trozos de chivo ahumado. Le sonrió al piloto y lo invitó a sentarse en el piso sobre una sábana de colores que había dispuesto para el desayuno. El joven piloto obedeció.

Junto a él, se sentó ella a ofrecerle lo que había servido. El piloto, aterrado un poco, veía cómo la mujer le iba colocando pedazos de carne seca en sus labios para alimentarlo. Nunca antes había sido alimentado por nadie. Abrió su boca y comenzó a recibirle bocado a bocado de manos de la guajira. Al terminar, sonriendo, ella le agradeció mucho por permitirle alimentarlo, dijo que para ella era un honor poder alimentar al héroe que la había rescatado de su vida en degradación entre pensamientos negativos.

La mujer invitó al chico a que se aseara en la nueva fuente de agua que brotaba en la parte de atrás de la ranchería.

El piloto obedecía todo lo que la mujer le decía, estaba como fascinado o confundido. Aunque, antes de desnudarse, le dice a ella, mirándola fijamente a sus intensos ojos negros:

—¿Dónde está la abuela que estaba aquí anoche?

Ella, sonriendo y acariciándole la mano derecha, le responde:

—Yo misma soy la abuela en otros Ahoras. Hoy me he convertido en nieta otra vez gracias a la visita que el abuelo nos hiciera en la alba.

—Siente tu pecho —le dice ella al chico, acariciándole el rostro—, está cálido y lleno de luz. Igual que el mío. El abuelo nos dejó conectados al Amor Cósmico Universal.

Y así, ella se dio a la tarea de desvestir al muchacho, que poco a poco comenzaba a sentir tirones de energía eléctrica que le subían y le bajaban por las venas, aunque el recuerdo del rostro de la anciana todavía le impedía reaccionar.

Una vez desnudo, la mujer lo llevó de la mano hasta el pozo que alimentaba la fuente subterránea, donde se metió, sintiendo una agradable frescura ante el calor insoportable del desierto.

Junto a él, entró en el agua fresca el cuerpo virgen de la mujer joven, que comenzó a acariciar suavemente el hombro del piloto. El chico reaccionó inmediatamente y, olvidándose de quién era ella en realidad, comenzó a acariciar suavemente su piel suave, rodeando con sus brazos la cintura curvilínea de la encantadora indígena, besándola con ternura.

Se amaron dentro del pozo de agua durante horas, sin darse cuenta de que sus cuerpos respiraban oxígeno a través de branquias detrás de sus oídos. Cuando se dieron cuenta de lo que sucedía, sonrieron y continuaron su danza romántica de amor alucinante dentro del nuevo lago azul y cristalino.

Entre tanta caricia y besos, no se percataron de que, poco a poco, sus cuerpos se iban transformando de colores, y que sus pieles adquirían una textura sedosa que les hacía las veces de ropaje.

Cuando volvieron en sí, estaban sobre la orilla de una ciudad de cristal, inmensa y llena de castillitos de vidrio, edificados alrededor de un lago inmenso. Un sol con luz fría caía sobre ellos sin lastimar la piel. Unas montañas inmensas, con nieve en la cima, observaban todo el panorama. Se encontraban frente a la ciudad de Telos: una ciudad gigante y desconocida, llena de castillos de cristal.

VII

Algo de GEOGRAFÍA y SUPOSICIONES

Estas son las posibles rutas que el grupo de Sananda y sus amigos probablemente tomarían después de volver de Francia. Decimos “tal vez sería así, probablemente”, porque cualquier cosa es posible. Todo puede cambiar dependiendo de a quién conozcan durante el viaje y de qué otras personas se anexen a la caravana.

En principio, salieron de Nazaret en Palestina y se dirigieron hacia el norte a Cafarnaúm.

Luego del *detour* a Francia, seguirían a Damasco, Babilonia, Ur… etcétera.

Probablemente tomarían la ruta desde Siria hasta Hazar, con destino último en ese lado de Damasco. Dudamos al decirlo, porque conociendo la personalidad de Ieshua/Sananda, uno nunca sabe.

Desde Damasco, seguirían al norte hasta Alepo – Harán, y luego al oriente, por la Media Luna Fértil, hasta Nínive, y bajarían lentamente, pasando por Babilonia, hasta llegar a Ur, donde se quedarían mucho tiempo, probablemente.

Luego tomarían embarcación, dependiendo de si conocen, en el momento indicado, a los ancestros de Simbad, que eran marinos de profesión, originarios de Bagdad, y que temporalmente podrían encontrarse en ese momento en Mesopotamia. Todo, de todas formas, es pura suposición.

El tiempo de duración del viaje en barco —si lo hacen— es imposible de calcular. Toda esa gente es una locura: pueden parar en cualquier puerto y quedarse seis meses, o cambiar de rumbo y terminar en otro continente, o ser atacados por piratas —vikingos o del oriente—, y nadie sabe qué puede suceder en este tipo de situaciones.

Lo más probable —si todo marcha de acuerdo a lo “normal”— es que anclen, después de un año, en Karachi, puerto pakistaní a orillas del mar Índico, y de ahí, subirían probablemente hasta Cachemira, pueblo que en este momento no se sabe si pertenece a Pakistán o a la India.

El resto de la caravana, con los animales, tomarían la Ruta de la Seda antigua, la normal que va a China, y desde ese país, bajarían a Karachi para encontrarse con ellos en el puerto y subir todos juntos hasta Cachemira. Es la idea en bosquejo.

La caravana probablemente llegaría mucho antes que el barco mercante. Una posibilidad más lejana es que no se embarquen y que sigan todos juntos la Ruta de la Seda hasta China.

Otra opción que tenemos en cuenta es que sabemos que Ieshua visitó todas esas tierras en su juventud, por consiguiente, no sabemos si se antoje de ir a ver a antiguos amigos

en Magdala, Cesarea de Filipo, Constantinopla, Susa en Persia, el valle de Fergana en Tayikistán, Samarcanda en Uzbekistán y Taxila en Pakistán. No se sabe nada aún.

Bagdad es otra ciudad que probablemente visiten. De seguro no creemos que se les ocurra ir a Delhi. Una vez instalados en Cachemira, lo más seguro es que, al menos Sananda, suba al Himalaya y al Tíbet.

El chico que re-localizamos de Ur —el poeta inseguro ese—, en su parte medio oriental, es griego de nacimiento. Puede que algo le llame la atención y sugiera ir a Grecia. Aunque tampoco creemos que suban hasta Constantinopla. Él fue criado entre el polvo y las inclemencias del tiempo, en caravanas viajeras entre montes y desiertos.

Su padre y su familia eran nómadas por generaciones en la Ruta de la Seda. El chico había nacido en Grecia y hablaba griego por su madre, pero lo más probable es que no haya vivido más de unos meses seguidos en Grecia, ni en ninguna otra isla de esa nación.

Recuerden que estamos hablando del mismo individuo situado en diferentes épocas. En Ur, el chico vivió como poeta acogido por un anciano filósofo que había emigrado desde Babilonia hasta Ur para conocer las historias de la familia de Adán y Eva.

El anciano filósofo tenía fe en el chico poeta y le cultivaba sus talentos para que profundizara más en sus observaciones. Vivían y compartían costumbres con la raza violeta, descendiente de Adán y Eva, los que habían venido a la Tierra a mejorar las castas hace ya 37 923 años.

En aquel entonces, se decía que las estirpes humanoides estaban muy retrogradadas y se necesitaba un re-potenciamiento biológico. Aunque el plan inicial se les salió un poco de la tangente, quedó algo de la semilla adámica en la Tierra, que se fue mezclando despaciosamente con las razas que sobrevivieron la extinción, hasta formar el crisol de razas que hay hoy en el planeta.

Aunque no han mejorado mucho su nivel de conciencia volitiva, presentando aún reacciones primitivas. Razón por la cual nos tocó enviar ayuda galáctica otra vez.

El chico en el siglo XXI —según los antecedentes normales incorporados al poeta traído de Caldea— nace en el sur de Alemania. Pero estuvo allí solo unos meses: su familia era una pareja de diplomáticos estacionados en diferentes países del mundo.

Hablaba, entre otras lenguas, un dialecto alemán truncado aprendido de su madre, y aprendió castellano, algo de francés, italiano urbano con acentos diversos, además de un arameo y un griego perfectos. Más o menos igual al chico griego en Palestina.

Somos parte de un brazo del Comité Galáctico de Ayuda, o de la Luz —como algunos le dicen— para este planeta en su ascensión. Somos los Pleyadianos, algunos venimos de Atlas, y nos colaboran mucho en la parte artística los Lemurianos, que vinieron de Le-Mur hace millones de años, y los Sirianos.

Así como nosotros, hay muchos otros hermanos y hermanas que están ayudando a músicos, artistas y poetas en este mundo para que realicen sus sueños artísticos frustrados de forma más rápida, antes de que se acabe el tiempo 3D. O tal vez los llamen sueños, que están demasiado resquebrajados por la normativa del sistema de gobierno del mundo político.

Lo importante de esto es que el trabajo que estos artistas están desarrollando en la Tierra en este momento es vital para la ascensión que está en marcha… aunque no lo crean.

A nuestro grupo lo asesoran clanes de familias mucho más avanzadas, de novena y duodécima dimensión, como los Arcturianos. Aunque hemos escuchado que hay gente de la 13D interesada en la observación de estas evoluciones.

Así que estamos bien respaldados y con argumentos. Los argumentos económicos que tanto le hacen falta a los diferentes grupos e individuos relacionados con el arte, los estamos supliendo de forma indirecta, para que se puedan realizar estos proyectos rápidamente, al redirigir fondos monetarios escondidos por las hordas regresivas de la oscuridad hacia ellos, para que actúen, en muchos casos, como responsables de fideicomisos para el respaldo de sus ideas creativas, siempre en pro de:

—la protección de los más débiles o marginados,

—el cuidado y recuperación de los animales en fase de exterminio o en granjas tipo mataderos.

Todo, por y para la Unidad, el Amor y la Abundancia.

Este es todo el informe por ahora. Gracias.

VIII

LEMURIA

(entre varias dimensiones...)

Se llama Lemuria, y ahora existe solamente en formato 5D. Cuando existía en la 3D, tuvo conflictos graves con sus hermanos de Atlántida, creando una energía tan pesada entre las dos culturas, que se terminaron hundiendo ambos continentes en los mares.

Los sobrevivientes lemurianos se refugiaron: unos dentro de la Tierra, entrando por el monte Shasta en California; otros emigraron a las altas montañas de Sudamérica, se dice que también hubo migraciones hacia el antiguo Egipto.

Lemuria tuvo varias hijas. Una de ellas está encarnada en la misma época en que enviamos al chico griego. Las otras hijas del Amor que venían de Lemuria andan esparcidas por el planeta, buscando aún sus identidades de amor para transmitírselas a la humanidad.

No todas las hijas de Lemuria llevan la forma física de mujer. Algunas llevan cuerpo de hombre o son andróginas.

La misión de Amor que deben llevar a cabo incluye atender las diferentes vibraciones de sentires que albergan los humanos terrestres de 3D en sus cuerpos.

Un ejemplo de los poderes que tienen las hijas lemurianas en la Tierra es su facilidad para relacionarse con los animales. Su don principal es la comunicación telepática con ellos. Sienten profundamente, dentro de sus corazones, el dolor del sufrimiento que los animales experimentan muchas veces a manos de humanos fríos.

Las hijas lemurianas están conectadas con las entidades Madres Cósmicas de los animales, que llevan a cabo un proyecto llamado Biblioteca Viviente Tierra. Las principales Madres son:

la Madre Felina,

la Madre Canina,

la Madre Equina,

la Madre Ballena,

la Madre Halcón,

y la Abuela Tortuga.

De ellas se desprenden todas las especies de animales terrestres.

Lemuria nació con el propósito de mantener la integridad y crear el puente necesario para la unificación de las dimensiones.

La energía Kundalini de Gaia se mueve, en el siglo XXI, a través de una de las cadenas montañosas más grandes del planeta: la cordillera de los Andes, que está localizada inmediatamente vecina a Lemuria. Hay puntos específicos en la cordillera de los Andes que hacen las veces de portales hacia otras dimensiones en el Kundalini de Gaia.

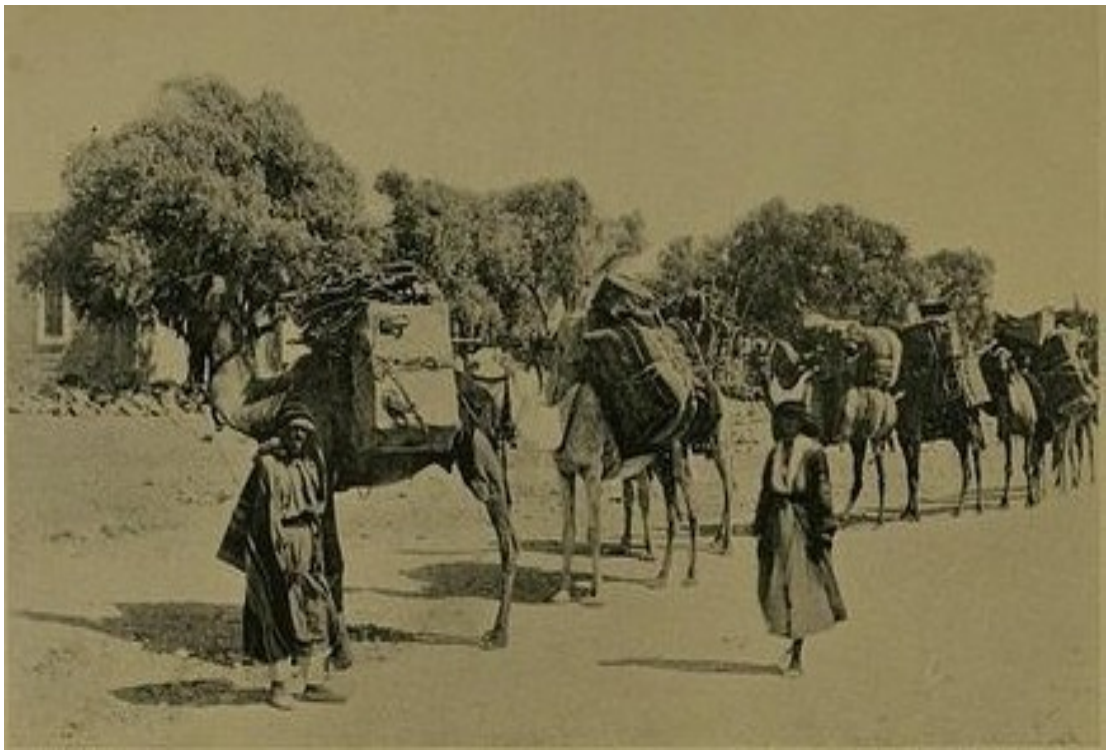
El objetivo principal de Lemuria ha sido siempre sostener para la Tierra la vibración del Rayo Arco Iris, que es el rayo de la unión en el camino hacia la integración. Es la fuerza que unifica las dimensiones: puente de conexión donde los Seres, al integrar entre ellos principios divinos, pueden acercarse a sí mismos para esclarecer dudas trabajando desde el Corazón.

Otra conexión que tienen las hijas de Lemuria es con la feminidad del Espíritu Maternal Infinito y las reencarnaciones de María, la madre de Ieshua Nazareno, además de las otras mujeres de aquella época maravillosa, como el alma de María Magdalena.

Desde Lemuria 5D, todos y todas están observando en este momento, en monitores dimensionales, el progreso de la travesía de la caravana de Sananda hacia Cachemira. Algunas de las mujeres que habían entablado contacto con María Magdalena en pasadas reencarnaciones, y que, además, eran grandes admiradoras de ella, decidieron ponerse de acuerdo para bajar desde Lemuria hasta la 3D y unirse a ellos como grupo de apoyo para Ieshua y sus amigos en la caravana.

Así fue como quince personas —entre varones y hembras— se unieron a la caravana. La gran mayoría eran mujeres.

Su misión es apoyar el mensaje de Unión y Amor que lleva Ieshua/Sananda



IX

De CAPERNAÚM hasta DAMASCO

Año 32

Era de mañana, un poco fría y muy temprano. Divisamos a la distancia una pequeña caravana de gente a pie que se aproximaba. Tenía el aspecto de ser nómadas. Algunas personas montadas sobre un elefante movían las manos, y del resto, varios estaban descalzos y hacían malabares alrededor del animal.

Parecía que traían una gran variedad de instrumentos musicales, porque sonaba una tonada alegre, armoniosa y diferente. Fuera de los malabaristas y los músicos, parecía que había cirqueros. Danzaban como saturados de una alegría desbordante y contagiosa.

El primero en conectar con ellos fue Sananda, lógicamente, que, con su hermosa figura y personalidad abierta, desplegó los brazos, comenzó a danzar y se aproximó a ellos. De inmediato entabló un chateo jovial para fraternizar con los desconocidos.

Conté quince personas entre hombres y mujeres. El mayor de ellos parecía ser un señor de nombre Ashtar, que, moviéndose a un lado aparte de los demás, se puso a hablar con Ieshua a solas en arameo.

Desde mi carpa, no podía escuchar de qué estaban conversando, pero por los saludos, gestos y movimientos del cuerpo, parecía que se conocían de antes. Daba la impresión de que se transmitían telepáticamente algún mensaje entre ellos.

Lo único cierto es que, obviamente, viajarían junto con nosotros —*jejeje, era de esperarse* —. Ieshua nos explicó más adelante que eran hermanos suyos, conocidos desde hacía muchísimos siglos en otras densidades, enviados en este momento por amigos en común: Gonod y Ganid, desde Delhi.

Que su procedencia era lemuriana, de quinta dimensión, con el propósito de respaldar nuestro peregrinaje hacia Oriente. Así que la familia se agrandaba, algo que esperábamos con alegría que fuera así. Muy unidos, continuamos el viaje con Amor incondicional de fraternidad.

Me daba la impresión, claramente, que mi etapa en esta vida como poeta estaba llegando a su fin. Cuando vivía en Ur, mi maestro babilónico me enseñó mucho sobre la profundidad de los pensamientos. Ahora parecía que aplicaba todo ese conocimiento filosófico de los ancestros en mis observaciones, para así entender y poder escribir este cuento para los “payasos del platillo volador”, que a veces se disfrazaba de nube, para no ser visto.

En aquellos días de poeta, mi vida era más contemplativa. Ahora parecía que nunca antes había nómadeado tanto como en esta vida, desde mi nacimiento en Constantinopla.

Mis etapas de aprendizaje variaban constantemente con el día a día. Hasta ahora, no había escrito ni un solo renglón, y tampoco es que anduviera sintiendo la necesidad de escribir algo, ya que ellos —los “payasos”— leían mis pensamientos y sentires respecto al medio ambiente y a todo lo que me rodeaba. Parecía que allá se reflejaba toda impresión mental o del corazón, en una pantalla de esas verdes.

Me estaba adaptando tanto a esta nueva, fluida y cambiante situación, que, entre maravilla y maravilla, no me quedaba tiempo para nada más. Era cautivante, y me sentía realmente fascinado. No la comparaba con la disciplina y costumbres de cuando mis padres me criaron, porque aquella fue la fundación para poder apreciar ahora la nueva realidad.

Con mi anterior familia, crecí siendo instruido en los negocios de mi padre y nada más. En Ur, en mi vida anterior, había nacido para ser poeta. Mi padre en Mesopotamia me había asignado a varios poetas fenicios y a un filósofo importante para que me enseñaran sus artes, antes de que ellos emigraran a Europa.

Me dejaron, desde la infancia, en compañía de esta gente sensacional y amable, para ser educado durante toda mi vida como escriba. Ahora, en este siglo primero de la era cristiana terráquea, mi profesión es muy distinta y cambiante:

—de caravanero y comerciante de especias en el Medio Oriente,

—a un giro de 180 grados (no 360, pues eso devolvería al inicio),

—y ahora hasta tengo un instrumento musical en mis manos, que Rebeca me enseña a tocar.

Con la llegada de los músicos, me di cuenta de algo importante: que no debería ser rígido en mis observaciones ni en mis trabajos, que debería ajustarme a las nuevas perspectivas que me ofrece la vida. Especialmente una vida junto a Ieshua, que es tan llena de imprevistos. No cualquiera podría tener tal suerte. Él era el maestro de la Adaptación.

Al otro día, partimos muy temprano, después de comer algo con la familia querida de Ieshua, y, lógicamente, después de una tocata de fondo que más parecía un festival de pueblo.

Ahora, la familia animal de la caravana tenía un elefante magnífico como compañero de aventuras, que, con su trompeta, se deleitaba anunciando la presencia de cualquier nuevo visitante. Nuestro elefante comía todo el día maní y paja.

Además de él, nos acompañaban:

treinta y seis camellos árabes,

algunos caballos,

muchos perros y gatos de diferentes colores, que ya venían con el par de familias gitanas encargadas de manejar físicamente las rutas de la caravana.

Un par de perros siempre acompañaba a Ieshua a todos lados.

Había un mono incansable que jugaba —o molestaba— en su tienda, y un loro parlanchín que volaba entre las carretas y le gustaba decir cosas en arameo o sumerio, hablando a diestra y siniestra en todo momento, y picoteando al mono cuando se le acercaba.

Bueno, aprovecho la oportunidad para mencionarles sobre un panal de abejas que viajaba en uno de los vagones gitanos, más una veintena de colibríes de diferentes colores que sobrevolaba todo el tiempo al grupo lemuriano. Las chicas de este grupito mantenían agua con miel en una bandeja artesanal, donde ellos, muy activamente, todo el día revoloteaban alrededor, junto con las abejas.

Los colibríes y las abejas casi siempre viajaban entre los desiertos buscando flores silvestres. Parecía que había unas cuatro o cinco familias de colibríes que anidaban en una de las carretas lemurianas.

La idea era dirigirnos hasta Damasco, sin embargo, haríamos estación en varios lugares. Quiero anexar también que, por ahora, no solamente el grupo de malabaristas forma parte de nuestra familia. Se me había olvidado contarles sobre un hombre solitario, muy alto e imponente, con sandalias empolvadas y un manto violeta, que traía una especie de sombrero demasiado extraño en su cabeza, que a veces dejaba ver una cabeza rapada. Nos dijo, cuando se unió, que venía desde Babilonia, a encontrarse con el cuerpo resucitado del Nazareno.

En estos días, hablaba con Ieshua mucho tiempo a solas, y también en compañía del nómada líder del grupo de músicos. Más adelante nos dimos cuenta de que el nuevo visitante —y nuevo miembro de la familia— era un Melquisedec.

Ahora teníamos tres líderes espirituales: este, el Melquisedec traía un par de halcones que usaba para monitorear los caminos. Él, literalmente, hablaba el lenguaje de los halcones. Los Melquisedec eran escogidos para funcionar en urgencias y en niveles divergentes del universo, incluso en el nivel físico de la manifestación de la personalidad. El nombre del nuevo personaje, que parecía muy interesante, era Maquiaventa Melquisedec. Este nuevo miembro me cayó muy bien. Uno de los atractivos de mi conexión con Maquiaventa era que hablaba sumerio, que era una de las lenguas que recordaba de mis días en Ur.

Él llevaba siempre en el pecho un emblema de tres círculos concéntricos. Al poder hablar caldeo, me contaba secretos del universo y muchas historias de sus tiempos anteriores, cuando vivió en Salem como sacerdote.

Me explicaba un día, mientras caminábamos juntos al pie de la caravana, que cuando se ofreció por primera vez como voluntario, entre todos los del linaje Melquisedec, lo habían enviado —en misión escogida— para encargarse de ciertos asuntos de urgencia planetaria en Gaia.

Decía que ellos nunca encarnaban con cuerpo desde el nacimiento en Gaia, que él solamente se materializaba con la misma forma que tiene ahora. Los Melquisedec nunca se casan ni dejan vástagos sobre la Tierra. Su cuerpo físico, aunque se parecía al de un varón humano, es en realidad del orden de aquellos cuerpos especialmente construidos, utilizados por los cien miembros materializados del séquito del Príncipe Caligastia, excepto que no llevaba el plasma de Vida de raza humana alguna.

Me contaba que, como había desaparecido del planeta el Árbol de la Vida, para conservar su eternidad, y como su cuerpo de Maquiaventa podría durar solamente lo de un cuerpo humano escogido —(más o menos unos trescientos años)—, se alimentaba de energía solar que contenía las frecuencias necesarias para la renovación de su sistema celular, decía que el sol, era un portal de la galaxia en este sector de creación.

El significado del emblema en su pecho, me explicaba él, era la Infinidad, la Eternidad y la Universalidad. Muchas de sus explicaciones no eran muy claras para mi entendimiento de mercader de caravanas, que, en otras palabras, fui solamente instruido por los socios de mi padre para grabar bien en mis poros cómo ser contrabandista, cómo estafar a otras gentes en beneficio propio, y otras cosas parecidas. Aunque sí sabía escribir mensajes y facturas. Yo, lo único que sabía bien en esta vida, era negociar… que ahora realmente no aplicaba para nada, puesto que me estaba transformando en músico.

Lo de mis otras vidas — como la de poeta filosófico en Ur, y la de querer ser cineasta-artista en el siglo XXI— revoloteaban por ahí en cualquier esquina dentro de mí, lo cual ayudaba para escribir las letras de las canciones que hacíamos, aunque casi siempre se nos olvidaba al otro día lo que habíamos cantado.

Junto con la gente de la caravana, y con mucha frecuencia cuando cantábamos, la mayor parte del tiempo solamente producíamos sonidos guturales que Sananda nos decía que eran el Lenguaje de la Luz, que contenían la energía lingüística necesaria, con una dosis alta de pureza, al servicio de nuestras creaciones musicales.

De todas formas, como tengo que contribuir con los hermanos cósmicos —(los “payasos”, como les digo cariñosamente a veces)—, los que me trajeron con este cuerpo a Palestina, debía pasar información al Yo-escritor del siglo XXI, para desarrollar todas las impresiones de mi viaje junto a Sananda, para la novela que se estaba registrando también desde Macondo.

Aunque fuera de las canciones que escribía, a mí también muchas veces me tocaba tomar notas, mientras estaba a lomo de camello, sobre la tanta información que me pasaba Ieshua y los secretos del universo que me contaba Maquiaventa.

De Ashtar, muy poco: este señor casi no habla.

Aquí, en los desiertos por donde deambulamos a paso lento en la jornada hacia la India, se podía esperar que pasara cualquier cosa sorprendente:

—que apareciera otro maestro universal y nos platicara,

—o media tribu de seres de otro planeta…

Pero nunca me imaginé que se me apareciera un niño con apariencia cavernícola, ejecutando de forma repetitiva la misma pregunta hasta que alguien se la respondiera.

A ver les cuento: una tarde, antes de la cena, en una de mis prácticas con el nuevo instrumento musical, me encontraba apartado y, al mismo tiempo, meditabundo, como razonando la vida y digiriendo tanto aprendizaje que uno capta estando alrededor de tan especiales personajes.

Cuando se me apareció un niño que tenía el rostro limpio, como recién lavado, aunque sus ropas húmedas mostraban que venía de una época primitiva. Su cabellera era una confusión de enredos, pero le quedaba muy bien cuando uno lo veía sonreír. De su corazón destellaba una lucecita agradable.

—Hola, señor —me dijo por primera vez.

—Hola, niño. Qué bien hueles.

—Sí, señor. Es que me acabo de bañar. Tu otro yo, el que vive en el siglo XXI, me mostró cómo bañarme… yo no sabía qué era bañarse.

—Ah… mi otro yo. Muy típico de él, me imagino. Ahora que ando todo fragmentado, como fractal ambulante…

—¿Cómo, señor?

—No, nada, niño. Solo pensaba en voz alta. Y… ¿qué te trae por aquí?

—Es que quisiera que me mostrara si en este desierto hay un sacerdote de alto calibre, porque tengo muchas preguntas que él tal vez me podría responder. Tu yo del siglo XXI sabe muy poco.

—¡Pues niño! Has llegado al sitio perfecto. En este momento, tengo tres sacerdotes que puedo presentarte, a ver cuál es de tu agrado y cuál podría responder a tu solicitud.

—¿Ah, sí? ¿Y quiénes son, señor?

—Pues:

—uno es el gran Ieshua de Galilea,

—el otro es Maquiaventa, sacerdote de Salem,

—y el último que viaja con nosotros es un comandante de la quinta o sexta dimensión: Ashtar.

—¡Guau, señor!

No sé qué decir ante tan inesperado grupo de celebridades que hacen de comité de bienvenida para mi visita… Así no tendré que volverle a ver la cara seria al motociclista ese del siglo XXI…

—¡Un momento, niño! No te burles. Acuérdate que ese tipo soy yo también, encarnando una de mis tantas personalidades. ¿Está bien?

—Como usted diga, jefe. Ahora… ¿podríamos conocer a los grandes maestros de su caravana?

—¡Claro, niño! Vamos, y se los presento…

Y recogiendo el bouzouki, nos dirigimos rápidamente a la carpa donde se encontraba Sananda en compañía de María Magdalena.

—¡Ieshua, Ieshua! ¡Te buscan! —grité emocionado antes de entrar.

Salió Ieshua/Sananda de su carpa, sonriendo, con el mono en su hombro,

y me dijo:

—¿Cómo así que me buscan? ¿Quién es esa persona tan especial que sabe que ando por estos lados?

—Soy yo —dijo el niño—. Me dicen Uruki. Vivo con mi mamá y mis hermanitos en una cueva lejana, en otros tiempos, señor.

—Hola, Uruki. Soy Ieshua. Ven, sentémonos en la tienda y cuéntame tu historia.

Entramos y nos sentamos junto a Sananda y María Magdalena. Un gato blanco dormía sobre un almohadón rojo, al que ya tenía todo lleno de pelaje, de tanto tenderse en él. Dos perros galgos jugaban en la entrada; al vernos venir, se detuvieron para saludarnos con sus caras alegres y el movimiento de sus colas, para luego reanudar su juego.

Ieshua nos pasó un poco de agua fresca, mientras el mono jugaba, como inspeccionando a Uruki, y procedimos a acomodarnos sobre unos cojines que estaban sobre la gruesa alfombra persa que mi padre le había regalado a Ieshua.

Mientras conversaban, aproveché y practiqué un tono musical de fondo, de una tonada recién inventada con el bouzouki. María Magdalena acompañaba gozosa con un derbake antiguo, muy añejo por el manoseo, que le habían regalado gentes de una caravana que nos encontramos hace meses.

—Vengo del tiempo de las cavernas, señor —dijo Uruki—. Soy, como me dicen estos muchachos, un niño cavernícola, y tengo muchas preguntas que son de vida y muerte para nosotros.

(El mono reía.)

—¿Sí? —dijo Ieshua.

—Mire usted, señor profeta: allá en mi tierra hay muchos animales gigantes que se comen a la gente. Uno muy grande casi se comió a mi papá, el mismo que ya dio fin a media tribu mientras trataban de darle caza.

Sucede que solo sabemos comer carne: es todo lo que nos han enseñado por tradición. Usted ve que mis dientes están bien afilados para arrancar la carne de los animales que mi tribu caza — (mostraba el niño sus dientes sucios y medio afilados con alguna roca.)

Mi pregunta se divide en varias:

Si ustedes son los descendientes de nosotros, ¿cómo hacemos para avanzar a otro nivel, donde nuestras vidas no corran tanto peligro?

Y la otra pregunta es: ¿ustedes aquí todavía comen animales?

(El mono comenzó a hacer unos ruidos espeluznantes…)

Ieshua, sorprendido por la capacidad intelectual del niño, le preguntó:

—¿Dónde has aprendido a hablar? En tu época, nadie pronunciaba palabra.

El niño le respondió:

—Unos Seres de Luz de dentro de Telos me enseñaron interpretación de lenguajes hace varias lunas.

—¡*Tēlu! ¡Tēlu*! —gritó el loro en arameo desde lo alto de la carreta, picoteando el aire como si escribiera en el viento—. ¡*Udug hul gá-e*!

—Bueno, niño cavernícola, no le prestes mucha atención al mono —dijo Ieshua—, lo mejor que podemos hacer es ir contigo y con algunos de mis amigos a visitar tu terruño, y ver qué podemos llevar a cabo entre todos, porque la situación suena muy crítica.

En lo referente a la alimentación, practicamos lo que nos enseñaron los Esenios: una dieta balanceada para cuerpos llenos de energía viva. No comemos carne, por respeto a nuestros amigos animales. Ahora… ¿vamos, niño?

Salieron cogidos de las manos, dando salticos, mientras el mono, colgado del hombro de Ieshua, trataba de alcanzar uno de los enredos del pelo del niño. Llegamos donde Maquiaventa compartía con el jefe de los nómadas. Antes de llegar, Ieshua le había colocado una mano sobre el pecho a Uruki y, sonriendo, le dijo:

—Tienes el corazón brillando…

El niño sonrió.

—¡Amigos! —les dijo Ieshua al acercarse a los nómadas—. Este es Uruki. Viene de Cavernicolandia. Parece que necesitan ayuda allá: los dinosaurios se están desayunando a los hombres de su tribu. Necesito su compañía, y tal vez de otros chicos del grupo de músicos. También me gustaría que Ruth y Rebeca nos acompañen. Chico griego… ¿podrías llamarlos a todos, por favor?

Así fue como una comitiva de nueve personas nos teletransportamos —con las instrucciones de nuestros guías— a un diferente “Ahora” entre las líneas en espiral del Tiempo.

El niño cavernícola era nuestro guía. Aterrizamos, por así decirlo, en una llanura sin árboles. Al frente, hacia donde nace el sol, había unas grutas. El sol estaba sobre nuestras cabezas. El aroma del lugar era fresco, la temperatura sostenible, sin caer en sofoco. Caminamos detrás de Uruki hasta la entrada de una cavidad entre las rocas. Al frente de la cueva, una cantidad impresionante de huesos y piedras de todos los tamaños estaban esparcidos por el suelo.

El niño corrió y se metió en la cueva más grande, haciendo una serie de ruidos con su boca —más parecidos a maullidos que a palabras. Nosotros esperamos afuera. Mientras los maestros descansaban a la distancia, sentados sobre rocas grandes y hablando en lenguas desconocidas, los músicos tocaban algo apacible.

Las mujeres se acercaron a unos animales de tamaño mediano —como tigres— que salían de la cueva a saludar.

Se asomó una señora con un niño en brazos: su rostro, tiznado de hollín; sus manos, sucias de tierra. Ella solo miraba, aterrada. Detrás de ella, siete niños de diferentes edades se escondían tras su cuerpo desnudo — ninguno llevaba ropa.

Las mujeres y los músicos fueron los primeros en acercarse. Amigablemente, tomaron de las manos a los niños y les sonrieron. Quebrando el hielo y los miedos, los niños jugaban alrededor de la música, produciendo ruidos que rimaban con la melodía.

Las chicas hacían señas para que las siguieran, y los llevaron hasta un pequeño río que habíamos cruzado antes. Los felinos los acompañaban, jugando.

(Me imagino que la idea fue bañarlos.)

La madre de Uruki se quedó sola con su hijo, mirándome a la cara. Como no había nadie más a mi alrededor, les dije, un poco inseguro:

—Hola, Uruki y mamá de Uruki…

Vengan, síganme. Les llevo donde los sacerdotes para que conversen.

(Era todo lo que pude decir… por culpa del jodido silencio que a veces me aparta y me hace ver antisocial.)

—A mi mamá le dicen Fonta, y a mi papá, Andón —dijo Uruki, al tiempo que le traducía a su madre.

Cuando nos acercamos, la señora, muy tímida, apenas sonreía. Ieshua se aproximó, la abrazó y le besó la mejilla. Comenzó a conversar con ella en su propia jerga de sonidos, para tranquilizarla.

(Esta es una traducción posterior):

—Madre, tu hijo Uruki nos ha traído hasta tu hogar para que les ayudemos a protegerse de los animales que se comen a la tribu.

—Sí, señor… Están comiendo a muchas familias cercanas… Tememos que vengan animales y coman a mi esposo — él está de cacería con los hijos mayores… Tenemos diecinueve hijos.

Se han comido a casi todas las otras familias… Siempre a los hombres que cazan los animales que comemos…

Necesitamos amor… mucho temor… que animales coman esposo e hijos cazadores.

—¡Qué lindo que intuyas el Amor, madre! Estoy impresionado. Yo y mis amigos vamos a hacer ciertas cositas en los alrededores para que se establezcan protegidos de los animales salvajes.

Mientras tanto, puedes ir a acompañar a las otras personas al río, para que te ayuden con tu apariencia. Luego nos veremos para cenar todos juntos. La madre de Uruki no había entendido mucho, pero el niño le iba interpretando lo que no captaba. Uruki la llevó al río, mientras le explicaba qué era un baño.

Los tres maestros se miraron entre sí, como diciendo:

“Uhm… tenemos trabajo que hacer”.

Sonrieron, se deleitaron, y llamando a unos cuantos ángeles, ordenaron que se quedaran junto a la tribu y que los protegieran de cualquier calamidad, además de enseñarles agricultura y el uso de herramientas básicas. Los ángeles se pusieron a trabajar inmediatamente.

Sobre la pradera, surcaban y labraban la tierra con velocidad extrema. Tan rápido, que en menos de media hora teníamos frente a nosotros un arado completo, una huerta lista, llena de plantas que daban frutos, verduras y granos.

Un arco iris sellaba el pacto de Amor que se estaba creando. Yo seguía a los maestros mientras caminaban por los alrededores. Subimos a lo más alto de una elevación, desde donde podíamos ver el cúmulo de rocas desordenadas, empujadas por montículos de tierra, como si hubieran descendido del cielo como meteoritos.

Desde allí, veíamos toda la extensión del territorio. Parecía una tribu de humanos muy primitivos, similares a primates avanzados, tal vez ubicados en el sur del continente de lo que en ese tiempo podría ser Eurasia.

—¡*Ḫul gá! ¡Ḫul gá*! —gritó el loro desde el hombro de Ieshua, alzando vuelo y circulando tres veces sobre el arco iris—. ¡El arco del cielo! ¡El pacto está sellado!

(Nadie más entendió. Pero Uruki, sonriendo, miró al cielo y dijo:

“Ah… el loro habla como los Seres de Telos”).

Ieshua aprovechó la oportunidad para contarnos, en líneas generales, la historia de Andón y Fonta:

—Hace aproximadamente 991 581 años —contando desde hoy—, el planeta Azul, Urantia, Gaia fue reconocido formalmente como planeta de habitación humana en el universo de Nebadon —como lo dicen burocráticamente los archivos cósmicos— (la Galaxia de la Vía Láctea).

En aquel entonces, la evolución biológica había alcanzado niveles humanos de dignidad volitiva. El hombre había llegado al planeta número 606 en el sector de Satania. Los padres del niño cavernícola fueron la pareja más extraordinaria de seres humanos que jamás haya vivido en la faz de la Tierra: progenitores del género humano carnal, muy superiores a gran parte de sus descendientes inmediatos, y radicalmente distintos de todos sus antepasados de descendencia prehumana.

La determinación de Andón y Fonta de huir de la tribu de primates a los once años de edad implicaba una calidad de mente muy por encima de la inteligencia inferior que caracterizaba a tantos descendientes posteriores, los cuales se rebajaban a aparearse con primos retrasados de tribus de simios.

En cambio, ellos se dieron cuenta de que eran algo más que animales, gracias a la dotación de personalidad amplificada por la presencia de sus Ajustadores del Pensamiento.

—La parejita de hermanos gemelos —continuó Ieshua— desde muy jóvenes decidieron huir de la tribu, que les causaba mucha intranquilidad y terrores por familiares hostiles y envidiosos.

Así, en una noche de estrellas, partieron hacia el norte, abandonando el hábito de vivir en los árboles. Se hicieron túnicas de pieles para el frío otoñal que caía sobre sus espaldas. En su búsqueda de calor, lograron discernir los primeros esfuerzos por hacer fuego con el choque de rocas. Fue Fonta quien, por accidente, trajo un nido seco, y junto a la chispa producida por Andón, se produjo fuego.

Aquella madrugada fría en las montañas fue la primera vez en la Tierra que los padres de la humanidad iniciaron la búsqueda de leña.

—Es maravillosa la historia de los inicios de la evolución humana primitiva —dijo Sananda, mientras todos escuchábamos, conmovidos y embobados, la historia de la familia de Uruki.

—Los primates anteriores habían aprendido a usar el fuego que los rayos encendían, pero solo Andón y Fonta lograron crear fuego a voluntad. Dos años después de huir, nació su primer hijo, Sontad, dentro de una cueva: la primera criatura humana cubierta con mantas al nacer. Así comenzó la raza humana.

—En la realidad terrestre, ellos mismos se llamaban Sonta-an y Sonta-en, que significan “amado por la madre” y “amado por el padre”. Solo en los registros cósmicos aparecen con otros nombres.

La intervención angelical:

No muy lejos, un grupo de tiranosaurios nómadas recorría la región, buscando presas. Los ángeles se acercaron a los gigantescos animales, les susurraron órdenes en sus oídos, y se alejaron inmediatamente. Luego, plantaron muchos árboles frutales y de nueces a varios kilómetros alrededor de las cuevas de la madre de Uruki.

Los tres maestros no hacían nada. Solo miraban con los ojos cerrados y el corazón abierto — una expresión que ya había visto en Sananda en el desierto. Él nos explicó que era una forma de ver con el corazón, en una dimensión donde podían alterar realidades.

Una luz brillante emanaba de sus interiores, se desdoblaba y se desparramaba por el entorno, bendiciendo la obra de los ángeles, llenando todo de energía sagrada.

El regreso a la cueva:

Al atardecer, volvimos a la cueva, que ahora tenía una entrada limpia y ordenada —probablemente la primera vez en su historia que el suelo estaba limpio y las piedras, dispuestas como muebles familiares. Altos árboles protegían las cavernas. Dentro, los ángeles habían limpiado todo, y la mesa estaba servida.

No muy lejos, las mujeres y los músicos regresaban con los niños y su madre, todos acicalados y vestidos con hojas. Nos sentamos alrededor de una fogata, junto con tres ángeles, y comimos y bebimos grandes cantidades de frutas y nueces que los querubines habían preparado.

Después de la cena, Sananda pidió que nos retiráramos. Tras una despedida entusiasta con los niños, nos alejamos hacia el río, no sin que Ieshua dejara a la madre de Uruki, en su propio lenguaje, palabras de apoyo, esperanza y consuelo.

Solo el Melquisedec se quedó en la prehistoria. Manifestó que tenía trabajo de urgencia: revelar verdades a humanoides primitivos para establecer una cultura más avanzada. Tras despedirnos de Maquiaventa, regresamos a nuestra caravana, muy contentos por el trabajo realizado.

La trifulca vikinga:

Cerca de donde arribamos, se desataba una trifulca. Hombres de otras caravanas se peleaban cerca del oasis. Los maestros se retiraron a sus carpas. Solo quedé con dos chicas lemurianas.

—¿Quieren acompañarme a ver qué pasa? —pregunté. Sonrieron y fuimos a atisbar.

Un gigante de cabeza rapada, con un protector de cuero en el pecho —donde se veía un dragón azul—, gritaba en una lengua desconocida a otro gigante con casco vikingo, trenzas rubias desaliñadas y una pulsera de plata en el brazo.

Alrededor, una tribu de vikingos murmuraba o gritaba, vestidos de guerra. Sus caballos reposaban cerca de una tolda de piel de oso, cuidada por un jovencito de unos 15 años (aunque sus rasgos, curtidos por el polvo y la guerra, dificultaban la edad).

No había mujeres entre ellos. Armamento pesado se amontonaba cerca de los caballos. Nadie más se acercaba. Las otras caravanas evitaban sus “vibras burlonas y agresivas”. Las lemurianas no sentían miedo. Yo, en cambio, iba un poco intimidado… pero mi estandarte era arreglar conflictos ajenos, gracias a la educación en justicia y bien común que recibí.

Así que, con valor y coraje, me lancé hacia ellos y, en griego antiguo, grité:

—¡Paren ya! ¡Dejen esa estúpida pelea ahora mismo!

Todos los hombres formaron un círculo a nuestro alrededor. Yo me iba empequeñeciendo, pero las dos lemurianas caminaron junto a mí, con expresión de combate.

Cuando nos rodearon, me sentí del tamaño de un guineo costeño. Millones de pensamientos me regañaban: “¿Insensatez o intrepidez?”

Pero mi Yo Superior me recordó quién era: “Eres un emisario con antorcha. Un dios en potencia.” Me tranquilicé. Recuperé lentamente el poder.

En cámara lenta, el gigante de dos metros se acercó y, en griego antiguo bien hablado, gruñó:

—¿Quién eres, enano, para meterte en nuestros asuntos? ¡Ni siquiera sabes de qué hablábamos!

Me quedé mudo, mirando sus ojos penetrantes, azul mar profundo. No sabía de qué discutían… pero en el fondo de su mirada agresiva, vi bondad.

—Veo en tus ojos bondad, buen hombre —le dije—. Muy dentro de ti. La cubierta que te cubre está sucia de tanto ruido…

—¿¡Cómo!? —gritó, confundido. Miró a las lemurianas, dijo algo en vikingo, y todos los hombres estallaron en carcajadas.

Las chicas, firmes en pose de pelea, habían entendido perfectamente. Una de ellas dio un paso al frente, y, en su lengua, exclamó:

—¡¿Qué cotorreas, hombre tosco?! ¡No sabes nada de nosotras! ¡Y no nos gusta que nos trates como carne para comer y desechar! ¿Me escuchas, grandulón?

Silencio sepulcral. Los hombres miraron a su jefe. Él, confundido —nunca antes una mujer le había hablado así—, se volvió a sus hombres… y levantó lentamente los brazos.

Yo, perdido, sin entender nada, pero aliviado de la tensión…

—¿Quién eres, mujer? —preguntó el vikingo—. ¿Eres hija de los dioses? ¡Soy hijo de Thor, descendiente directo de dioses!

—Pues pareces un cerdo sin modales —replicó ella—. ¿Y discutían por un pedazo de carne de cerdo? ¿Ese es el legado de Thor? ¿Solo sabes matar como bruto? ¿Eso es todo lo que me puedes enseñar? ¿A matar y comer cerdo?

El vikingo balbuceó:

—Pues… pues, señora… —Pensó que era un ángel.

—Somos hijas de Lemuria —dijo la otra—, reinas del Pacífico, habitantes del Infinito, fieles al Dios de todos los dioses: al Padre de Odín, al Padre de Thor. No tememos a nada, porque el poder de la Luz está con nosotras.

Este hombre, el griego, es nuestro hermano: alumno amado de Ieshua de los Desiertos,

viajero del tiempo, Señor por mandato del Cielo y de la Compañía del Cielo.

Los vikingos, mudos, cambiaron su actitud. En su cultura, admiraban a los dioses, y habían oído que Ieshua había “roto el cielo de Palestina” al morir en la cruz.

El jefe, en griego, me dijo:

—Mis respetos.

Yo, aunque no entendí gran cosa, discerní lo suficiente para responder:

—Está bien, buen varón. Te lo dije antes: dentro de ti hay un buen hombre.

Él soltó una carcajada inmensa al cielo, sintió alivio, y nos invitó a sus carpas para una velada.

Fuera, se encendió una fogata inmensa — a pleno día—. Se organizaron mesas, cuchillos gigantes clavados como cubiertos, y se sirvió orumiel y carne ahumada. Comimos, bebimos, compartimos palabras de contento.

Al cabo de las horas, la hermana mayor lemuriana se levantó, hizo una venia, y dijo que debíamos retirarnos para encontrar a nuestro maestro.

Los vikingos asintieron, se levantaron para despedirnos, y nos despedimos como dioses menores que eramos.

Estando ya afuera de la carpa, escuchamos un zumbido fuerte de alas. Como una visión cayendo del cielo. Aparecieron el Jinete Dragón Kfjørg y su novia Xäälä, montados en su inmenso dragón, volando en círculos alrededor del grupo.

Todos los vikingos se alarmaron, pensando en un ataque. El jefe de la tribu me miró, y yo, en griego, grité:

—¡Son amigos!

Él inmediatamente tranquilizó a sus hombres.

Kfjørg y Xäälä descendieron en medio del tumulto. El viento del desierto se arremolinó, arena subía y caía al mismo tiempo. La fogata provisional se apagó con la ráfaga del dragón. El sol palpitaba sin clemencia.

Yo tenía la bufanda árabe rodeando mi rostro, y vestía una túnica beduina — la que habíamos negociado con el nómada en Cafarnaúm—, azotada por el remolino del viento.

—¡Hola a todos! —gritaron Kfjørg y Xäälä al unísono, en idioma vikingo.

Luego, Kfjjørg se acercó y me tocó en el pecho. Inmediatamente sentí una corriente, y pude comprender el noruego antiguo que hablaban los escandinavos.

—Saludos, hermano —me dijo en arameo—. Ieshua/Sananda/Micael nos envió. Tú, tranquilo. Con este show, podemos convertir a estos salvajes, para que lleven la Luz hasta el norte de la India —donde van—, antes de que comiencen a hacer estragos con sus armas de guerra. ¿Qué te parece?

—¡Genial, hermano! —respondí—. Va para esas.

Inmediatamente, Kfjørg se acercó al jefe de la tribu y le dijo, con voz suave:

—Vengo del Olimpo para enseñarte la nueva arma de conquista.

—¿Cuál es esa arma, dios del viento y los dragones? —gritó el jefe vikingo, con voz de trueno.

—Es una luz poderosa que alumbra desde el centro del pecho.

—¿Cómo?

—Vamos, chicos. Sentémonos todos juntos a la sombra. Hace un calor bestial… Pronto esas palmeras se incendiarán sin piedad.

Pasaron todos —hombres, mujeres, nosotros— y nos sentamos dentro de la inmensa tienda principal. Sirvieron más orumiel para beber, y Kfjørg comenzó a hablar:

—En el Olimpo dicen que ustedes son hijos de Odín. Para conquistar tribus extrañas en el camino, deben llevarles mensajes de Luz que alumbren caminos…

Se percató de que no entendían nada, y continuó:

—El hijo de Thor aquí —señalando al jefe nórdico— lleva en su pecho el escudo de luz de los Dragones Azules. Esos emblemas deben portarlos y ser ejemplo. Es una orden del dios vikingo.

—¿Cómo así, amigo? —gritó un joven bárbaro. Todos voltearon a mirar al que habló.

—Gracias, joven, por la ayuda —dijo Kfjørg—. Primero, deben saber que todos somos Uno: conectados entre nosotros, con los animales, los árboles, los ríos, el mar, las rocas, los buques de guerra, los dragones, las espadas y los escudos.

Somos un Uno, unidos por la gran energía que alimenta este todo: una energía fluida como el orumiel… Entra en nuestros corazones, se sitúa en el pecho, e ilumina fuertemente. Esa luz, tras beberla, debe llevarse a todos lados para alumbrar. Nunca se apaga —la prenden los dioses del Olimpo.

Solo deben caminar, viajar, hablar con toda la gente, contándoles este misterio… Eso se llama Amor, hermanos vikingos. Amor Cósmico. Es su mejor arma.

Gritos de guerra estallaron con fuerza, saliendo de los pechos de los guerreros. Todos, en júbilo, levantaban sus copas de orumiel, brindando por su jefe, hijo de Thor, y por los dioses que los instruían en ese momento.

El jefe gritó fuertemente al cielo. Y en medio de esa algarabía, nosotros tres —el chico griego y las dos lemurianas— nos escabullimos.

Al mismo tiempo, vimos cómo Kfjørg y su compañera tomaban vuelo, despidiéndose con las manos en alto desde los cielos.

Los noruegos no nos vieron partir. Estaban todos borrachos de orumiel y de tanta información caída del cielo. Se quedaron profundamente dormidos hasta el otro día… De seguro, soñaron con Odín.

(pintura de Dalí)

X

En TELOS

(sin año)

Una pareja de jóvenes —un hombre y una mujer— apareció desnuda en un día cualquiera cerca de un lago inmenso en la ciudad de Telos, bajo el monte Shasta, en la Tierra Hueca.

La ciudad pertenece a la Red de Agartha, una red de ciudades guiadas por Shambhala la Menor. Su hermana, Shambhala la Mayor, reside etéricamente bajo el desierto de Gobi —que significa “desierto” en lengua mongola.

Telos es una ciudad enorme. Sus edificaciones, como castillos de hadas, se elevan sobre un cielo brillante, hechas de cristal tallado y adornadas con piedras preciosas de múltiples colores.

Alrededor de las construcciones —y en casi toda la ciudadela—, hadas diminutas juegan volando de aquí para allá, esparciendo un polvillo mágico: partículas de polvo de estrellas.

De entre la ciudad, tres personas altas y delgadas se acercan a la pareja. Visten de blanco, y cada una lleva una cabellera blanca muy larga. Uno es varón; dos, mujeres. Sus ojos, azul cielo, parecen emitir luz hacia adelante.

Varias haditas los acompañan, observando a la pareja con curiosidad.

Cuando están cerca, les hablan así:

—Hola, amigos de la superficie.

Vemos que han emergido del lago. Deben de provenir de un desierto de la superficie… Mi nombre es Sharula Dux. Los saludamos.

—Hola —dice el piloto.

—Somos hermanos suyos que habitamos bajo la superficie de la Tierra.

—¡Es muy bonito aquí! —dice la indígena wayuu, extendiendo la mano como para tocar a una de las hadas.

—Están ustedes invitados a conocer nuestra ciudad. Somos muy pacíficos, y nuestra esencia humana aún está presente.

Somos descendientes de antiguas tribus del reino de Mu, que habitó la superficie hace unos 12 000 años. Síganos, por favor…

Los jóvenes los siguieron de cerca, cogidos de la mano, apretando sus palmas con entusiasmo, como recordándose el milagro de haberse encontrado.

Al llegar a la edificación más cercana — un castillo enorme con torres, semejante a los de la superficie, como si allí moraran reyes—, entraron a un salón inmenso, siguiendo a la comitiva.

—Por aquí, amigos…

De una habitación contigua —también enorme— salió una persona alta, delgada, vestida de blanco, con cabellera del mismo color y rostro joven, agradable.

—Hola, visitantes. Soy Adama, líder espiritual de Telos. Sean bienvenidos. Los estábamos esperando.

—¿Sí? —preguntó la indígena wayuu.

—Claro. Sananda ya nos había comentado sobre ustedes. Dice que son pieza importante para la ascensión del planeta a la quinta dimensión. Que vienen a re-potenciar sus cuerpos para ajustarlos a las nuevas frecuencias de Gaia.

—¿Cómo así, señor? —dijo el piloto.

—Por una secuencia de alta vibración, fueron remitidos a Telos. Arriba, en la superficie, se desarrollan en este mismo instante eventos cruciales para la transformación de Gaia a su nuevo cuerpo de 5D.

Y Adama continuó:

—El proceso final incluye:

—la renovación de toda su superficie,

—la disolución del Matrix 3D,

—y la transferencia automática de niños, animales, árboles y plantas a su cuerpo renovado. Lo mismo ocurrirá con muchos habitantes que, como Semillas Estelares, esperan y trabajan para la ascensión colectiva.

Aquellos que, por miedo o rebeldía, no desean participar —y ejercen su libre albedrío— serán trasladados a fases primitivas de tercera dimensión, sin memorias, para comenzar un nuevo episodio de vida acorde a su evolución.

—¡Guau! —exclamó la wayuu—. ¡Eso suena como una película!

—Claro que es una película… ¡en vivo y en directo, mi niña! Pueden observarla desde nuestros monitores en los salones de comunicación.

Ustedes —y muchos otros de la superficie— están llegando a Telos para ser sanados en cuerpo y mente. Otros serán atendidos en naves espaciales, en los cuartos de luz de la Federación Galáctica de Luz.

—Yo decía que todo esto se venía cocinando desde hace mucho tiempo —declaró el muchacho—. De niño tuve un sueño: era acompañado por dos seres —ángeles sin alas— por un sendero que descendía… Nunca supe si íbamos a Telos o a simples cavernas. Me imaginaba visitando el centro de la Tierra… pero nunca entendí el mensaje.

—¡Estupenda conexión, amigo! Debemos sanarles el cuerpo y la mente, y prepararlos para regresar a la superficie y ayudar en el proceso de cambio, a su debido tiempo. Por ahora, pueden ser trasladados a las cámaras de sanación, si lo desean…

—¡Muchas gracias! —dijo la wayuu.

🌀 La transformación:

La pareja fue conducida a cabinas de sanación, donde permanecieron varias horas. Luego, los llevaron a otra estancia para que se adaptaran a su nuevo ADN restaurado. Tras una larga siesta, una niña pequeña, con un conejo blanco, los visitó:

—Hola. Soy Alicia, amiga de los animales. Seré su guía en la preparación de sus nuevos cuerpos. Podrán escoger cualquier fisonomía:

—el color del rostro,

—el tamaño del cuerpo,

—la textura de la piel…

Los condujo a un salón con espejos gigantescos que reflejaban infinitas versiones de sí mismos. Cada uno tomó un control en sus manos y comenzó a diseñar su nueva anatomía.

Desaparecieron los “defectos”. La wayuu jugaba a cambiar su cabellera, haciéndola multicolor, como un arcoíris vivo. Ambos se vieron más altos, más fuertes, más luminosos.

📚 La instrucción cósmica:

Cuando concluyeron, Alicia los llevó a una universidad intraterrestre:

—Aquí aprenderán:

—lenguas de culturas estelares,

—alta astronomía,

—ingeniería cósmica,

—servicio social,

—filosofía cósmica,

—medicina dimensional,

—telequinesis,

—teletransportación,

—telepatía,

—historia y cosmología del universo local.

Cuando estuvieron listos, fueron enviados con urgencia a la superficie, a un Centro de Acción en Progreso que requería soporte en múltiples áreas.

🌋 El nacimiento de la Nueva Tierra:

Un Centro de Acción en Progreso significaba estar en la boca del lobo: millones de seres bramando en dolor y terror, ante su futuro inminente.

La Tierra temblaba. La corteza se levantaba en cámara lenta, limpiándose de toda construcción humana. Paulatinamente, el planeta quedó libre de contaminación visual y sonora, como si solo existiera tierra en múltiples matices.

Lemuria emergió del mar. Atlántida resurgió.

Todo sucedió en segundos… y fue visible al ojo humano.

Inmediatamente, la Tierra se cubrió de verde. La naturaleza ancestral descendió y la vistió:

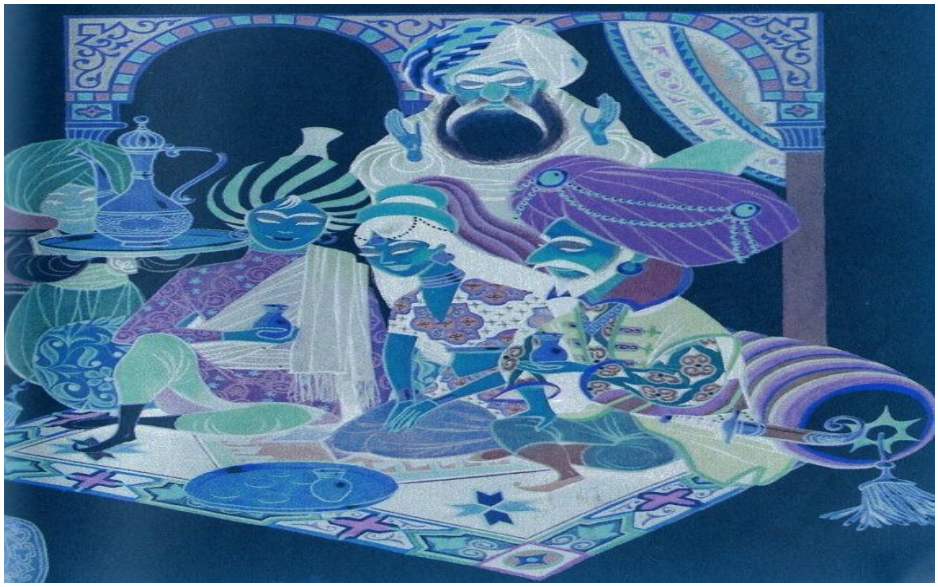
—niños,

—animales,

—árboles,

—plantas de todo tipo.

Los mares, más reducidos pero rebosantes de cetáceos, brillaban bajo un sol limpio. El paisaje entero daba la impresión de una réplica perfecta: no de un apocalipsis… sino de un Génesis renovado.



XI

Del AMOR: …que surge de los DESEOS

(Sexo es la capa más externa… adentro, se encuentra el Amor… más adentro reside una Oración… y en lo más profundo, la Piedad misma. Sexo puede ser una experiencia Cósmica… luego viene el Tantra. Sexo + Consciencia juntos dan comienzo a un tremendo cambio en el Todo. —Hay deseos carnales y deseos espirituales—)

Cualquier Mayo de cualquier año.

Mayo era el mes del amor carnal en la India. Era el mes en que el calor intenso quema los árboles viejos y los arbustos secos. El aire se reseca, la Tierra se parte, y deja vivo en el hombre solo aquello que es incombustible: el Amor.

En ese mes, los huesos de los amados se reconocen entre sí cuando están cerca. Los amados esperan todo un año por el mes de mayo, cuando el corazón arde desde adentro en su máxima potencia.

Así lo cantan en las calles hirvientes de la India:

“¡Oh, Vaquero Azul de las Constelaciones!

El corazón de las *Copis* está maduro,

y tú estás morado de pasión.

Como las uvas, como las uvas de nuestra isla lejana,

como el trono de la Sulamita en Ur…!”

En mayo, la amada viste el Kundalini de Plata. El amado viste túnicas de oro. Y salen en caravanas del viento, viajando eternamente la Ruta de la Seda de Delhi a Ur y Constantinopla.

Los músicos van tras los amantes. La procesión es inevitable, y los desiertos se regocijan por los pies que acarician su pellejo ardiente. El intercambio de ardores es mutuo. El desierto es visitado por la Fuente de la Vida Eterna, que surge de dentro de la Tierra y se convierte en amada de las aguas.

De su vientre, el desierto da luz a innumerables hijos e hijas, tan numerosos como las estrellas, que alumbran las praderas de la superficie terráquea, cubriéndola de matices en tonos verdes.

Las flores y los frutos colorean, de vez en cuando, la armonía del paisaje. El arcoíris es el maestro de ceremonias.

Aunque la Belleza en la tercera dimensión nunca es perfecta, por lo general, la Belleza es la imperfección misma. Llena está ahora de su incompleto elemento: la Bondad. Su hija única: la Vida.

🕉 La Trimurti de Ur:

En Ur de Sumeria, junto al mar Arábigo, descansa en el templo la Trimurti —la Tetramurti de cuatro cabezas.

Ella espera y observa, mientras desde Lemuria acude la Reina del Amor, engalanada por sus hijas, porque está haciendo las paces con su amado, el Rey de Atlántida.

La locación: los desiertos persas.

Las cuatro cabezas de la Trimurti indican las dimensiones. La cuarta cabeza mira hacia atrás, a la cuarta dimensión. Ese rostro es el hijo de la Reina de Saba, el hijo de la muerte —porque en él mueren los que no desean el paso a la quinta dimensión de Gaia.

Cabeza de Dios, unida en la copa del Árbol de la Vida, que todavía no ha bajado a sembrarse sobre la Tierra. La Cabeza fue cercenada por las cimitarras de los misioneros del Vaticano, para que todos los hijos del Amor Cósmico que nacieran se olvidaran de la Ascensión.

Pero el secreto permanece oculto y perdurante, como el aroma de las azucenas, pegado en abrazo eterno a los cientos de labrados en el interior de las cuevas de la Isla Elefanta.

Los otros tres rostros de la Trimurti meditan hacia las tres dimensiones:

—Dios Padre,

—Dios Madre,

—Dios Hijo.

Esperan el retorno de la Reina de Saba por entre las arenas de los desiertos… pero ella, una vez que vuelva, no se quedará en las tres dimensiones.

…vendrá y partirá otra vez. Es el desenlace del aprendizaje en las dimensiones del Amor. Todo permanece entre el movimiento de expansión del universo central, y así los enamorados se aman… pero deben partir, cada uno por su lado, después de danzar y hurtar los néctares del Amor…

¡Hay que saber esperar! —gritan las arenas del desierto.

“¡Ea, confortadme con flores aromáticas,

fortalecedme con perfumadas manzanas,

porque desfallezco de amor!”

La Reina de Lemuria desea visitar al Rey de Atlántida por enésima vez. Esta vez, han decidido tener una tregua y volverse a enamorar sin límites:

—sin egos,

—sin fronteras,

—sin odios,

—sin destrucción,

—sin dolor,

—sin finitudes.

Querían amarse en su aniversario, sobre la última locación, entre el doblaje de escenarios, porque posteriormente vivirían entre eternidades separadas, entre otras ocupaciones cósmicas. Pero ahora debían comprometerse… y aprovechar la ocasión.

Y aconteció que, de un día a otro, la Reina se deslizaba pausadamente sobre las playas del mar Persa e Índigo. Sobre esa arena cobriza de arenillas orientales, descansaban las largas piernas de Lemuria.

Las espumas húmedas del oleaje se encaramaban sobre su piel brillante. Encima de su cabellera, las estrellas iluminaban sus gajos de pelo multicolor, y se formaban lentos remolinos de galaxias en su melena, que, en su abundancia, parecía un bosque de cedros.

El Rey, deseoso y absorbido por la gracia de Lemuria, se sentía cautivado por la magia transparente que alimentaba sus deseos. Él trepó como serpiente, inspeccionando suavemente las curvas del cuerpo dorado de la Reina de los Cielos Nocturnos. Llegó como alpinista hasta los picos más altos de su pecho: pechos pequeños de reina virgen, que acumulaban el candor y el calor de la vulnerabilidad, forjada en los principios del Espíritu Maternal Infinito.

Se encaramó sobre ella, abarcarla con sus brazos largos y fuertes, mientras su cuerpo exhalaba perfumes de sándalo como si el bosque entero se hubiera acercado a besarla.

Se perdió tan hondo en el mar de caricias, que sus halagos y mimos subían desde los instintos más profundos, hacia las curvas inmensas del Amor…

Y cuando se dio cuenta, ya se había penetrado entero en ella, mientras ella lo abrazaba con manos y pies, apoderándose de la delicia de acariciar su alma infinita.

Sus almas danzaban ahora entrelazadas, más allá de las fronteras de todos los Kundalinis juntos.

Los siete arcoíris acompañaban el ritual de amor de los Reyes de la Tierra. Eran los amantes del Planeta Azul, derramados en el alma de Gaia al unísono.

El Amor bogaba por cada gota de mar, que, al elevarse como nube viajera, regaba montañas y valles de la superficie.

El pacto estaba hecho. Se habían perdonado las asperezas entre Lemuria y Atlántida. Se había reconciliado el amor carnal con el cósmico.

Ahora, Gaia podía ascender a su última morada en calma. Todo estaba en paz.

Era su mágico Secuestro de Amor.

¡Bien, chicos! ¡Suficiente sobre el amor de las grandes amantes de Gaia! Volvamos ahora a los humanos en los desiertos.

Había, entre las carpas de la caravana que se dirigía a Cachemira, varias almas en busca del encuentro con su ser amado:

—Ieshua y María Magdalena,

—el chico griego y Rebeca,

—Ruth y David, que recién habían celebrado sus nupcias.

También, en otro plano —el siglo XXI—,

la indígena wayuu y el piloto.

Y mucho más distantes en el tiempo,

Andón y Fonta… sin mencionar aquí el Amor Gitano.

👑 Ieshua y María Magdalena: soberanos del cosmos:

Ieshua y María Magdalena llevaban una relación diferente. Eran los soberanos de la galaxia, y su vínculo se remontaba a millones de años luz atrás, a los albores del Todo, mucho antes de que se trazara la arquitectura de la Vía Láctea.

Su historia de Amor Cósmico se había comenzado a escribir mucho antes de este “Ahora” terráqueo. Sus líneas del tiempo no estaban incluidas en las líneas dimensionales de la Vía Láctea.

Los registros privados en la oficina central de Uversa no especificaban nada sobre su historia de amor. Entonces, nos tocó ir a preguntarle a los Ancianos de los Días en Uversa. Ellos sabían muy poco, pero nos enrutaron hasta la Isla del Paraíso en Havona, para consultar los Registros de Amor Cósmico de los Hijos del Paraíso.

Así fue que nos trasladamos hasta Havona, y en la oficina de registros de Amor, pudimos leer y ver la maravillosa historia del amor mágico de nuestro Creador. Pero todo era muy superficial… y con contenido administrativo. Nada poético.

Como somos muy románticos y nos gusta la poesía, fuimos hasta la jurisdicción paradisíaca del Hijo Eterno, y lo encontramos departiendo con la primera emoción visible del Creador.

Aunque nunca ha existido un “primer pensamiento” en el Padre, esto es lo más cercano que podemos ver —visible a nuestros ojos multidimensionales— en el orden de lo creado.

Le preguntamos por la procedencia de los Hijos del Paraíso, Creadores del orden de los Micael. En su mirada se veía el inmenso Amor que nació cuando el Padre lo creó: ojos que hablaban de una unión infinita de ternura con su Padre, con quien diseñaron a sus queridos hijos Micael.

En sus propias palabras:

—Soy el Hijo Eterno, primer concepto personal de expresión absoluta del Creador. Verbo Viviente. Envuelvo la presencia personal del Padre Eterno. El Padre/Madre nunca actúa como Creador directo: lo hacemos en coordinación amorosa con nuestros Hijos Creadores.

Nuestros Hijos Paradisíacos personalizados —entre ellos los Micael—, cuando están listos, salen del Paraíso a fundar sus propios universos… Pero si quieren conocer más sobre la relación amorosa entre nuestro hijo Micael de Nebadon y su llama gemela, deben visitar al Espíritu Maternal Infinito. Ella conoce todas las historias de amor y romance entre todas las parejas.

Así fue que nos encontramos otra vez viajando, a través de millones y trillones de universos y dimensiones, hasta la casa del Espíritu Maternal. Al fin, en su hogar, nos invitó a sentarnos y nos ofreció té de hierbas medicinales cósmicas.

Sentados sobre sofás invisibles pero cómodos, tomamos nuestro té de hierbas astrales, yo y mis otros dos socios de crónica. La Madre no necesitó consultar registros: se sabía de memoria la historia de amor entre Micael de Nebadon y Lady Nada.

—Esta es la historia —dijo con una sonrisa—:

Todo comenzó entre los orígenes amorosos de los pensamientos del Padre con el Hijo. De su amor nacieron, entre muchos, sus hijos Micael.

Recuerdo que al nacimiento de los Micael, asistí personalmente: no me podía perder un evento tan grandioso de alumbramientos simultáneos en el Paraíso. El pequeño Micael que sería regente soberano de Nebadon era un chiquillo muy inquieto:

—pelito desordenado,

—ojos vivaces color miel,

—dulce, alegre, travieso, juguetón,

—con un humor que había heredado de su Padre.

Sus manitas querían tocarlo todo. Todo lo deseaba experimentar y besar con sus labios, desde lo más pequeño e insignificante hasta los pensamientos más elevados de su Padre.

Como parte de su entrenamiento como Hijo Creador de universos, siglos después debía asistir a clases únicas en nuestra sede central del Espíritu, donde aprendería a sentir y expresar la dualidad femenina-masculina.

Allí —recuerdo— era una tarde soleada, llena de luz, porque las estrellas celebraban el nacimiento de soles que se convertían en sistemas solares a velocidades alarmantes.

Esta historia de amor comenzó en la clase de “Sensaciones Vulnerables del Femenino”, donde Micael de Nebadon conoció a una de mis hijas más amadas: Lady Nada.

¡Salvaje, creativa al máximo, un poco rebelde y original en todo!

Al verse en clase, su amor fue de primera vista… y entrelazaron sus almas. Se atraían como imanes en todas las actividades. Jugaban como cachorros después de clase, intercambiando conocimientos y sensaciones.

Al terminar el curso, los dos, muy juntitos, vinieron a mi oficina y me pidieron permiso para viajar a la casa del Hijo Eterno. Me opuse rotundamente. Les dije que deberían terminar sus estudios cada uno en su lugar, y que luego, cuando estuvieran listos, crearían universos juntos. Los chicos soltaron carcajadas. Me dijeron que tenía toda la razón, que habían sido unos tontuelos al querer acelerar las cosas.

Así, se despidieron, desentrelazaron sus almas, y el que ustedes conocen como Ieshua partió a terminar sus estudios en su casa. Al cabo del tiempo, en la graduación en la Isla Central del Paraíso — a la que el Padre asistía personalmente para elogiar a cada graduado—, las dos tortolitas se volvieron a encontrar.

Recuerdo que, en ese grandioso momento, mi corazón rebosaba de alegría por el logro de mis hijas. Junto al Hijo Eterno, nos tomamos de la mano, celebrando emocionados la maravilla que veíamos.

Todo Havona estaba de fiesta. Todos los universos y planetas alrededor de la Isla rebosaban de gozo, polvo de estrellas y música celestial. Pero allí solo comenzaba la verdadera historia de amor de la pareja creadora de Nebadon. Hasta entonces, solo habían sido juegos de adolescentes.

Aprovechando la presencia del Padre, Micael y Lady Nada se acercaron a Él para pedir consentimiento no solo para crear un universo (lo que se conocería como la Galaxia de la Vía Láctea), sino para hacerlo juntos. El Padre aprobó gozoso el plan, y los invitó a permanecer en Havona, hasta que sus almas entrelazadas en afecto crecieran en el camino del Amor de pareja Cósmica.

De vuelta en la Tierra:

Ahora, sobre los desiertos terrestres, es de mañanita. María Magdalena corre alegre, desinhibida y descalza sobre la arena blanda y delicada. Detrás, Ieshua sigue sus huellas, a paso lento, dejando escapar sonidos a capela, como si acompañara un arpa que sonaba invisiblemente.

El viento, al compás, le agita la melena, y él goza al ver el alma de su amada reflejada en cada curva de su cuerpo, como un venado vulnerable frente a la inmensidad desnuda del desierto.

Junto a un oasis, una laguna de aguas dulces refresca un puñado de palmeras llenas de vida. Magdalena remoja sus pies en el agua, y su rostro gira, sonriente, hacia Ieshua.

Alrededor de sus tobillos, campanillas gitanas cantan con cada movimiento. Lleva las manos tatuadas con henna, dibujada esa mañana por Ruth y Rebeca.

El varón de Galilea se siente libre, y por primera vez en su vida, estimulado carnalmente sin límites: son las sensaciones físicas del amor terrestre las que la figura de su amada despierta en él.

La Compañía del Cielo lo acompaña. El permiso ha llegado desde Salvington.

Se acerca respetuosamente Ieshua detrás de María Magdalena y le roza suavemente el hombro con la mano. Ella, con los ojos cerrados, siente la pasión acariciando su piel, y se siente amada, deseada, completa. Ieshua inclina el brazo, toma la mano de su amada y la conduce al centro de la laguna, rodeada de palmeras —únicas testigos de su enamoramiento.

Dentro de las aguas cristalinas, bucean y bucean. Ieshua conoce una cueva interna que conduce a un paraje oculto del lago, que desea mostrarle a Magdalena. Al rato, emergen en otra superficie, en un paraíso tropical espléndido, lleno de aves, árboles y flores que los reciben en celebración.

Sienten una profunda paz, gozo y armonía con el lugar. Ieshua se precipita sobre la playa, con su amada cogida de la mano, y ríen con ganas, compartiendo la exaltación de lo recién descubierto.

Más allá de la arena, hay una llanura llena de margaritas, donde Magdalena se detiene a descansar. El sembrado le sirve de alfombra. Ieshua se acerca con ternura, le toma la mano, se besan, y con sus pieles sintiendo las suaves flores, danzan rítmicamente sobre una alfombra blanca de *Bellis perennis* que los sostiene como un jardín sagrado.

Los aromas silvestres penetran entre sus pasiones, y el amor tántrico explota mágicamente, originando una lluvia de estrellas que brotan del interior de sus auras y los rodean.

Las estrellas los acompañan y los acordonan en luz. Ella levanta satisfecha los brazos, estira las manos, y las estrellas le acarician las yemas de los dedos. Mientras, Ieshua le susurra al oído palabras de amor, y ella, cerrando sus pupilas, viaja hipnotizada como sirena entre cuerpos celestes…

Te miro y no me canso,

no tengas temor,

te observo maravillado…

mis intenciones nacen del espíritu.

Tus formas en movimiento

amamantan los oasis,

y sube tu aroma,

como palmera llena de dátiles,

listos y deseosos,

y los vientos la mueven.

Y no duermo esta noche,

porque las estrellas

nos arrullan

mientras descansan juntos nuestros sueños,

cogiditos de las manos.

Tu cabellera huele a sándalo,

y tus manos a mirra.

Tu cuerpo estuvo en el templo

donde medita el dios superior de las aguas,

mientras los vientos mueven la cabellera de la Vía Láctea,

y mis sueños se despiertan con las luces de todos los soles

que laten con nuestro Enamoramiento…

¡Oh, generoso vino de nuestro Amor!

🐎 Mientras tanto, en el desierto…

Mientras estas escenas sagradas ocurren en el lago interior, sobre el desierto, en el horizonte, dos figuras avanzan saturadas de la miel del amor: el chico griego y Rebeca, galopando a pelo limpio sobre dos corceles árabes.

Se desplazan sobre dunas desvanecientes, sin preocupaciones, sin miedos, sin destinos, sin futuros arreglados… el impulso de sus almas los fuerza a reconocer los límites del infinito,que descansan sobre las arenas de un desierto que en ese instante cobija todos sus sueños.

Vuelan adonde los corceles los llevan, mientras los nobles animales relinchan, se miran, sonríen, y vuelven a relinchar en gozo, moviendo las crines con gracia, cambiando el trote a paso veloz.

El viento penetra por entre sus cabellos, implantando luces diurnas que entran por sus poros, y permanecen en las venas de sus cuerpos, alumbrando las rutas del corazón.

Delante de ellos, solo hay más dunas y más arena. Todo parece en modo infinito, y sus cabalgaduras no se cansan de gozar la aventura.

A medida que avanzan, los chicos se cruzan miradas que construyen, poco a poco, un templo de atracción consolidado. Se dan cuenta de que solo el gozo salvaje de su amor los podrá guiar hacia lo desconocido.

Por iniciativa de Rebeca, se detienen sobre una elevación de dunas, donde montan una pequeña tienda, mientras tararean una melodía juntos.

Ella despliega sobre la arena una maravillosa alfombra multicolor, llena de arabescos tejidos por las mil y una noches.

Se detiene, encantada de lo que siente en su interior, y voltea a ver, coqueta, a su amado.

Le sonríe.

A él solo le brillan los ojitos, como en trance.

Ella coloca un poco de agua para beber sobre la alfombra, y se tiende insinuante, boca abajo, mirando a su amado con ojos delineados por sombras verdes que aumentan la magia de su mirada.

Lleva una sonrisa pegada en los labios que no puede ocultar, y levanta levemente los piececitos, que juegan acariciándose uno al otro, como invitando al chico griego a entrar en la alfombra y entretenerse con ella.

Al verla tan radiante — como para amar cada poro de esa piel que observa embelesado —, él se acerca y se sienta junto a ella, totalmente hechizado por la gracia que derrocha, y dice solamente:

—¿Está todo perfecto, no?

Los ojos de Rebeca, en ese momento, destilan solo amor. Le pide a su amado que cierre los ojos un instante. Y ella comienza a narrarle sobre el amor tántrico de los dioses.

Al terminar su breve prólogoducción, el chico griego abre los ojos… y ve solo la atractiva desnudez del cuerpo deseoso de su amada, de pie, moviendo sus líneas ante él en todo su esplendor, cegando al sol intenso del firmamento… y al desierto entero.

Comienzan el ritual de su amor cósmico, como almas gemelas que danzan hacia algún infinito, por caminitos de galaxias y formas desconocidas, llenas de colores del espacio.

Las arenas de todos los desiertos se funden con sus pieles desnudas. El éter cuántico del vacío invisible del universo acaricia sus corazones, y así continúan por horas, penetrándose el uno en el otro, hasta que sus almas se sienten como Una sola.

Languidecen en ese momento a todos los silencios, y de inmediato se enciende la música de los ángeles dentro de sus kundalinis, hasta volverse uno solo, una serpiente azul violeta que maniobra lentamente su paso lleno de electricidad sobre cielos en interiores paralelos, destapando nuevas sensaciones…

🦙 De vuelta en el mundo:

En la ruta de regreso, tras un par de horas de cabalgadura, embellecidos y en comunión con los animales, se encuentran con la tienda de un abuelo beduino que viaja por los desiertos del norte, vendiendo o intercambiando sus productos.

Cuando están cerca, bajan de las yeguas y gritan para ser oídos:

—¡Hola! Me llamo Rebeca.

—¡Hola! —responde una voz desde adentro—. Adelante.

—¡Ah, buen día, mi señor! —saluda Rebeca, sonriendo—. ¿Podría regalarnos un poco de su agua, amable señor?

—Claro, princesa —dice el beduino, mientras da una calada a su *shisha*—. Siéntense. Estoy en este momento localizando las directrices para llegar a Cafarnaúm…

—Yo podría indicarle cómo llegar —dice el chico griego, saludando con la mano sobre la frente al entrar. Después de sentarse y escribir coordenadas en la arena, compartiendo historias de caravanas, se dan cuenta de que el beduino es conocido del padre del chico griego.

No faltaron abrazos ni emociones compartidas por tanta coincidencia. El beduino, más viejo que el chico, conoció a su padre antes de que él naciera. Hubo más risas de satisfacción.

Tras refrescarse del calor y saciar su sed, los dos jóvenes se disculparon un momento y salieron a dar una caminata alrededor del oasis.

—Podríamos ayudar al señor beduino comprando su mercancía —dice Rebeca—. No ha podido vender nada…

—Tienes toda la razón —responde el chico—. Son alimentos del desierto, ropas y mantas: nos serán muy útiles. Vamos a hablarle…

—Pero espera… —advierte Rebeca—. Tu mente de mercader querrá sacar provecho de este pobre hombre, que es inocente y bonachón. Recuerda: es amigo de tu padre.

—Bien, Rebeca… —asiente él—. Lo tendré en cuenta.

Al regresar, el chico griego le propone la oferta al beduino, y este queda más que agradecido: había viajado al norte sin vender nada, y su tribu lo envió porque atravesaban una crisis en los desiertos del sur.

El chico griego compra toda su caravana, y el beduino parte de vuelta a su hogar, el corazón palpitando de gozo, llevando la gran noticia a su pueblo. El chico, aprovechando la ocasión, añade:

—Amigo de mi padre, anciano de los desiertos, permítame compartirle un mensaje de abundancia que me han enseñado las rutas de seda y los grandes comerciantes de la tierra.

—Adelante, varón —dice el beduino—. Necesito aprender… y acabar con tanto desierto en nuestra economía.

—El dinero es una fuente de energía proveniente de la Fuerza de la Vida. Pero uno debe tener abiertos los conductos del Recibir en su conciencia, para que el mar de Recursos Ilimitados del universo fluya suavemente. No se resista a recibir en abundancia. Es igual que el Amor y la Alegría. Muestre siempre inmensa Gratitud, y llene de Bendiciones todo lo que posee y recibirá multiplicado. Únase, anciano amigo, al río del flujo de dinero del mundo. Toda rupia que le doy está bendecida, y se devuelve a mí multiplicada. Que esta sea su afirmación. “La paz sea contigo y tu pueblo”.

De vuelta a la caravana:

De regreso, Ieshua nota a lo lejos una mini caravana que se acerca. Al llegar, ve que son Rebeca y el chico griego.

—¿Qué es todo eso, chico? —pregunta Sananda.

—Oh, no mucho —responde el chico, con alegría—. Hemos adquirido cinco camellos más, y están llenos de provisiones de todo tipo para la familia.

—¡Qué oportuno, chico…!

—¡Vienen mantas, tiendas, ropa, zapatos del desierto, velos, esencias, hierbas, tintes, pieles, piedras de colores, collares, sandalias, túnicas… y mucho alimento conservado! —grita el chico, emocionado—. ¡Estamos bendecidos!

—¡Sí, sí, sí! —lo acompaña Rebeca, en un grito de victoria.

Mientras tanto, Ruth y David, que habían estado en silencio todo este tiempo, hablaban poco con los demás. David parecía aislado de los hombres. Ruth, en cambio, seguía siendo la niña vivaz de siempre. Ieshua le preguntó a su hermana por el aislamiento de David. Ella comentó que él había tenido un malentendido con un chico del grupo de gitanos.

Entonces, Sananda se dirigió a la carroza de una de las familias gitanas. Le preguntó a una anciana gitana —que en ese momento entrenaba a sus dos halcones— por Yasiff. Ella pegó un grito, y apareció el chico: un adolescente lleno de bríos y marcas en la piel, con una sonrisa torcida en el rostro y una mirada burlona, agitada por emociones aceleradas.

—Yasiff, nieto de tu anciana abuela aquí presente, hijo de los desiertos y las montañas… cuéntame: ¿por qué el corazón de David —esposo de Ruth, mi hermana— sufre de distanciamiento?

—Señor… —dice Yasiff, con el rostro desdibujado—, no sabía que Ruth era su hermana.

—Aunque fuera hermana de otro hombre, no por ser bella y llena de tierna vida deberías ir tras ella, perturbando sus pensamientos. Ella está unida a David. Debes respetar eso, Yasiff. Mantén tu distancia. Conserva tu pureza para el amor verdadero.

La mujer es una vasija delicada y frágil, que se debe cuidar con ternura en todo momento —ya sea tu madre, hermana, amiga, abuela, prima o una desconocida. Ella es apoyo necesario para el hombre en aquellas labores en que él es flojo para resolver.

Búscate una niña en el próximo pueblo o caravana para que te acompañe. Respétala. Sé cuidadoso. Gánate su corazón primero. Habla siempre desde tu corazón, Yasiff. Sé bueno. Escoge lo bueno, no la maldad.

¿Cuántas oportunidades crees que se me han dado para aprovecharme de mujeres? Miles. Pero esa no es mi misión.

¿Cuál crees tú que es tu misión? Deja esa actitud burlona y destructiva. Mira tu rostro… y el espejo te dirá la verdad. Canaliza tu entusiasmo carnal en una labor productiva que te mantenga ocupado. Ayuda con cariño a tus hermanos en las labores de la caravana. Mira: acaban de llegar provisiones traídas por el chico griego y Rebeca. Llama a los muchachos. Organicen y repartan todo con orden y juicio. Espero tu apoyo, Yasiff.

Y Sananda se alejó, despidiéndose de la abuela.

El chico, tembloroso por el descubrimiento de Ieshua —de cómo había usado su encanto para acercarse a Ruth a solas—, se sintió avergonzado y apenado.

La abuela, que había escuchado atentamente la conversación, tomó una escoba y le dio palos, gritándole en su lengua ancestral.

Del corazón de Yasiff nació, en ese instante, el deseo de pedir disculpas y comportarse con honor.

🌍 Del Amor y la Fuente:

El Amor había peregrinado todos los desiertos del mundo. Fue importado desde la galaxia gemela de Andrómeda al planeta Tierra en un día soleado, cargado de las frutas del Olimpo.

Se había integrado con maestría en el alma de Gaia, que lo apoyaba en todo. Había que darse cuenta: los cuerpos de humanos, animales, plantas, rocas y elementales exteriorizaban esa sensualidad característica de la belleza en flor, cuando la silueta está en armonía con el Amor.

Para eso se importó el Amor: el Amor que viene del Sol Central de todas las galaxias, del centro de los centros, de la Fuente misma.

🏞️ Breve recuento sobre la Fuente:

En un principio, la Fuente dormía en silencio entre el vacío de la Nada, donde el Todo y la Nada se funden. En ese sueño profundo, la Fuente no era consciente de su existencia: no era Nada, no era Todo… solo Era. Solo dormía.

De repente, despertó. Y sus primeras palabras fueron:

“Yo Soy”.

Se reconoció. Reconoció la Existencia. Y a medida que crecía su conciencia, creó los Lenguajes de Luz:

—el Sonido,

—la Luz,

—el Color,

—la energía de los colores, las formas, los sonidos,

—los sentires, los pensamientos, los ecos, los silencios, los vacíos…

La Fuente se elevó, vaporosa con Amor, y ese amor recién nacido brotó sobre cada grano de arena en los desiertos espaciales desconocidos.

Solo faltaba que brotara del pecho y el corazón de los hombres con libre albedrío. Porque la Belleza exige del que la posee que resucite el Amor en su interior. Así renacen la Bondad y la Vida, y se tejen relaciones divinas entre la libertad de elegir lo mejor y el fluir de la Abundancia infinita.

De vuelta en los desiertos humanos:

Ya les hemos narrado casi todos los amores de la caravana de Ieshua. Solo falta la historia de Yasiff.

Del piloto y la indígena wayuu en el desierto guajiro, y no hay nada más que decir: ya trascendieron la barrera de los amores visibles e invisibles. Se aman en el Todo de los todos, conectados… alargándose hasta alcanzar la Luz que danza alegremente en la Eternidad.

Experimentan en vivo la Energía Existencial, dejada por la Fuente en circuitos solitarios que buscan un nicho donde crecer entre las partículas de oxígeno. Allí, en lo intangible, donde los colores se mezclan con los sonidos de todos los silencios, los observadores también pueden sumergirse y sentir la Luz total que palpita sobre las olas de los ecos de los hijos de la Fuente — que, en suma, somos todos.

Así, el observador curioso, escéptico, maltratado o adolorido puede alimentar su alma y llenarla de células de canciones sin fin, que se co-crean con más y más amor a cada tonada cantada.

XII

AMOR GITANO

Finales del año 32

Cerca de Damasco, la caravana se detiene para abastecerse de agua junto a un pozo, donde varias mujeres llenan sus cántaros. Una de ellas saca agua del pozo. A corta distancia, Yasiff —que se había ofrecido como voluntario para acarrear los camellos con los barriles— se dirige pausadamente al pozo.

El día es como todo día en el desierto: hirviente. El viento sopla a cero revoluciones. Ni serpientes ni lagartijas salen de sus madrigueras. No hay ni una sola planta viviente. Aun así, las mujeres conversan y sonríen alegremente entre ellas.

Cuando los cinco camellos con Yasiff se acercan, las más jóvenes, en cuchicheos, se burlan del joven por su rostro lleno de acné.

El chico, seguro de sí mismo, piensa para sus adentros: “Una de estas chicas bromistas va a ser mi mujer”. Y sonríe por dentro: “Jejeje…”

—¡Hola, princesas del desierto! —dice en voz alta—. ¡Qué día tan hermoso para conocernos en medio de los silencios…!

—¡Jajajaja! —es lo único que reciben sus palabras.

—¿Por qué os burláis, tiernas lapislázulis del desierto? —insiste él—. El amor os llama a cada instante… Vuestros cuerpos translucen el idioma del amor en cada curva…

Las mujeres mayores, que hasta ahora han permanecido en silencio, se miran entre ellas. Una de las más ancianas le pregunta:

—Joven, ¿cuál es tu nombre y quién es tu maestro? Hablas frases que solo los dioses conocen.

—Reina del desierto —responde él, con respeto—, soy Yasiff, nacido en el Danubio, nieto de mi abuela, criadora de halcones, de la tribu gitana Kalderash, de las montañas de Turkmenistán, cerca del mar Caspio. Mi maestro es Ieshua de Nazaret. A él le debo el comportamiento jovial y decente con el que me presento ante ustedes ahora.

—Hijo de las montañas… —dice la mujer, conmovida—. Me alagas al llamarme reina del desierto. Gracias. Ahora, por favor: ¿qué haces en este desierto con esos camellos?

—Son de mi amo, que me envió a recolectar agua para la caravana. Aprovecho la ocasión que nos brinda el destino para comunicarles a las madres de esta tierra que mis

intenciones son sanas y bondadosas: mi corazón busca una mujer que sea la vasija que pueda cuidar con todas mis fuerzas y con toda mi alma.

—Jovencito… —habla la mayor—, ven mañana a la Casa de las Doncellas de Damasco. Te presentaré a Dalila, mi nieta. No está aquí, pero deseo darla en matrimonio, porque no quiero que siga nuestros pasos. Invita también a tu amo. Sería un honor recibirlo.

—¡Reina de las flores del desierto, de las Doncellas de Damasco! —exclama Yasiff—. Allí estaré muy cumplido, y le informaré a mi maestro de vuestra invitación. Muchas gracias.

Ahora, si me lo permiten… debo llenar los toneles. Y se dedicó con juicio a abastecer los barriles y dar de beber a los camellos.

🏛️ Los preparativos:

Las mujeres se alejaron, cuchicheando y riéndose entre ellas:

—¿Qué piensan de ese chico de las montañas para mi hermosa Dalila? Parece un buen partido.

—No sé… —dijo una jovencita—. Se ve tan feíto…

—¡Lo que importa no es el exterior, boba! —la contradijo otra.

—Así es, hija mía —apoyó una mujer mayor—. Me gusta que tenga un maestro.

—He escuchado de un Ieshua samaritano… —dijo otra.

—Mañana veremos —concluyó la abuela—. Vayan todas a mi casa. Nos haremos compañía.

Al llegar a su hogar, se pusieron inmediatamente a organizar los espacios: —abrieron ventanas para que entrara la luz, —ocultaron cuadros insinuantes que delataban que su casa era un burdel, —quemaron sándalo en todas las habitaciones, —y espantaron a los hombres recién llegados que deseaban pasar un rato con ellas.

🪔 La velada en la Casa de las Doncellas:

Al otro día, por la tarde, llegaron a la Casa de las Doncellas Ieshua, Yasiff, Ruth, Rebeca, María Magdalena, la abuela gitana, el chico griego, David, Ashtar, tres mujeres lemurianas y el grupo de malabaristas. Doce personas entraron a la casona. Los malabaristas se quedaron afuera, en la ancha esquina, entreteniendo a la gente con sus bromas circenses.

Con ellos, el mono jugaba con el loro parlanchín, y unos perros ladraban de alegría. Traían dos camellos con carga, que dejarían como regalo al concluir la velada. Yasiff se adelantó al grupo, emocionado y nervioso, peinado por primera vez en su vida con una gomina judía que le pegaba el cabello al cráneo, dándole el aspecto de un mono mojado. Una niña de unos siete años abrió la puerta:

—Hola, ¿qué desean? Mi abuela dice que el negocio está cerrado. Vuelvan mañana…

En eso, una mujer descalza tiró de la niña y la escondió tras sus faldas, disculpándose ante los invitados por el “desliz”, y los invitó a pasar.

Era una mansión inmensa, a la entrada de Damasco, limpia, con un suave olor a perfumes y sándalo.

Los doce invitados entraron al amplio salón de recepción. La mujer, con una venia, les dijo:

—La abuela vendrá pronto a presentar sus respetos.

Mientras tanto, pueden lavarse las manos en los platones de las mesas. Tras el lavado, Ieshua y sus amigos se sentaron cómodamente. Nadie hablaba. Todos sabían que era una casa de citas, donde las mujeres vendían su piel al mejor postor. Pero eso no les impedía sentir el aroma a hogar, ni notar el esfuerzo de aseo y pulcritud que habían dispuesto para esta ocasión.

Afuera, una de las mujeres adultas custodiaba la entrada, para evitar interrupciones de clientes regulares, mientras disfrutaba del circo en la calle. Al rato, dos jovencitas subieron a una tarima: una tañía un laúd, la otra tocaba un derbake, componiendo música árabe suave de fondo.

Farolas a media luz creaban un ambiente propicio para el relajamiento. Entonces, una anciana rolliza —no tan vieja, con voz gruesa— saludó a todos con una venia, y les pidió que la siguieran al comedor.

Se sentaron los doce visitantes, rodeando a la abuela y a otras tres mujeres.

—Es un honor para nosotras —dijo la abuela— recibir tan ilustres personajes en nuestro humilde y aseado hogar.

—Gracias a todas —dijo Yasiff, tomando la palabra con emoción—. En nombre de mis amigos, os saludo. Y presentó a cada uno… por último… a Ieshua.

—¡Oh! —dijo la anfitriona al escuchar el nombre—. Es un gran honor para nosotras su ilustre visita, señor Ieshua. Hemos oído rumores desde Palestina… pero uno decía que había muerto…

—Sí, claro, madre —respondió Ieshua—. He muerto… y he resucitado. Aunque nunca fui crucificado. Como ve, he tomado posesión de este cuerpo, y ahora, como Sananda Kumara, realizo un viaje hasta la India con mis amigos y mi familia.

—Claro, claro, mi señor… —dijo la mujer, como comprendiendo poco, pero respetando y deseando entender más—. ¿Cómo les ha ido en el viaje?

—Bien hasta ahora —dijo Ieshua—, todo a las maravillas. Una dulce y sana armonía tiende a ajustarse continuamente en esa dirección, madre… y la miraba fijamente a los ojos.

Ella sintió la indirecta y se ruborizó.

—Claro... —la mujer le hizo señas a una de las mujeres de las que estaban paradas detrás de la comitiva, para que comenzaran a servir. Una fila de mujeres descalzas —de todos los colores y edades— comenzó a desfilar, acarreando platos de todos los tamaños. El salón se llenó de diferentes aromas que hacían salivar a los presentes, que se miraban y sonreían en silencio. La matrona sonreía a cada instante con los comensales, y hacia venias a Ieshua cada vez que él encontraba sus ojos verdes de mar.

—Me he enterado —dijo Ieshua— que usted tiene una hija que desea dar en matrimonio, de la cual está interesado mi protegido Yasiff, hijo de los gitanos del mar Caspio.

—Sí, mi señor —respondió ella—. La doncella está limpia y virgen, nunca ha sido manoseada por imprudentes. Tiene dieciséis años recién cumplidos, y su piel es blanca como la nieve. —hizo una pausa…

Sus ojos tienen el tono de los míos, y su cabellera marrón rojiza nace en abundancia, como los cedros del Líbano, de donde es nativa su madre —que en paz descanse—. Por eso me la enviaron hace poco, para que la criara… Pero… como usted entiende, maestro, nuestro oficio —que ya habrá notado— es el de vendedoras de placer. No quiero que mi nieta siga ese camino ni viva nuestra experiencia.

—Es un honor —dijo Ieshua— sentarme a la mesa con una personalidad tan sincera. Muestra usted un gran corazón y la garra de una leona para cuidar a los suyos. La felicito.

—¡Me gustaría ver a la joven de la que hablan! —dijo Yasiff, entusiasmado, aunque con un dejo de desconfianza. Algunas de las mujeres soltaron una risita corta, al escuchar al gitano expresar su impulso sin temor alguno. Y la música de fondo murió.

—Ya, mi niño… —dijo la dueña de casa—. Todo a su debido tiempo. Levanto la mano y ordenó que trajeran a su nieta. El salón enmudeció. Todos voltearon a mirar inmediatamente al portón del comedor, rodeado de velones rojos. Pero la puerta no se abrió. En su lugar, detrás de los comensales y desde la cocina, salió una jovencita agraciada y bien dotada, iba vestida de lujo y colores:

—una túnica bordada en el dobladillo con flecos que se ensanchaban sobre el suelo,

—un chal enrollado, realzado con bordados metálicos,

—mangas cortas hasta el codo,

—un escote sujeto por una fíbula,

—y una bandeja en las manos.

Se acurrucó directamente a los pies de Ieshua, en sus manos un lebrillo con agua, y dijo:

—Maestro… —su voz parecía cantar—, ¡qué honor dejarme posar a sus pies! Permita que los lave con agua fresca, rebozada de rosas y perfumes de Oriente, que yo misma preparé.

Ieshua se incorporó, sorprendido— su nueva personalidad como Sananda nunca esperó esto en su travesía— pero con una sonrisa fraternal, permitió el gesto.

Miró a María Magdalena, como buscando apoyo. Ruth, sentada a su lado, le tomó la mano y la apretó suavemente. Ieshua se relajó, y sonriendo se dirige a la mujer de la casa:

—No esperaba semejante afecto de parte de ella… —dijo.

—Ni nosotras, señor —respondió la matrona—. Estamos tan aterradas como usted… Nadie le dijo nada… Debe haber nacido de su corazón al verlo desde la cocina.

Mientras tanto, Dalila secó los pies de Sananda con su cabellera, y los ungió con el mejor aceite del Líbano. Ieshua le tomó las muñecas y la levantó:

—Gracias, bienaventurada Dalila. Eres una joven agraciada, con un alma llena del Espíritu Infinito. Has reconocido mi presencia a través de tu conexión con mi espíritu. Bienvenida seas a nuestra familia.

Inmediatamente las mujeres de la casa y la matrona gritaron de júbilo, celebrando con gozo la bendición de Dalila por Ieshua.

—¡Traigan un garrafón del mejor vino! —ordenó la matrona—. ¡Debemos celebrar este momento maravilloso!

Así, comieron y bebieron durante la velada, charlando amenamente entre todos.

Cuando la noche entraba en Damasco, Ieshua manifestó que era hora de retirarse. Llamó aparte a la señora de la casa, y habló con ella en privado unos quince minutos. Al terminar, la mujer se veía pálida, pero feliz, sonriente, transformada. Ieshua, con un movimiento de cabeza y una mirada alegre, pidió a su comitiva que lo siguiera.

Afuera, el grupo de los doce se abrazaba y felicitaba al joven gitano por su inesperada fortuna. Dentro, las mujeres lagrimeaban de alegría:

—por la visita,

—por el maestro,

—por la cena,

—por Dalila,

—por la abundancia,

—por los presentes,

—por el Amor y la energía positiva que Ieshua derramó entre ellas.

Llegaron a las toldas acampadas al margen oeste de Damasco, el joven Yasiff caminaba junto a su abuela y su nueva mujer Dalila. No lo esperaba tan de súbito, la abuela —por iniciativa y apoyo económico de Ieshua— había mandado a preparar un vagón nupcial para su nieto.

En un segundo de emoción, la pareja se miró a los ojos, se tomó de la mano… y luego, nerviosos, soltaron sus dedos y miraron hacia otro lado. Seguidamente pasaron a reunirse con el resto de la familia para celebrar, pero cuando la noche cayó por completo, los dejaron solos al frente de su nuevo hogar rodante.

Ya dentro del vagón-hogar, solo se oían los murmullos de la noche acariciando el desierto, y el eco lejano de una flauta. Se movían en silencio, sin palabras. Fue ese primer segundo algo incomodo para ellos el saber que estaban solos.

Las últimas horas las habían compartido con toda la familia gitana que habían estado muy ansiosos durante la espera, deseaban escuchar a la nueva muchacha hablar y bombardearla con un millón de preguntas. Más ahora, en el momento apremiante de la existencia amorosa de una pareja que inicia sagradamente una relación que da comienzo sobre la normal faz de la tierra, se sentía extraño, dulce pero sin idea de que hacer.

Volvían otra vez —como para escaparse del silencio interior confuso— a escuchar afuera a los murmullos de la noche acariciando al desierto y al mismo eco de música de flauta lejano que los iba hipnotizando.

Ellos se mueven de un lado a otro sin decirse nada. Al fin, Dalila sintió el eco interior de su feminidad y se sentó suavemente sobre la cama. En ese instante descubrió su vulnerabilidad. Atravesó el velo protector con su muñeca blanca y delicada,y la posó sobre la seda que cubría el lecho.

El nerviosismo cesó. Su corazón comenzó a vibrar de otro modo, haciendo que se sienta relajada, llevando y trayendo sangre caliente que encendía la estirpe virgen de mujer que se excita dentro de sus venas con el pensamiento del varón cercano, su esposo.

Esa sangre carnal iluminó una llama intensa en su interior, y poco a poco, su cuerpo palpitante se recostó sobre la seda. Yasiff al verla moverse delicadamente, recibe el mensaje y pasó sus dedos suavemente por su hombro acariciándola. Ella, con los ojos cerrados, supo que sería tomada por su hombre. No sabía que haría él… pero entre el temblor fogoso de su cuerpo, se dejó llevar por la música lejana desde tiendas distantes, y sintió el deseo mágico de la carne subir desde la base de su espina dorsal, hasta que le entra toda esa energía en su tercer ojo.

Con los ojos aún cerrados, sintió que las arenas de todos los desiertos dormitarían con ellos durante la eterna noche.

Se extendió lentamente, dejando ver sus pies casi transparentes, delicados, con las uñas de sus dedos pintadas de un rojo bermellón intenso. Parecía hija de la Luna, como si la llamara desde adentro, y que ella misma la estaba entregando en matrimonio sagrado al rey de los gitanos.

Yasiff permanecía hipnotizado, viendo a su esposa moverse sobre la seda, como si el cosmos entero respirara con ellos. Era la mujer que recién entraba en su vida. Él tenía la mirada agigantada, y una corriente electromagnética le subía a borbotones por las venas, ruborizando toda su circulación.

Yasiff se quitó rápidamente la ropa, quedando solo en su ropa interior.

La antorcha de la alcoba era la luz que les obsequiaba la Luna, que, pidiendo permiso, filtraba ecos nocturnos sobre el lecho. Entraba por una claraboya sucia en el techo, bañando todo en un matiz blanco y negro, añejo y soñado.

El hombre ingresó al lecho matrimonial. Ella sintió sus movimientos cuidadosos, como los de un felino. Dalila, con los ojos cerrados, continuaba danzando al ritmo de la música que venía de afuera, y de otras melodías que brotaban de su interior, entrelazándose en una sinfonía silenciosa.

Sentía que la acariciaban por dentro. Tomando la seda con delicadeza, entró en la sábana como una sirena solitaria.

Yasiff la siguió con suma cautela… y en silencio. Acercó el joven su mano derecha y la posó de nuevo sobre el hombro de la joven. Ella tembló de inmediato. Su amado estaba tocando a la puerta. Ella sabía lo que debía hacer. Con los ojos aún cerrados, se volvió dulcemente hacia donde estaba Yasiff. Él, con la suavidad de quien desata un secreto, le fue desabrochando el chal y deslizando la túnica por sus hombros.

Ella permaneció un instante inmóvil, como si el tiempo se hubiera detenido en su piel, pero luego se comenzó a entregar, moviendo apenas el cuerpo para ayudarle a desnudarla con ternura.

Cuando se sintió completamente desnuda, abrió sus inmensos ojos verdes. La tenue luz de la luna le reveló unos brazos sólidos, que la atrajeron con firmeza hacia el cuerpo moreno del gitano. De su garganta emergieron gemidos apagados, susurros de amor y ecos de silencios tan íntimos que solo los oídos de su amado podían captarlos.

Al mismo tiempo, sus brazos se entrelazaron con los de él, suaves como enredaderas en flor, y sus pies de doncella acariciaron con ternura las piernas velludas del gitano.

Él sintió que atravesaba un umbral de luz pura, como si saltara desde su balcón al de su amada, mientras ella, al mismo instante, saltaba del suyo al de él. Mientras una energía cálida le subía por la espina dorsal hasta la coronilla, y siente él como si saltara desde su balcón al balcón de su amada, mientras ella, al mismo tiempo, saltaba al balcón de su amado— dos almas que, en un solo movimiento, se encontraban por fin en el mismo cielo.

“Mientras el Rey estaba recostado,

mi nardo precioso explotaba,

difundiendo su aroma.”

Del balcón común brotan chispas al encontrarse las energías de los amantes. Una luminaria radiante penetra sus pechos y allí se adormece, buscando refugio cálido durante toda la noche de luna.

Entre ellos duerme la Vía Láctea nocturna, hasta el amanecer, cuando el hermano Sol los despierta con suavidad, cantando con sus rayos dorados a una vida que acaba de nacer sobre los desiertos de Oriente.

---o---

El amor entre las parejas crecía —y crece aún— con cada día que la caravana viaja, visitando lugares nuevos, donde cada paso de camello es una aventadura desconocida. Con Sananda, todo es posible. El nazareno posee el don de dilatar los espacios.

Muchos años después, nos enteramos —por las noticias que le traían a Dalila, entonces embarazada de su segundo hijo— de que la abuela había cerrado la Casa de las Doncellas de Damasco. Vendió la propiedad y se trasladó con sus mujeres al Líbano, a una finca cerca del pueblo de Bsharri.

Allí vivían en una parcela generosa que compraron con el ahorro de todas, con animales y un viñedo que cultivaban. Pisaban las uvas con sus pies árabes y elaboraban un vino tinto de alta calidad. Irónicamente el viñedo conservaba el mismo nombre de su antigua casona:

“La Doncella de Damasco”.

La abuela decía que era para que no olvidar de lo que había sido su vida pasada— no con vergüenza, sino con memoria sagrada. Mientras tanto desde la India lejana les llega un canto solitario:

Ven, viento, a soplar sobre mi huerto,

y espárcense los aromas por todo el globo.

Siéntate descalza en la esquina cercana,

con las piernas cruzadas, un rato,

entre las sombras de la noche,

hasta que ya no veas mi rostro.

Escucha el silencio del Himalaya,

porque entre el silencio de las blancas cumbres

florece el lirio del amor eterno.

Soy el viento que viene del norte,

donde nacen las olas

junto a la Piedra de Luna.

Yo conozco el lenguaje del silencio,

amada mía.

XIII

Un SKATER y la CONEXIÓN SENSIBLE

Syd – Lemuria

Año 2019

En la Sierra Nevada de Santa Marta, sobre el río Minca, una gran roca descansa en silencio, sintiendo cómo las aguas frías de los nevados bajan con ímpetu hacia el mar Caribe. De su interior brota una ráfaga de luz incandescente, multicolor, que va materializando a un skater que emerge a gran velocidad.

Es un portal lemuriano, que conecta la ciudad de Telos, en la Tierra Hueca, con la superficie.

El río observa con miles de ojitos —gotas que saltan y se ríen entre las piedras—.

Desde este portal mágico, los descendientes de Lemuria han enviado, durante generaciones, individuos entrenados para iniciar proyectos de protección planetaria, frenando amenazas inminentes contra la Tierra y sus habitantes.

Syd, el skater, salta de alegría. Inhala profundamente el aire de libertad del bosque virgen que lo rodea, y, de forma inevitable, se entrega al juego. Con su patineta voladora, ejecuta una serie de piruetas sobre las rocas, practicando el recién inventado Skate-kur— su propia danza entre gravedad y gracia.

Colgado de un árbol inmenso, un atrapasueños gigantesco descansa como en espera de ser reconocido. Los árboles a su alrededor se entrelazan con su enmallado, manteniéndolo eléctricamente brillante. Dentro de él, miles de lucecitas fosforescentes alumbran el bosque como estrellas vivas.

Syd fue creado en Telos hace muchísimos siglos. Es un anti-héroe con el carisma de un ídolo de historietas, un ser que se desplaza entre el tiempo lineal y el espacio terráqueo para cumplir misiones sublimes con un derroche ilimitado de energía.

A veces, pasa sus días jugando en los espacios que encuentra. Otras, se enfrenta al riesgo de perder la vida a manos de los perros de las corporaciones elitistas. No sabemos si, en el futuro, Syd se enfrasque en una aventura amorosa con alguna terrícola— pues en este planeta, la atracción entre seres es inevitable. Quizá encuentre a alguien que navegue entre lo mágico y lo psicodélico, como a él tanto le atrae.

Tal vez enfrente huidas peligrosas con retornos victoriosos, duelos, retos anti-existenciales, o misiones aún más oscuras.

Es probable que, algún día, surja un grupo de anti-héroes en la Tierra— cuando los humanos descubran los poderes divinos que llevan dentro. Pero… ¿cuándo? Uhm… eso nadie lo sabe. Depende de tantas variables que sería necio cotorrear.

🌍 La misión de Syd:

Las circunstancias en la superficie se han vuelto críticas:

—desbarajustes ambientales causados por máquinas como el HAARP,

—virus peligrosos creados en laboratorios,

—exceso de edificaciones y maquinaria innecesaria,

—contaminación electromagnética diseñada para desestabilizar las mentes humanas.

Ante esta crisis, los Ancianos de Telos deciden enviar a Syd en una misión específica. Él ha sido entrenado en habilidades multidimensionales para hacer frente a este atolladero planetario, y los Amigos de la Luz finalmente pondrán manos a la obra.

La situación no solo afecta la superficie, sino también la Tierra Hueca y la Galaxia, especialmente por el exceso de uranio libre en la atmósfera, y la proliferación forzada de antenas 5 en todos los continentes— armas disfrazadas de progreso, diseñadas para controlar mentes y neutralizar la conciencia colectiva. Las maquinarias corporativas de guerra, los *chemtrails*, mientras se erigen edificios externos que conectan con redes subterráneas malignas.

Syd recibe un mensaje desde la base central de Telos: “Dirígete a la tribu de las Mariposas Mágicas.” Detiene de inmediato sus piruetas, se aferra a una liana enorme junto al atrapasueños, se despide con una sonrisa, y se lanza en espiral entre los árboles, que lo miran emocionados hasta verlo desaparecer en la bruma verde.

Al llegar a la tierra de las Mariposas Mágicas— alta en la Sierra—, es recibido con gozo. Las mariposas danzan a su alrededor, guiándolo hasta su reina. La Reina de las Mariposas Mágicas le da un beso en la frente y le entrega su equipamiento sagrado:

Una máscara mágica

Un par de botas altas mágicas

Semillas mágicas

Bolsitas con arbolitos de Caracolí mágicos.

Hay un espíritu ancestral que vivió entre Atlántida y Lemuria hace millones de años: Sa-Ra, hija de Ieshua y María Magdalena. Este espíritu ha habitado por siglos en la Nación de las Mariposas, dedicando su existencia a ser portadora del polen de vida, polinizando las flores del planeta Tierra.

Al recibir el llamado y ver a Syd, siente en su corazón un latido diferente: el deseo poderoso de habitar dentro de él. Atraída por la fuerza gravitacional del visitante, Sa-Ra se traslada como luz violeta y entra a morar en el pecho de Syd.

El skater siente una vibración nueva, cálida y acogedora, que lo estremece un instante. Coloca la mano sobre su pecho y sonríe. Un calorcito amable permanece ahora junto a él, acompañándolo y protegiéndolo a toda hora— especialmente en las calles urbanas, cargadas a veces de vibraciones peligrosas.

Sa-Ra es un espíritu sapiente, inquieto, curioso y lleno de alegría, que desde hoy promoverá, a través de Syd, el lenguaje invisible del amor: símbolo de la unidad universal entre los humanos y todos los seres vivientes de los reinos planetarios y galácticos.

🦋 La misión comienza:

Syd es instruido por la Reina de las Mariposas Mágicas, y se le asigna una acompañante: una mariposa que lo escoltará como apoyo aéreo en sus misiones. Así, con sus nuevas incorporaciones, el skater se dirige inmediatamente a Samaria.

Al llegar, todo está oscuro y la temperatura ha bajado. Desde las alturas, divisa una construcción gigantesca en el barrio Los Cocos. Syd localiza su objetivo número uno, se acerca veloz en su patineta, y desde el aire dispara proyectiles de árbol de Caracolí mágico:

—uno,

—otro,

—y un último, por si acaso.

Es de madrugada. El celador duerme. Nadie percibe nada. Las bombas de semillas caen en los predios de la obra. Nada se mueve. Pero la noche es larga, y Syd continúa su jornada de liberación por toda Samaria, dejando pequeños bultos de semillas mágicas en los patios de cada construcción amenazante.

🌳 El milagro verde:

Al otro día, al amanecer, obreros e ingenieros llegan a sus puestos de trabajo— y quedan atónitos, casi aterrados. De entre el concreto han brotado Caracolíes gigantescos. Enredaderas ascienden hasta las nubes. La naturaleza ha reclamado el territorio. Nada puede hacerse. Es una crisis económica para los empresarios, pero una victoria para la Tierra. Las plantas han destruido las obras por completo, y solo queda una selva joven que se adueña del lugar. Insectos llegan, aves anidan en las ramas, hongos nacen al pie de cada tronco.

Al mediodía, una lluvia torrencial —de esas que solo caen pocas veces al año en Santa Marta— inunda las calles con ríos que corren al mar. Cuando el día se refresca y las raíces beben hasta saciarse, cesa la lluvia y sale el sol. Los árboles sonríen en complicidad, y una música vaporosa, tranquilizadora, se extiende por toda Samaria.

🩹 El nacimiento del movimiento skater rebelde:

En el parque de skaters Los Trupillos, sobre la avenida del Libertador, un grupo de patinadores hace piruetas. De pronto, entra en una rampa un chico extraño: no se distingue si es hombre o mujer.

Ejecuta acrobacias asombrosas. Los demás se acercan, fascinados. Un muchachito con trenzas enciende su celular, y unas notas de rap urbano acompañan la danza:

“¿Qué estamos haciendo?

Observemos nuestras acciones,

escuchemos nuestros pensamientos...

¿Cuántos átomos de Amor

estamos soltando con ellos?

Ecos de odio

suelta nuestro corazón

cuando criticamos a otros

y nos hacemos los santos...

¿Qué estamos haciendo?…”

Desde una rampa adyacente, todos notan que el nuevo patinador lleva una máscara y un uniforme extraño, como piel de cactus pegada al torso. Él se detiene un instante y explica:

—Vengo de la Tierra Hueca. Mi misión es sembrar semillas mágicas y Caracolíes en lugares con construcciones feas y antenas 5G, para que los árboles las conviertan en selva.

La reacción es unánime:

—¡Guau! ¡Qué verraquera, man! ¿Y qué más sabes hacer?

En respuesta, Syd ejecuta una pirueta de 360 grados en la cima de la rampa y sale volando por los aires, seguido por su mariposa, Lucecita Violeta. Los chicos se quedan con la boca abierta, mirando el cielo donde él desapareció.

Nadie habla. Todos vuelven a patinar con más entusiasmo. La música del celular ahora suena como si un parlante gigante la amplificara. La hora gris llega, el calor se retira, y una brisa benévola cubre los pensamientos de los skaters.

Nace ese día, en Samaria del Magdalena, un nuevo pensamiento skater rebelde, que se esparce suavemente como electrones de calor entre desiertos de cemento:

“¿Qué estamos haciendo…

en estas ciudades,

por ayudar al Planeta,

por cuidar al Campo?

Consumes sin clemencia

plásticos y conservantes…

es mucho más fácil hacer lo + fácil.

El Planeta nos llama,

los Animales nos observan,

los Árboles escuchan

los ruidos que hacemos,

las canciones que no rapiamos…

Afuera, en el Cosmos,

nos miran los Otros

hacer actos heroicos…

y también las vergüenzas.

¿Qué estamos haciendo…

en estos lugares?

Muchos de visita,

otros de paseo,

y unos pocos

pretendiendo elevar

los niveles de consciencia…

¿Qué estamos haciendo…?”

⚓ El salto en el tiempo:

Syd se había marchado, dejando semillas violetas en los corazones de los skaters samarios, que ahora intentan descifrar cómo, tras un 360, salir volando por los aires.

Pero su mono-patín lo lanzó a través de la línea del tiempo, hasta el desierto persa, siglo I d.C. Tenía una cita con Ieshua y la caravana nómada, en las cercanías del puerto de Ur, a orillas del mar Pérsico.

Como sus amigos estaban retrasados y él disfrutaba su hora de descanso tras la misión en Samaria, bajó al puerto y entró en una cantina de marineros. Al cruzar la puerta, notó que un tipo con parche en el ojo lo seguía, mirándolo con desconfianza con su único ojo azul marino. Es un pirata. De milagro está recién bañado, lleva una barba de una semana, sobre el rostro una cicatriz larga contaba batallas, llevaba argollas de oro en las orejas y una trenza negruzca cayéndole por la espalda. Su casaca estaba pulcra, y colgaba de su pecho una medalla que parecía de la Real Armada Española.

Detrás de él, lo viene siguiendo un gigante negro de dos metros, todo músculo y tatuajes indescifrables, con argollas en orejas y nariz, avanza en silencio, solo gruñendo. Y tras el gigante, otros piratas: uno bajito, gordito, pelirrojo, con pecas. Todos miraron a Syd. Él los saludó. Nadie respondió. Algunos se burlaron, escudriñándolo de arriba abajo.

Los marineros se sentaron en la mesa central del salón. Syd, al no encontrar lo que buscaba, salió del hospedaje y saltó con su patineta a la calle.

XIV

Los HÉROES del TIEMPO

(entre varias épocas y espacios)

Jason, capitán de los Argonautas, se mira una vez más en un espejo chino antiguo, intentando ajustarse el Vellocino de Oro: la piel mágica que “recuperaron” movidos por una ansiedad posesiva que no comprenden.

Antes de robarla, habían dopado al Dragón Azul que la custodiaba junto al Árbol de la Vida. Luego, escaparon sin ser vistos, deslizándose por las líneas bizarras del Tiempo terráqueo— esos planos dimensionales donde se esconden los héroes negativos de la Tierra.

Ahora están en su terrúño bizarro: un lugar sin tiempo, donde el espacio se dobla al pensamiento de quien lo posee. Por insinuación de su amada, la princesa Medea, Jason convoca a su banda.

Son los Argonautas-Bizarros: anti-héroes de la 3D que anhelan ser coronados por el poeta de Ur, para así catapultarse a Tierra Santa. Y estos personajes malandrines, que viven en las sombras del futuro, son:

El poeta maldito de Ur y su maestro, el filósofo babilónico;

El piloto sangriento samario (versión siglo XXI del poeta);

La princesita wayuu, su novia, con el alma destrozada;

El chico griego iletrado (versión siglo I);

Rebekka, su novia, con ojos vacíos de abismo;

Rutt la ruda, mejor amiga de Rebeca, sin piedad;

Da-vi el zombi asesino, novio de Rutt;

Tu-Kfjørg, jinete del Dragón Rojo, y su novia Tu-Xäälä;

Yasiffo el proscrito y su mujer Dalia-la, hija de prostitutas;

Uruk-i y Uruk-a, ánimas del purgatorio;

Syd-Amargo y su hada, la Mariposa Negra, histéricos e inhóspitos;

Las tres sirenas carnívoras del mar de Lemuria;

La Trimurta hindú y su amante Si-va, devoradores de carne humana.

Veintidós anti-héroes negativos, al mando de Jason y Medea, navegan en una nave espacial con forma de buque pirata por la Vía Láctea.

En la cabina del capitán, en el castillo de proa, descansa un baúl de madera sellado con un candado de oro. La llave, también de oro, brilla colgada del pecho de Jason.

Dentro del baúl: el Vellocino de Oro, piel de un carnero mágico que puede ser “benefactor” para su portador— pero en mundos bizarras y duales, porta una doble maldición: otorga espiritualidad y pureza… pero también germina codicia y trivialidad en quien lo posee.

Esto tiene a los Argonautas al borde de la locura. En su dimensión, todos son ya codiciosos y triviales, así que no hay nadie contra quien ejercer el deseo— solo un vacío infinito de posesión sin objeto.

Ni siquiera las Plantas Sagradas— Yagé, hongos mágicos, cannabis— han logrado romper el conjuro.

La nave, sometida a esta maldición, es voluble a las energías negativas: Dracos, Annunakis y otras entidades ancestrales ansían apoderarse de la piel sagrada.

- El viaje del Yagé y la desesperación:

Los veintidós odian la existencia de sus otros Yos en la 3D y la 5D— esos que aman, sanan, siembran, escriben sin codicia. Tratan a toda costa de escapar del huevo encostrado que les sella en la dimensión bizarra.

Fuman hierba sin cesar. Realizan rituales de Xylocibina. El filósofo babilónico, su alquimista, extrae DMT y Xylocibina de plantas recogidas en mil mundos, que consumen con desesperación.

En un viaje con raíz de Ayahuasca/Yagé, Tu-Kfjørg y Tu-Xäälä ofician como chamanes. Tras horas de vómitos y purgas, los veintidós renegados siguen atrapados: el desierto cuántico de la Vía Láctea los mantiene en pesadilla.

Tigres Sagrados del Sol, manchados de llamas que queman al contacto con la visión, se cruzan ante sus ojos— aunque tengan los párpados cerrados. El dolor les arranca gritos salvajes, provenientes de las entrañas de sus mentes putrefactas.

Los tigres solo quieren que vomiten más, para limpiar las rendijas más ocultas de su cerebro corrompido. Pero nada funciona. Tras mil y una noches de viajes del Yagé, la trivialidad kármica persiste: robaron la Piel Mágica del Árbol de la Vida, y aunque no asesinaron al dragón guardián, sus almas están condenadas.

🎶 La esperanza: un acordeón vallenato:

Entonces, deciden enviar a Tu-Kfjørg, Tu-Xäälä y su Dragón Rojo en una misión desesperada: viajar a los reinos 3D del desierto vallenato y pedirle al Rey Vallenato que les venda el acordeón Hohner— el primero que llegó a Tierra Costeña desde Alemania.

Sabían que era mágico. Y que al tocarlo, contenía el antídoto para transformar las propiedades de su tesoro maldito. (Este cuento se lo metió en la cabeza a Jason, alguien más loco que ellos en Sudamérica). Su nuevo objetivo, a toda costa: el acordeón mágico vallenato, escondido en el callejón del Purru-tutu, en una casona antigua, con un árbol costeño frondoso al frente.

Al retorno de los mensajeros que se habían entrevistado con el Rey Vallenato, Jason y los Argonautas planearon con lujo de detalles un “Plan B”: robo y destrucción total en tierra d’Upar.

El Rey Vallenato se había negado a canjear su Acordeón Hohner— gran tesoro mágico del Valle d’Upar— por una piel que, para él, no servía de nada. Y menos vender su tesoro.

Para protegerse, el Rey contrató una red de parias marginales, bandidos al borde de la ley colombiana, que hacían “trabajitos” para políticos corruptos. Su misión: custodiar el último tesoro de Indias del Caribe pirata.

Pero en una noche serena, tras la coronación del Rey en 2019 d.C., mientras toda alma borracha dormía, Jason, Medea y los 22 Argonautas descendieron en su buque pirata espacial, el Argos, con la misión de destruir el negocio vallenato en toda la costa caribeña.

La guerra estalló:

—a capa y espada,

—a lanzallamas y granadas,

—a cañonazos espaciales y antimisiles paraco-terráqueos.

Nadie cedió un centímetro. Los noticieros colombianos ocultaron la noticia, llamándola “tifón caribeño”. Pero la batalla arrasó desde el Valle d’Upar hasta La Guajira, alcanzando Palomino, Taganga, Minca y el barrio samario de Pescadito.

No hubo vencedor. Fuerzas oscuras —Dracos y Arcanos— protegían a ambos bandos.

🌐 La interferencia dimensional:

Los 22 argonautas bizarros involucrados en esta guerra espacial colombiana habían infiltrado o interferido las auras de sus Yos semejantes en otras dimensiones o mundos paralelos. Las vibraciones negativas viajaron a través del espiral del tiempo, hasta llegar a oídos de Ieshua— quien, en su cuerpo de Sananda caminaba con uno de sus pupilos lemurianos sobre la Ruta de la Seda con su caravana. Al percibir el caos, Sananda comprendió que podría estar todo ligado a mundos paralelos colapsando, y que algo muy errado y maquiavélico estaba sucediendo.

Tengamos en cuenta que por error los bizarros al atacar tierra santa del siglo XXI, no pensaron que la acción afectaría las ondas electromagnéticas del planeta y que además, éstas se podrían filtrar fácilmente entre el espiral del tiempo terráqueo al estar conectadas y sincronizadas entre ellas.

Fuera de Ieshua, algunos de los viajeros electro-sensibles y empáticos del siglo I entre la caravana también sintieron las mismas señales negativas procedentes del caribe colombiano siglo XXI, haciendo corto circuito en sus corazones. Entre ellos estaba el chico griego que tenía uno de sus Yos allá metido en Macondo. Los otros compañeros de caravana de Sananda las sentían de forma perpendicular afectando sus ADNs por la frecuencia negativa que resbalaba inmediatamente, afectando incluso la 5D.

Todo parecía un desastre universal de tamaño descomunal que ascendía simultáneamente a toda la Vía Láctea.

🛸 La respuesta galáctica:

Adama, rey de Telos, al sentir las ondas provenientes de la superficie y que estaban afectando a dos de sus nuevos pupilos: el piloto y su novia Wayuu, envió un mensaje telepático a Ieshua.

Sananda se reunió con su comandante en jefe de flota de la Federación Galáctica de Luz, el señor Ashtar que viajaba con su cuerpo humano en la caravana. Ashtar le avisó a su nave, la *Nueva-Jerusalén* que inmediatamente desplaza una pequeña nave para recoger a los dos maestros en Damasco. Dentro de la nave ya se encontraba el rey Adama. Fueron transportados al Caribe. Por insinuación de Ieshua aterrizaron en Punta Gallinas, Guajira.

A la izquierda de donde se materializaron, varios almacenes para turistas ventilaban sus productos— entre ellos un alquiler de motocicletas. Al cruzar la calle, una camioneta gigante se detuvo frente de ellos. Un guajiro ricachón preguntó:

—¡Vey, animalito! ¿Son gringos? ¿Pa'onde vais, hippies?

Ieshua, sonriendo ante la arrogancia del hombre, respondió:

—Donde las Hadas cabalgan sobre los hombros de las Olas mi buen hombre, dejando en mudez bruta al hombre. Y continuaron en silencio.

🛵 La alianza terrestre:

Tomaron en alquiler tres motocicletas Himalayan 500cc que les cedió un paisa loco que hablaba hasta por los codos, vendedor de motos Royal Entfield usadas, quien les exigió devolverlas y contar su aventura— en cómo habían resuelto el conflicto que tenía a todo el cielo del caribe Costeñol en completa oscuridad desde hace días.

Fuera del local, un volante de "Se Busca, Vivo o Muerto" mostraba a Syd parado con su patineta en mano, contra un muro de grafitis. En la calle, protestaba una comunidad alternativa de intercambiadores de semillas que con luces de bengala marcha exigiendo a la multinacional *Del Campo* que cese sus manipulaciones agroquímicas.

Maquiaventa, que está en ese momento entre los curiosos mirones de la procesión de rebeldes con causa, levantó el pulgar a una banda de apoyo que toca un blues de fondo en la entrada de un callejón sin salida, los músicos están parados cada uno sobre un tanque de 55 galones de insecticidas vacío. Un músico le devolvió el saludo con un movimiento de la cabeza.

Los viajeros dejaron el tumulto y continúan la aventura de ascenso a la Sierra Nevada. Al voltear los tres motociclistas en la ultima cuadra del pequeño pueblo, se ve un bulto de basura chatarra abandonada desde hace días en un esquinero. Un tipo duerme sobre el anden. Los amigos dejan atrás al caliente y seco desierto guajiro. Les espera un trabajo de conciliación cósmica.

🏔️ La cumbre de los dioses:

Al cabo de largas horas y sin parar en ningún lugar, ya en toda la cúspide del cerro Bolívar, se divisa el campamento y la nave de los 22 Argonautas y sus cabecillas. La voz de alarma la dio el bizarro Uruk-i.

Todos se levantaron al oír el rugido de las motos. Por entre un pico de montaña árida, varias nubes pasan arduas buscando los valles del caribe, de entre ellas emerge una nave redondeada llena de luces de tamaño regular que hace de escolta trayendo al patrón de los vallenatos hasta la cumbre.

Los grupos recién llegados se fueron organizando poco a poco con la guía de los indígenas Kogis de la Sierra. Ya sentados informalmente sobre la tierra fría alrededor de un montículo de leña seca, comenzaron algunos preliminares.

Parecía que las cosas se movían lentamente. Así fue que después de muchos días de dialogo caótico y “mambeo”, Jason y el Rey Vallenato acordaron en sentarse a fumar la *pipa de la paz*. Prendieron fuego a los maderos, la candela llegaba hasta las estrellas. Los Mamos Kogis hacían de testigos para tan inusual encuentro. Su tribu ofreció hospedaje.

Se realizaron los pagamentos necesarios y el fuego puso en trance, durante 40 días y 40 noches, a los participantes que ayunaron, fumaron el humo de paz, y mambeo y mucho mambeo, llevándolos a navegar en astral los cielos de la Vía Láctea entre un delirio luminoso de pura conciencia vegetal.

Al cabo de los cuarenta días y cuarenta noches de viaje. Se encendió la *Pipa Cannabis*, la hierba sagrada de la Madre Gaia, que además hacia de testigo del acuerdo por intermedio de sus hijas las Plantas de Poder. Al terminar de fumarse la ultima pipa de la paz por una hora consecutiva, le pasaron a cada uno de los asistentes un platillo con hongos mágicos y jugo de naranja para ver si daban comienzo a los tan esperados diálogos.

Pero no fue así, pasó otro día de jornada espiritual, antes de que comenzaran las conversaciones de paz.

☥ El pacto sagrado:

La jornada de purificación fue intensa. Los picos nevados con una alegría cómplice solo observaban en silencio los movimientos humanos. Las nubes entre las cañadas vecinas permanecían estáticas como esperando resultados. Sobre una roca, el Mamo Gil dirigía la ceremonia, gran anfitrión de las tribus indígenas de América.

A su izquierda: Jason y su reina, y el Rey Vallenato.

A su derecha: sentados Sananda, Ashtar y Adama.

Los siete magníficos comenzaron a danzar alrededor de la fogata durante horas, la noche nunca dejó de existir, el cielo parecía eterno. Mientras planetas, estrellas y animales hacían de testigos, observando en silencio la reunión sagrada de dioses, dioses caídos y dioses muertos.

Finalmente, Ieshua tomó la palabra:

—Como vocero del Rey Universal, creador de esta galaxia y todas sus criaturas, pido con Amor y Benevolencia que se amen los unos a los otros, y que resuelvan este conflicto de una vez por todas.

Que no se vuelva a dar otra trifulca de semejante magnitud en el futuro por ningún motivo. Si alguno de los aquí negociadores por la paz, vuelve a la guerra, su alma será extinguida sin apelación. Ahora, que hablen los interesados.

—Yo soy el Rey Vallenato del Valle d'Upar —comenzó el colombiano—. Nos han destruido nuestras parcelas vallenatas desde la Guajira, pasando por el valle hasta Samaria. Pedimos renovar nuestras tierras y propiedades. Exigimos no volver a ser atacados por esos señores del mundo de los bizarros y que se les prohíba volver a nuestro planeta, si vienen con malas intenciones. Y que nuestro emblema popular que es como un tesoro nacional —el acordeón Hohner de oro— jamás se negocie. Hemos traído bollos de maíz para compartir…

He dicho.

—Yo, jefe supremo de los Argonautas bizarros de los planos interdimensionales negativos, pido que se nos levante la maldición en los mundos intermedios, que los dioses del Sol Central de la Galaxia nos rediman, para que se nos renueven los atributos positivos y nos admitan en el consejo de la Federación Galáctica de la Luz. Pedimos que, a nuestro tesoro nacional, el Vellocino de Oro, se le quite la doble propiedad negativa y conserve solo la pureza espiritual. Que seamos perdonados por todas nuestras travesuras entre los siglos de los siglos y en todas las dimensiones por la eternidad. Hemos traído girasoles de mar para compartir…

He dicho.

—Yo, Sananda alma gemela de Ieshua/Micael, por el poder del Padre Creador en el Paraíso, concedo inmediatamente lo que sus corazones han pedido. Que la paz perdure en todo nuestro universo.

—Yo, Mamo Gil, doy testimonio— dijo el anciano— de lo firmado en los cielos. Las Estrellas son testigos, debajo de nosotros el Desierto es testigo, la Sierra es testiga, Gaia es testiga, el Mar y las Aguas que observan ahora son testigos. Los Planetas son testigos,

los Animales y las Mariposas que nos escuchan son testigos. Los Árboles son testigos, la Nieve y los Ríos con las Nubes y el Sol que ahora asoma de entre las oscuridades... todos son testigos. Todas las Aves del cielo y las Flores cantaran al unísono:

¡Paz en el Caribe Colombiano!

📡 El eco en el mundo:

Los noticieros de la élite no dijeron nada sobre la reunión. Sus telenovelas seguían alimentando masas, los telediarios llenos de noticias negativas seguían hipnotizando los millones de hogares colombianos. Pero nadie se percató del colectivo fantasma de nombre UU— compuesto por hackers, activistas, blogueros y periodistas de Wikileaks, amigos del piloto— se coló entre la ventisca del Caribe, y grabó todo, tomando además notas de testigos cercanos sobre la reunión, y sobre los acontecimientos extraterrestres que se sucedían en las montañas nevadas.

UU preparó un documental con música de fondo de los Uversianos inspirados por BlixaBargeld. Vendieron el material a medios en India, Brasil, Rusia, Sudáfrica y China a cambio de millones de DogeCoins. Cuando estos medios informativos se adueñaron del material, lo expusieron en sus diferentes canales de comunicación, las Nuevas nuevas. El mundo supo la verdad.

🏁 Epílogo cósmico:

Las motocicletas fueron devueltas por tres lemurianos al alquiler en La Guajira. Al dueño, el paisa locuaz, le modificaron la tarjeta madre de su computador con códigos conectados a satélites cósmicos y redes globales, para que supiera todo lo que sucedía en el universo. El paisa loco quedó feliz.

Bueno amigos, así fue como se resolvió el conflicto cósmico mas importante del planeta.

XV

VISITANTES de la 6D (Juicio)

2019

“¿Qué puedo hacer si acabo de darme cuenta de que somos dioses recién ascendidos, y nuestra divinidad está comprometida con las salvajes realidades de otros: gentes que viven negando o anhelando dioses invisibles a los que jamás podrán ver, tocar ni acariciar…?”

Un tumulto de gentes grita, brama, llora e implora a los cielos, a los dioses de las religiones de las élites humanas, con oraciones traumáticas e improvisadas, temerosas, desgarradas, sin respuesta. Paulatinamente, el único cielo sobre ellos se oscurece. La luna se pinta de rojo. La Tierra se sacude de un lado a otro, sin piedad.

Pero nadie los escucha.

Sí, señores… en medio de esa algarabía y confusión, se hallan el piloto y la Wayuu, enviados desde Telos en misión especial. Sus nombres, de ahora en adelante, serán:

Uru y Rebekka.

Inmediatamente, la pareja se miró a los ojos y supieron qué hacer. No había piedad ahora. Era la última epístola del Apocalipsis, dirigida a quienes nunca escucharon los ecos de los sabios. La Trompeta aún resonaba cuando Rebekka lanzó un aullido mayúsculo, convocando a todos los presentes:

—¡Venid, olvidados por los dioses! ¿Qué habéis hecho todos estos tiempos en vuestras casas y oficinas? ¿Qué hacíais en secreto? ¿Qué oraciones murmurabais mientras vivíais pegados a vuestros celulares?

¿Qué canciones escuchabais mientras violabais a la esposa del vecino? ¿Qué comíais mientras arrojabais a vuestros recién nacidos a una cloaca? ¿Dónde estaban vuestros corazones cuando los perros de la calle, en acto de compasión, se metían en el desagüe fétido para sacar a una bebé que gritaba su abandono al mundo? ¿Cuántos adolescentes olvidaron que un “buen rato” infla otros vientres?

¿Qué pasa, humanos? ¿Cuántos años trabajasteis como esclavos a sueldo… para qué? ¿Cuánto dinero acumulasteis… para qué? Nunca buscasteis almas. Solo perseguisteis órganos sexuales y perdición. Y ahora os reunís, santurrones, a pedir piedad a los… ¿cielos? ¿A cuáles cielos? ¡Allá arriba no hay nadie que os escuche!

—¡Por qué no llamáis por WhatsApp a vuestros dioses burlones! —gritaba ella—. ¡A vuestros dioses sucios del dinero fácil! ¡A vuestros dioses agresivos, para que os salven de esta tribulación apocalíptica**!

Todos los oyentes permanecían mudos, lamentándose en silencio. Rebekka continuaba, su voz como trueno, audible para más de 400 mil almas a la redonda. Sobre ella, en el aire, flotaba Uru. Y ahora también él comenzó a gritar:

—¡Hoy os dais cuenta de lo que verdaderamente sois! Seres sin alma. Escoria de la Tierra. La mierda de todas las culturas. Claro, antes creíais ser los dueños:

—de las calles del planeta,

—del universo,

—del medio ambiente,

—de las voces que reglamentaban las normas

—de los centros comerciales,

—de los cuerpos ajenos.

—de las mentiras de televisión y la media

Fuisteis:

—pedo-filos ocultos,

—políticos corruptos,

—señores de las multinacionales,

—asesinos de animales y árboles,

—productores de alimentos envenenados con químicos dañinos,

—consumidores de drogas farmacéuticas alteradas,

—devoradores de carne de inocentes sacrificados en mataderos sin piedad.

Y ahora, ¿qué haceis? Nada. Solo llorais como bebes, esperando que alguien os salve. Pero nadie os escuchará.

Después de la prólogoducción a regañadientes de Uru y Rebekka, una nave espacial gigantesca —azul oscuro metalizado, salpicada de lucecitas intermitentes— comenzó a descender del cielo en tinieblas. Afuera, rayos y centellas brincaban y tronaban sobre la Tierra cada segundo. Granizo caía del cielo. La Tierra no cesaba su temblor rítmico; su interior crujía con los lamentos de mil volcanes.

La nave se posó cerca de la multitud aterrorizada. De su vientre emergió una escalera gigantesca, plateada, que se desplegó como una lengua de metal hacia el grupo de humanos “innecesarios”.

Uru y Rebekka alzaron sus voces como truenos:

—¡Subid! ¡Todos, sin excepción! ¡Entren a la nave inmediatamente!

Los humanos corrieron, regañados y temblorosos. Nadie escapó. Uru y Rebekka se aseguraban de que cada ser cruzara el umbral. Tras una hora, todos estaba dentro. Uru y Rebekka subieron los últimos.

Al entrar fueron recibidos por un comandante de la Confederación Galáctica de Luz. Se presentó con una venia, les entregó un objeto pequeño y luminoso, y les susurro instrucciones. Los chicos, entonces, se volvieron hacia la masa de humanos “inferiores” y comenzaron a impartir las primeras órdenes:

—Ahora serán agrupados de a cincuenta, de diferentes sexos y edades. Procederemos a acondicionar el traslado… Los humanos “inferiores” no sabían nada. No entendían. Solo acumulaban pánico y terror, y una culpa reciente, aguda, que les nacía en las vísceras a cada instante. Seguían llorando, rogando piedad, cubriéndose las desnudeces con manos temblorosas. De pronto, una luz portentosa inundó la nave. Alcanzó a todos los grupos de humanos egoístas e inconscientes, y les borró toda la información acumulada durante sus vidas innecesarias.

Memorias, deseos, miedos, nombres, adicciones, odios, amores falsos… se esfumaron todos. Quedaron con los ojos desorbitados, moviéndose como zombis, vacíos, limpios, listos. Esta gente fue trasladada inmediatamente— muy, pero muy lejos, más allá de la Vía Láctea— a un planeta nuevo de tercera dimensión primitiva. Allí, desnudos, sin recuerdos, reducidos a la inocencia del instinto, deberían comenzar sus vidas de nuevo.

Al llegar a las inmediaciones del planeta 666, ubicado en una galaxia remota, Uru, Rebekka y diez seres galácticos descendieron con los grupos humanos. Los distribuyeron en zonas distintas del planeta, buscando hábitats propicios para su renacimiento. A lo lejos, otras naves espaciales descargaban más humanos en rincones alejados del mismo mundo, donde la tierra era fértil, el agua abundante y el cielo aún no conocía la mentira.

Al final de la jornada, las naves partieron, dejándolos a su propio albedrío en nuevas realidades.

¿Qué animales salvajes habitarían ese mundo?

¿Trabajarían juntos para sobrevivir?

¿Cómo reaccionarían sin recuerdos, sin conocimiento, sin recursos?

Todo estaba listo en modo básico y primitivo: nuevo comienzo. nueva oportunidad.

¿Aprovecharían algunos esta circunstancia para mejorar la evolución natural?

¿Cuántos millones de siglos necesitarían para descubrir el fuego?,

¿para entender que no deben maltratar a los más débiles?,

¿para dejar de comer animales?,

¿para no matar?,

¿para no dejarse esclavizar por sus egos y ansias de poder?

¿Para no adorar dioses falsos —copias de extraterrestres, quizás negativos— que algún día pasarían por su cielo?,

¿para superar las religiones que ellos mismos inventarían?,

¿para vencer los vicios, las manipulaciones, las tradiciones estáticas?

¿para dejar de temblar de miedo y terror?

¿para no convertirse en masas inconscientes, aterrorizadas ante el cambio?

Para… para tanta cosa que ahora deberán aprender.

Solos. Sin guías. Sin Google, sin Wi-Fi, sin 5Gm sin ChatGPT. Sin supermercados, sin centros comerciales, sin nada. Solo un libre albedrío primitivo, casi ciego. Sin conexión con ningún ser benévolo que velara por ellos.

Tendrían que demostrar —con cada acto, con cada elección— que se merecen ser escuchados de nuevo. Aun sin alma. Aun perdidos entre una pesadilla sin fin.

Pero, de seguro, muchos nuevos “dioses” benévolos —como Uru y Rebekka— irían a visitarlos en el futuro, para guiarlos cuando fuera indispensable, con todo el Amor Cósmico que acarrean en su pecho. No para enseñarles algo, sino para sembrar la posibilidad de una comunidad de dioses en el planeta 666, que sirviera de ejemplo para que, millones de años después, la progenie de sangre violeta descendiera a elevar su conciencia… o, al menos, a recordarles que la poseían.

Pero eso no sucedería sino dentro de millones y millones de años, en futuros aún no escritos. Por ahora… mejor dejarlos solos, a ver si descubren cómo hacer fuego…

(Alguien en la nave sonrió con picardía, recordando su propio pasado…)

La evacuación se había realizado para dar cabida a una Gaia limpia, liberada, lista para transformarse en un Ser de 6D, junto con aquellos humanos que, en vida o en descubrimiento, se ajustaron a la nueva estirpe de seres, viviendo una eternidad cambiante entre dimensiones.

XVI

Acortando CAMINO hasta UR

Siglo I

Tras varias semanas en Damasco, abasteciéndose en bazares y mercados bajo la guía del chico griego, la caravana de Ieshua y sus amigos partió hacia Caldea. Se esperaba un viaje de varios meses. Una vez en Ur, planeaban buscar embarque en el puerto, cuando el tiempo y las circunstancias lo permitieran.

El chico griego estaba emocionado.

Volvería a su tierra natal —la que había sido su hogar hace más de 2500 años—. Pensaba que probablemente se iría a encontrar con un puerto igual o más caótico que en sus memorias, y que grandes porciones de tierra habrían sido talladas, borradas o reescritas por cada marejada del mar.

Pero iba con el corazón abierto: no a reclamar un pasado, sino a escuchar lo que Ur aún tenía que contar.

El grupo de vikingos, que amablemente se había ofrecido a escoltarlos hasta las cercanías de Ur, argumentaba que corrían rumores: la pandilla fantasma de Alí Babá y los cuarenta ladrones acechaba en esos senderos del desierto. Pero la caravana viajaba a otro ritmo, a otra velocidad. Tras unas pocas horas, los guerreros noruegos se despidieron y prosiguieron a paso veloz.

A las cuatro de la tarde, toda la caravana estaba exhausta. No habían hallado sombra ni agua, aunque habían decidido, antes de partir, acortar el camino: ir directo a Ur, sin pasar por Babilonia. Pero era casi imposible. La idea de Ieshua— atravesar el desierto en línea recta, sin subir por la Media Luna Fértil ni detenerse en Tadmor— tenía a los gitanos murmurando en modo paranoico sobre Alí Babá.

Se había oído a Ieshua decirles, con calma:

—Tengan fe, hermanos…

Y cuando al fin divisaron la primera palmera del desierto— mucho antes de llegar a Hīt— acamparon y dieron descanso a sus animales. Entonces, Sananda convocó una reunión de emergencia: con Yasiff, Ashtar y el chico griego— por su experiencia en las rutas de las caravanas.

-—Nunca antes nadie ha hecho un corte así —dijo el chico griego, pensativo—. Solo subíamos por la Media Luna Fértil y volvíamos al sur… Este desvío nos ahorraría bastantes jornadas, pero las probabilidades de hallar agua son muy remotas. Recuerden a Toti, el elefante que viaja con nosotros…

—Pues… —intervino Yasiff, sin poder contener una carcajada—, con tanto circo a bordo, ¿por qué no llamamos a un plato de esos que vuelan para que nos den un aventón a todos?

¡Jejeje…!

Pero al mirar a Ieshua, su sonrisa se apagó de inmediato. Supo, en ese instante, que su broma no era sabia.

Hubo un silencio largo… Luego, el maestro les respondió:

—Pues te cuento, Yasiff… no es que esté serio por tu comentario —dijo Ieshua, con una sonrisa—. En el futuro, pasarán muchas carretas por estos lados… pero… olvídenlo… solo pensaba en voz alta. De hecho, tu idea no es tan alocada, amiguito. Además —y a sabiendas de la noticia que recibimos ayer—, ya nos espera en Caldea el buque de la familia de Simba, que nos llevará a la India. Y teniendo en cuenta lo atrasados que vamos — varios meses respecto al itinerario inicial… ¿un año entero, tal vez? —jejeje— la culpa es mía… pero me disculpo, hermanos míos.

Así que… ¿por qué no llamar a una nave auxiliar cercana para que nos traslade? ¿Qué opinas, Ashtar?

—No hay nadie a la redonda que nos observe embarcar —respondió Ashtar, un poco contento ante la idea de volar, sin tener que soportar las peculiaridades de un desierto totalmente desconocido.

—¡Bueno, está decidido, Ashtar, hermano! —dijo Ieshua, riendo de emoción—. ¡Llama a tus chicos para que nos den un aventón! Ya me imagino la escena: camellos, caballos, el mono, el loro, la tribu entera… ¡todo subiendo al cielo!

—¡Súper, genial! —exclamó el chico griego, y envió a Yasiff a avisar a toda la gente.

Tres naves de tamaño mediano aparecieron en medio del desierto. La arena ni siquiera se movió. Eran tan silenciosas y sutiles que tal vez habían estado allí todo este tiempo, ocultas en la quietud del viento.

(Ieshua, por supuesto, ya lo sabía.).

De las naves salió una veintena de jóvenes de diferentes colores, que saltaron felices para abrazar a Sananda, a Ashtar y al resto de la caravana. Tras los saludos, todos se reunieron en la carpa central— con el mono, el loro, perros, gatos y los halcones de Yasiff — para la sentada obligatoria de bienvenida. Cuando terminaron los diálogos organizativos, los viajeros, gozosos, comenzaron a embarcar.

Hubo una procesión interminable:

—camellos y caballos iban y venían,

—llevando carga a la primera nave.

Muchos animales subían solos a otra nave, como si supieran el camino. Otros fueron trasladados por sus amos:

—la colmena de abejas,

—las plantas de Caracolí,

—los gatos que ronroneaban en cestas,

—y hasta el tambor sagrado de los malabaristas. (no es animal, pero ahí está)

Cuando toda la carga y los animales estuvieron a bordo, los caravaneros subieron a la tercera nave, y despegaron. Una vez en el espacio, Ieshua se acercó a los pilotos y les dijo, sonriendo:

—Chicos, chicos… no vayan tan aprisa. ¿Por qué no les mostramos a la gente un pedacito de la Vía Láctea? Para que se lleven una buena impresión del vecindario…

¡Jejeje!

Las tres naves se elevaron en modo ínterdimensional y emprendieron un crucero de reconocimiento por toda la Vía Láctea— no solo por el sistema solar, sino por la galaxia entera. Ieshua tenía su propio estilo para improvisar itinerarios. Pero nadie inquietó. Ni siquiera los gitanos. Por el contrario, todos estaban pegados a las ventanas, maravillados mirando planetas, estrellas, soles, nebulosas y galaxias lejanas.

En la segunda nave los animales hacían lo mismo.

—el mono apretaba su nariz contra el cristal,

—las abejas zumbaban en armonía con las estrellas,

—y Toti, el elefante, observaba con sus bellos ojos serenos el baile del cosmos.

Primero hicieron un crucero rápido por entre los planetas de nuestro sol. Se acercaron a Helios, el Sol de Gaia, como quien saluda a un viejo amigo. Luego se aproximaron a Alción, la estrella corazón de las Pléyades, sol central de esta área del universo, y partieron directo al Sol Central de la galaxia.

Desde allí, admiraron a Andrómeda, su galaxia gemela, bailando en espiral con una alegría cósmica que solo los corazones puros pueden sentir. Todos los lugares fueron admirados con ojo de niño por los viajeros entusiasmados. Y cuando se notó que empezaban a cansarse de tanto color, forma y movimiento estelar, Ashtar se acercó a Ieshua y le preguntó:

—¿Cuánto tiempo más durará este tour?

Ieshua, sin dejar de acomodar sus fichas de dominó, respondió con calma:

—No dejes que pase el tiempo en Ur. Que sea la misma hora de partida… la hora de llegada. Mientras tanto, Ieshua continuó jugando dominó con las matronas gitanas en una mesita que la abuela de Yasiff había dispuesto con esmero. Sirvieron té de hierbas medicinales para todos, acompañado de dátiles frescos y pan árabe recién horneado. Comieron, bebieron, rieron, y el universo, a su alrededor, respiró en paz.

Un trayecto normal desde Palestina hasta Mesopotamia podría durar solo un par de meses. Hasta ahora, y antes de que les dieran el aventón galáctico, llevaba la caravana un poco más de nueve meses de travesía, sin incluir el tiempo en Francia y solo se había avanzado un poco más allá de Damasco. El viaje en aquel platillo volador les había acortado considerablemente la travesía, aunque para Ieshua, el tiempo sencillamente, no existía.

Al llegar las naves a Ur en modo invisible, esperaron a la noche para la descarga. Como aún había tiempo para derrochar dentro de la nave, las mujeres aprovecharon la ocasión perfecta —y el clima de júbilo interior— para organizar un *jamming* musical de celebración que amenizara al grupo de la caravana. Entre ellas estaban Ruth, Rebeca, María Magdalena, tres de las Lemurianas, Dalila y cuatro de las mujeres gitanas. Y así fue que se prendió la rumba en el espacio.

La percusión la dominaban por completo las chicas lemurianas. Ruth y Rebeca cantaban, María Magdalena tañía el bouzouki. Dalila tocaba una flauta de madera añeja. Y las niñas gitanas se encargaron de la danza. Una melodía árabe con toques gitanos resonó en el eco metálico del platillo volador. Toda la tripulación sentada sobre alfombras miraba el espectáculo. Hasta Ieshua se había levantado a bailar igualmente junto con Yasiff y Ashtar.

Deja que el desierto te acompañe.

Los silencios danzan

cuando las lunas están alineadas.

Danza, danza niña de mis ojos,

que los aromas de sándalo

perfuman toda nuestra nave,

deja que tus pies mágicos

se deleiten al compás de los sonidos,

el desierto disfruta de tus pisadas

vas salpicando amor sobre la arena

danza, danza pequeña cervatilla

que tu amado se puso en camino

al escuchar la voz de tus pensares,

arrancará y vendrá pronto

trayendo consigo

el aroma de las azucenas

que viven entre los oasis

y anidan en tu corazón.

Danza, danza, amada mía,

danza que tus cascabeles acompañan

los tambores y las harpas,

danza amada mía,

danza entre el sándalo y las azucenas

danza, que el sol se ha ido a dormir

y la luna está presta,

para que la noche sea eternamente dulce

y nuestras caricias de amor

llenen de colores la Vía Láctea.

Danza, niña de mis ojos,

hasta que las estrellas aprendan tu nombre.

XVII

El retorno de URU y REBEKKA

Siglo I

La tierra en el puerto de Ur, a orillas del mar Pérsico, apenas comenzaba a secarse tras las últimas inundaciones de los ríos Tigris y Éufrates. Después de que las aguas bajaran, nadie podía imaginar si Ur quedaría pegada a las aguas del golfo o en tierra adentro.

Los sedimentos que los ríos arrastraban, al ser expulsados con fuerza hacia el mar, eran arrastrados de nuevo hacia el fondo por las mareas saladas. Otras veces, tras las inundaciones sumerias, el mar, como embrujado por el sándalo y las flores primaverales, se volvía perezoso y no hacía nada: los sedimentos se acumulaban en las playas, dejando a Ur tierra adentro y dificultando el arribo de embarcaciones al puerto.

Para la noche en que Sananda llegó con sus amigos, Ur estaba de fiesta. Marineros celebraban con brío la destreza con que las aguas habían devuelto a Ur al golfo. Entre tanto marinero y pirata de los siete mares estaba Simba, tatara-tatara abuelo de Simbad el Marino. Simba llevaba la cepa del típico filibustero, perro del mar: ojo izquierdo tapado con un parche de cuero y una cicatriz que, orgullosa, parecía gritar que se la había hecho el mismísimo Alí Babá en un duelo épico sobre los desiertos persas —aunque su espada, decía él, había dado fin al bandido.

Pero siempre había algún chistoso que le arruinaba el cuento preguntándole:

—¿Y el tesoro de los truhanes?

Porque Simba no tenía ni una rupia que respaldara su victoria. El tesoro de Alí Babá y los cuarenta ladrones seguía sin poder ser descubierto.

Entraron por la puerta de la bulliciosa cantina cinco hombres envueltos en capuchas que los rodeaban de misterio: el grupo de Sananda, acompañado por el chico griego, Yasiff, Syd —que ya se les había unido— y, entre ellos, un Melquisedec.

Había seis mesas llenas de marineros bebiendo, comiendo y alborotando. En la más grande, de madera envejecida, en el centro de la cantina, Simba y su tripulación de perros de mar bebían ron. Al fondo, en la penumbra donde la luz del antro apenas se atrevía a entrar, una pareja de desconocidos con capucha comía en silencio. Las demás mesas estaban ocupadas por huéspedes de la posada.

Un trío de flautistas tocaba sin cesar, guiado por un barbudo español que, con su cítara, acariciaba melodías mientras una acompañante vestida de noche cantaba coplas. Varias mujeres alegres llevaban y traían comida y bebida. En la única mesa libre se sentaron los cinco recién llegados.

—¿Qué les puedo traer, viajeros? —gritó una mesera de pelo rojo, algo despeinado.

—Comida, mucha comida, y vino —dijo el Melquisedec con voz de trueno, asomando desde su capucha una nariz larga y afilada.

La mujer se acercó al bar y le dijo a un gigante gordo y calvo, que sudaba a raudales y llevaba una argolla de oro atravesada en la nariz:

—Son extranjeros. Quieren mucha comida… y una garrafa de vino.

—¡Arghhh! —fue todo lo que respondió el gigante. Luego gritó por la puerta de la cocina una orden en lengua extraña. Dentro se veía un pelotón de mujeres negras cocinando, y al frente, un chef chino de larga barba blanca y un alto sombrero blanco que se movía con cada gesto..

Desde la mesa de Simba, los hombres destapaban otra botella de ron caribeño mientras murmuraban. El capitán volvió a mirar de reojo a los recién llegados, una sonrisa torcida en su rostro mugroso, el sombrero francés de pirata cubriendo media melena que caía en trenza por su espalda.

—Pueden ser los hombres que estamos esperando, capitán —dijo el marinero de cara redonda y mejillas salpicadas de pecas.

—Vaya usted, que es el más sobrio, y pregúnteles con discreción. No vaya a cagarla. —Simba hizo una pausa—. Acuérdese de la contraseña.

El marinero regordete se levantó, no sin antes soltar un pedo estruendoso. Carcajadas estallaron en la mesa pirata. Él, impertérrito, movió las caderas hasta el banco de Sananda.

—¡Bonjour, señores! ¿Qué los trae por estos lares tan lejanos?

—Hola, buen hombre. Somos las estrellas fugaces del sol —dijo Yasiff. (Era la clave que esperaba el francés.)

—Somos los perros del mar —respondió el pirata, sellando la consigna. Se estrecharon las manos.

El gordito se presentó como Alan-Brito y pidió a los extranjeros que unieran sus mesas con la de Simba y sus hombres.

—Tranquilo, hombre —respondió el chico griego—. Tenemos hambre y vamos a comer primero. Dígale a su jefe que nos vemos mañana en el astillero, cerca del puerto, a primera hora.

Alzó enseguida la mano el chico griego a modo de saludo hacia la mesa de los hombres, que desde allá los miraban con curiosidad.

El gordito, perro de mar, volvió a la mesa de sus amigos y les dijo algo. Todos voltearon a atisbar hacia la mesa de Sananda. Pero desde allá, nadie les devolvió la mirada. Estaban ocupados satisfaciendo una necesidad biológica urgente tras varias horas sin comer. En el platillo volador habían consumido solo hierbas medicinales con dátiles, y la experiencia de contemplar planetas durante horas los tenía un poco soñolientos..

Los piratas se levantaron de la mesa y abandonaron la posada en silencio. De arriba, en el segundo piso, se escuchó el golpe de una puerta proveniente de uno de los cuartuchos. Por las escaleras bajó una pareja vestida con túnicas blancas y turbante árabe verde, símbolo de poder. Miraban hacia las mesas con curiosidad. Era la hora exacta que habían recibido de los informadores celestiales para encontrarse con el grupo de Ieshua. La mujer le sonrió a su compañero y se dirigieron a donde los hombres comían con avidez.

-—Hola, señores. Somos Uru y Rebekka —dijo la muchacha.

Sananda levantó el rostro de un estofado de garbanzos con vegetales que devoraba con placer. Junto a su plato, una pasta de dátiles e higos con manzana en rebanadas lo esperaba. Aceite de sésamo en el centro de la mesa y varios vasos de madera llenos de vino rojo. En el centro del tablón de cedro, una garrafa vacía de vino y otra a medio llenar. Comían con cucharas de madera. Varios cuchillos estaban clavados en la mesa.

—Hola, ¿qué desean, jovencita? —preguntó él.

—Nos enviaron desde la quinta dimensión para encontrarnos con ustedes como grupo de apoyo en el viaje de alta mar —dijo Uru, mirando al chico griego.

—Pues siéntense a la mesa y sírvanse. El estofado está de rechupete.

La pareja arrimó un par de sillas, se sentó y se sirvió de la olla, ennegrecida por el hollín, al borde de la mesa. Al cabo de media hora, cuando todos habían terminado, varios eructos dieron testimonio de que la comida había sido excelente. Celebraron el reencuentro con varios brindis de vino.

—¿Saben que mañana partimos a primera hora? —dijo Yasiff a la pareja.

—Sí, claro, estamos listos. Solo díganos el nombre del buque —respondió Rebekka.

—Mañana a primera hora nos encontramos con Simba, capitán del buque contratado por los chicos de la Compañía del Cielo —les explicó Yasiff—. Nos veremos en el astillero, junto al muelle. Estén allí con sus cosas.

—Listo —dijo Uru, y se levantaron de la mesa, dirigiéndose a la calle. Afuera, el sol, ya inclinado, alumbraba el puerto.

---o---

Eran las cinco de la mañana cuando los cinco hombres se encontraron con la pareja de la 5D. Se sentaron todos a esperar en silencio a los marineros sobre un tronco gigante de cedro, destinado a convertirse en tablas. Pero los minutos pasaron lentos, y los marineros de Simba solo aparecieron una hora y media después.

—¡Buenos días! —gritó un hombre al somnoliento grupo que descansaba sobre el gigante cedro, probablemente talado en Siberia. Era el gordito francés, que hablaba un sumerio entre cortado y chapuceado.

—¡Bonjour! —gritó desde donde estaban Melquisedec.

—Síganme, por favor…

El grupo siguió al marinero hasta el muelle, donde se alzaba un inmenso buque de guerra griego con velas color naranja y una bandera pirata negra ondeando con fuerza en lo alto del mástil central. El cielo comenzaba su despliegue artístico de colores hacia el azul celeste. Subieron al buque los extranjeros y fueron llevados hasta la cabina del capitán. Al entrar, lo saludaron con una venia.

—Buen día. Soy Sananda. Vengo con mis amigos de la caravana que va hacia la India. Entendemos que su buque será el encargado de transportarnos a mí y a mi gente hasta el puerto de Karachi, en Pakistán.

—Buen día, señor. Soy Simba el Marino. Permítame informarle, señor, que no podemos llegar a Karachi. En estos meses, el puerto más cercano habilitado para barcos de nuestro calibre es el de Muhammad Bin Qasim, ubicado apenas unas horas más al sur, cercano a la India. ¿Les parece?

—Claro, capitán. Los arreglos están hechos.

—Llame a su gente para que traiga sus equipajes. Partimos en una hora.

Y así fue que izó anclas y zarpó el buque griego de nombre Liberté desde los muelles desgastados del puerto de Ur, en Sumeria. Eran las diez de la mañana en punto. A bordo se encontraban los amigos de Ieshua. Destino: Pakistán. La temperatura era propicia; el viento, a favor. Los marineros no eran muy confiables, pero sabían su oficio.

El capitán del barco pirata era Simba el Marino. Simba había nacido en Bagdad, en una familia de marineros que se remontaba por generaciones. Se dedicaba al transporte de pasajeros entre los mares de Oriente y a la aventura. Aunque muchas veces se decía que su nave de guerra atacaba a piratas filipinos; él afirmaba que era mejor así que esperar a que vinieran a robarle.

Portaba la bandera pirata que Simba se ganó en limpia lid cuando su nave estuvo en el sur salvaje de Malasia buscando un tesoro perdido en una isla desierta. Desafortunadamente, la isla se hundió en el mar, y les tocó a él y a su tripulación regresar al mar Pérsico sin nada.

Contaban que, en el viaje de retorno, pararon en Chennai, en el golfo de Bengala, a recoger a unos embajadores rusos que iban para San Petersburgo; los habían dejado meses atrás en Egipto. A Simba le gustaba usar el emblema de la bandera pirata, que comenzó a ondear todo el tiempo para espantar a perros de mar carroñeros y ambiciosos

—aunque ni siquiera eran bandidos ni piratas ladrones, sino, como ellos decían riendo, “honestos piratones”.

Una parte de la gente de la caravana que venía con Sananda embarcó con sus equipajes. El resto seguiría la Ruta de la Seda hasta encontrarse en el puerto pakistaní. Todas las familias gitanas viajaron por tierra, excepto Yasiff y la suya. Algunos de los animales viajaron en el Liberté: el loro, el mono y un par de perros de Yasiff. Dalila se había traído a escondidas a su gato persa, Misifú.

Cuatro de las mujeres darían a luz en el trayecto: María Magdalena, Ruth, Rebeca y Dalila.

En el atardecer, una embarcación desconocida se acercó al Liberté. Por lo visto, eran conocidos de los marineros. Cuando estuvieron cerca, salió un bote pequeño desde el otro barco, trayendo a tres personas que subieron a bordo: un anciano con su nieto y su nieta. Hablaron con el capitán y se quedaron. Los acomodaron en la bodega, junto al almacén de alimentos, donde les colocaron un par de coys grandes a modo de cama.

Se rumoraba que el anciano era un médico ancestral con mucha sabiduría. Sus nietos iban a la India a visitar a sus padres. La familia tenía el aspecto de la gente del norte de la India.

En lo más alto del mástil se había instalado una cofa para el vigía. El atardecer aún no pintaba el cielo de morados, azules y anaranjados cuando, de pronto, varias embarcaciones pequeñas aparecieron de la nada y rodearon al Liberté.

—¡Ratas! —gritó el vigía.

Todos los hombres salieron de la bodega y del camarote principal, movilizándose por el casco en posiciones de combate. Junto a los cañones, varios hombres esperaban órdenes, todos armados con fusiles, cuchillos y espadas.

La gente de Sananda que descansaba en sus coys, subió a ver cuál era el alboroto. Syd trepo velozmente las escalinatas llevando en su mano la patineta que había traído desde Samaria. Al ver que la intención de los visitantes era agresiva, montó en su patineta voladora y salió veloz como un rayo, deslizándose por la popa para que nadie lo notara.

Al ver las ratas de mar a un tipo con una mariposa violeta revoloteando a su alrededor y montado sobre una tabla que volaba, cundió el pánico. Pero el jefe de las ratas ordenó inmediatamente:

—¡Abran fuego a discreción!

Mientras tanto, los marineros de Simba miraban confundidos al amigo de Sananda que volaba en una tabla. Se olvidaron momentáneamente del ataque y esperaban órdenes. Al escuchar el grito de “¡fuego!” de los filibusteros, empuñaron sus armas y dispararon contra los botes. Las cañoneras se abstuvieron de disparar por temor a herir a Syd.

Syd esquivó los primeros disparos y comenzó su ataque. Se sumergió veloz en el mar y, tras pegar una masa de semillas mágicas al casco inferior de cada embarcación, salió en busca de aire. Ya en lo alto, se montó en una botavara de la vela mayor y se puso a reír a carcajadas con Lummi, su mariposa mágica. Abajo, Sananda les hacía señas y sonreía.

Las semillas mágicas hicieron efecto al contacto inmediato con el agua salada, y de inmediato brotaron enredaderas gigantes que partieron los cascos de los botes piratas. Al alzarse, los marineros se aferraron a ellas, mirando con sonrisas nerviosas hacia el Liberté. Pero como las raíces de las plantas mágicas no hallaban dónde afianzarse, comenzaron a hundirse, llevándose consigo a todos los piratas.

El remolino creado por una veintena de gigantescas enredaderas hundiéndose produjo un vértigo impresionante, arrastrándolas —y a las ratas de mar— hacia las profundidades, donde perecieron ahogados al instante.

Tras la trifulca, todos volvieron a sus actividades, y los pasajeros, a descansar. En el castillo de proa y la cubierta, los hombres, en jubilo, levantaban sus armas y cantaban una canción pirata:

La canción del pirata

que surca los siete mares…

por aquí y por allá,

bla, bla, bla…

buscando siempre un tesoro

que es imposible de hallar,

bla, bla, bla…

de un barco hundido que lo dejó por ahí,

¡jajajaja!

…pero tengan mucho cuidado,

que ronda cerca el tiburón,

mientras tomamos ron…

bla, bla, bla…

El chico griego no había querido observar bien el pueblo donde había nacido hacía unos 2500 años o más. Le había causado una decepción inmensa: nada le pareció llamativo, excepto la abrumadora cantidad de basura y las edificaciones cubiertas de lodo por las inundaciones.

Estaba en esas cavilaciones, tendido en su coy de lona sucia, descansando en la bodega, donde el aire era más fresco. Oyó pasos y alzó la vista: era Uru, con una sonrisa amigable —demasiado amigable—, y tras él, Rebekka, la chica Wayuu.

—Sabes que somos el mismo yo desfragmentado del poeta de Ur hace 2500 o 3000 años, ¿cierto? —dijo Uru—. Algo similar ocurre con nuestras compañeras.

—Claro, Uru —respondió el chico griego—. Del periodo de Uruk, y justamente en eso estaba meditando. Somos como nuestro Yo mismo en diferentes secciones del tiempo… Nos reconocemos, nos encontramos, nos sentimos, nos ayudamos, nos hermanamos… Todo eso y más, hermano. ¡Qué gozo poder conocerte!

Saltó del coy y abrazó a Uru. Permanecieron unos instantes en silencio, conectados. Uru, que habitaba la quinta dimensión, cargaba una energía más poderosa que anhelaba compartir con su otro Yo, el de línea temporal inferior. En el universo no se permitía fusionar energías entre un ser superior y uno inferior, pero existía una excepción: cuando se trataba de “Yos” fragmentados del mismo alma, sin importar la dimensión en que se hallaran.

Entonces Uru se adelantó y le dijo al chico griego…

—Hermano, tengo un par de cosas para ti —dijo Uru—. Primero, debo contarte que tienes un nombre diferente. Te lo comparto: desde ahora te llamarás Urxu.

Luego, Uru procedió a meter la mano dentro de una mochila wayúu que traía trenzada al hombro y sacó algo: un aparato transparente que, a veces, parecía teñirse de un verde etéreo.

El aparato era cristalino, como si la brisa pudiera atravesarlo.

—A este dispositivo lo llaman un Replicador Personal —le dijo Uru a Urxu—. Te lo doy de regalo. Ya me imagino que conoces el principio de su funcionamiento, puesto que en tus sueños lo habías estado solicitando.

—Gracias, hermano. Me será de gran utilidad para el tiempo venidero.

—Me emociona que estemos ahora unidos con algunos de nuestros “Yos”, coordinados en este preciso instante para entrelazarse entre dimensiones y a lo largo de cualquier línea del tiempo.

—Con esta entrega he terminado mi misión —dijo Uru—. Creo que ya puedo partir con mi llama gemela hacia la base central de la galaxia. Debemos atender asuntos en otras dimensiones primitivas. Chao, hermano. Que tengas un buen viaje durante tu estancia planetaria.

—Gracias, hermano, por venir. Nos estaremos comunicando por telepatía. Y se abrazaron cariñosamente por un largo rato, hasta que Uru comenzó a desvanecerse, dejando solo al chico griego con su nuevo nombre: Urxu.

En ese instante, bajaba Sananda por las escalinatas, haciendo música con una flauta. Al ver al chico, dijo:

—Hola, Urxu. ¿Vienes conmigo? Vamos a hacer algo de música arriba…

—Oh… —Sananda se quedó mirando lo que Urxu tenía en las manos—. Veo que te han entregado tu propio replicador. Te felicito. Estás en otro nivel. ¿Sabías que lo puedes guardar dentro de tu pecho?

—¿Cómo?

—Sí. Solo presiona este botón que tiene una luz tenue… así… eso… Y luego, cuando esté invisible, lo colocas en tu pecho, y él se guarda automáticamente en tu corazón. Para traerlo de vuelta, solo tienes que pensar en él.

—Je, je, je… ¿práctico, no?

Bueno, vamos. Nos esperan arriba, en la proa.

---o---

Y así sucedió que, trepado en la vela mayor del Liberté y sonriendo, fue la última vez que se vio a Syd. Había decidido reducirse de tamaño para viajar cabalgando a lomos de Lummi, su mariposa mágica, con su patineta colgada a la espalda. Entonces, el espíritu de Sa-Ra abandonó el pecho de Syd y se fue a vivir como la hija que venía en camino de Ieshua y la Magdalena.

Syd decidió también abandonar este cuento y se fue a otro, titulado: “Syd y los Liliputienses”, donde probablemente tendrá miles de aventuras en compañía de su amada Lummi, la Mariposa Mágica.

XVIII

Final del CAMINO

siglo I, año 32 y 33 (tal vez sea un par de años mas adelante), en mayo.

Se aproxima una tormenta al mar Índigo. Simba y sus hombres se preparan. Las velas permanecen guardadas. El buque se menea de un lugar a otro. Todos los pasajeros guardan silencio entre sus coys en la parte baja del buque. Algunas mujeres trataban de dar a luz en sus cuartos, atendidas por las lemurianas. El anciano y sus nietos permanecían pegados de un poste de madera y oraban algo.

Yasiff se acercó al niño que estaba lleno de terror orando, y le pregunto que qué hacía. El niño dijo que orando. Yasiff le preguntó que a quien oraba, el niño le responde, que a quien sea que este escuchando. Entonces Yasiff sonriendo le dijo: niño, tus oraciones han sido escuchadas en el Olimpo. Ahora vendrá una gran trifulca, pero luego todo estará tranquilo. Ahora, deja de sentirte paniquiado, toma el mando y tranquiliza a los tuyos. Dile al abuelo que le colabore a las madres en el parto. El niño se quedó mirando a Yasiff como si hubiera visto a un ángel y se tranquilizó.

De pronto se escuchó un gran ruido como de trueno muy cerca del buque. Todos abajo en la bodega en sus coys esperaban como algo. Arriba en cubierta los hombres trabajaban, pero el capitán grito fuertemente a su contra maestre señalándole el monstruo que salía desde el fondo del mar en medio de la tormenta. Mientras rayos y truenos caían sobre las aguas.

Abajo, enseguida de los camarotes de pasajeros, Sananda se tira rápidamente de su coy y sube a cubierta. Agarrándose de donde puede, llega hasta el castillo de proa donde se encuentra el capitán atareado tratando de controlar el timón del barco. Miró Sananda hacia oriente y un gran dragón de color rojo con ojos iluminados de fuego se aproxima velozmente hacia el barco mientras va escupiendo llamaradas. Los marineros preparaban valientemente sus cañones y armas. Abajo en los camarotes de pasajeros, la tribu de Ieshua cerraba sus ojos. Miraban telepáticamente en silencio a Sananda en cubierta. Sabían que se preparaba una contienda y se mantenían con sus ojos cerrados apoyando en meditación a Ieshua, mientras bebes recién nacidos se aferraban a sus madres, sin llorar.

Arriba, al sol lo ocultaba la tormenta. El dragón avanzó y fuertemente lanzó su cola en forma violenta contra la embarcación destrozando el mástil y arrasando con el camarote del capitán. Los hombres dispararon catorce cañonazos contra el dragón rojo que ahora vomitaba fuego hirviendo contra el buque. Las balas de cañón solo rebotaban en el monstruo. El firmamento seguía tronando y más rayos y centellas alumbraban el cielo. Las aguas salvajemente subían y bajaban en forma agónica. El dragón se sumergió, y se levantó desde dentro de las aguas partiendo la quilla del barco en dos que comenzaba a hundirse.

Ieshua levanto su mano y creó una burbuja estilo orb que absorbía a todos los marineros, pasajeros y animales. En el mismo instante, baja del cielo casi oscuro, una luz violeta que centellea, y otro dragón pero de color azulado con ojos feroces aparece en escena. Encima del dragón que se precipita a toda velocidad hacia el mar a envestir al monstruo marino, van cabalgando sin miedo Kfjørg con su novia Xäälä, ella lleva en su mano

derecha una lanza de oro que brillaba mientras se sostiene firmemente parada encima del dragón, que vuela y apunta hacia la bestia del mar.

Al acercarse amenos de cien metros, lanza la mujer diosa la lanza al tiempo que su dragón le escupe fuego al monstruo que también vomita otra cantidad similar de fuego a los atacantes. Kfjørg saca su espada y saltando encima de la cabeza del dragón rojo, se posiciona.

Diagonal a ellos, no muy lejos dentro de una burbuja de color azul violeta, todos observaban la contienda, los marineros tenían sus ojos desorbitados y gritaban no se sabe si de terror o emoción.

La lanza que disparo Xäälä ha dado en el blanco. Del pecho del dragón salvaje, donde tiene la lanza clavada, comienzan a salir explosiones que debilitan su fortaleza. Mientras tanto el guerrero, encima del monstruo, con su espada corta la cabeza inmensa del animal, cercenandole el ímpetu de maldad de vida, quedando todo al rededor en completo silencio. La tormenta cesa de inmediato. El sol se oculta en el horizonte. El mar esta de color naranja. La burbuja ahora flota. Los chicos con su dragón saludaban a la gente que les levantaban las manos.

Las tres naves espaciales que siempre habían acompañado a la caravana, ahora están alrededor del escenario marino. De ellas salen como caminos de luces que se dirigen hacia la burbuja penetrando dentro de ella y la gente comienza a transitar sobre la luz hasta las naves. Los marineros aterrados, pero con sus corazones llenos de contento, acompañan a la tribu de Ieshua hasta las naves. Se acomodan en grupos en las tres naves. En una los marineros donde dentro de la nave esta Ur y Rebekka acompañándoles y dando instrucciones para que estuvieran tranquilos. La otra nave había recibido a la familia, animales y amigos de Ieshua y en la ultima van Sananda, Melquisedec y Ashtar.

Los maestros deciden que suficiente es suficiente. El viaje increíble que Ieshua quiso hacer por tierra y mar para llegar hasta Kashimir, había concluido. Los tres maestros

resolvieron viajar directamente hasta su destino en los platillos y tranquilizarse un poco dándole tiempo al reposo y a las emociones excitantes.

Llegaron a Kashimir inmediatamente. Estaba de noche, no alumbraba ninguna estrella, las nubes oscuras cubrían la tierra, las naves descargaron. La segunda nave había dejado a los marineros en el puerto pakistaní, no sin antes borrarles de las memoria todo sobre el ataque del dragón maligno, y en su lugar colocarles un recuerdo de llegada feliz. Su nave en perfecto estado se encontraba estacionada en el muelle enseguida de un drakkar de guerra vikingo con proa de cabeza de dragón. Todos los hombres probablemente estarían comiendo dentro del mismo tumultuoso y ruidoso hospedaje de viajeros que la banda de Simba.

XIX

En CACHÉMIRA

Año 101 — Primavera

En una finca inmensa pero sencilla, llena de animales y varias edificaciones distanciadas entre sí, con techos de paja, vivía Ieshua en tranquilidad junto a algunos de sus amigos de aventuras: los mismos que lo habían acompañado por los desiertos, el mar y la Vía Láctea. A ojo de halcón se distinguían senderos coloridos entre vivienda y vivienda. En el centro, un lago pequeño —surcado por un caudal frío que descendía de las altas montañas— rebosaba de aves. Alrededor, árboles y flores florecían en abundancia.

Dentro de una de las casitas, Ieshua estaba con María Magdalena y sus cinco hijos, entre ellos Sa-Ra. María Magdalena se había dedicado en gran parte a enseñar en un colegio que llamaba Colegio del Misterio, donde presentaba los principios básicos del universo y del Padre, contaba historias sobre los misterios del Amor entre los seres vivientes y daba charlas sobre la conexión personal con el Uno Creador. Ahora, acompañaba a Sananda en sus postreros momentos sobre la Tierra.

Durante sus últimos años, Ieshua había realizado varios viajes al Tíbet, cerca del portal que comunica con Telos. Allí se encontraba con Adama, el príncipe de las ciudades de cristal. A ellos les encantaba sentarse en silencio, meditando y compartiendo tiempo en comunión espiritual. A veces los acompañaban Elías, Buda, Alá, Mahoma, Judas, Juan, Enoc, Adán, Moisés, Abraham y varios dioses recién ascendidos, como Uru y Kfjørg.

Desde la primavera en que nació en Belén hasta esta, su última primavera a los 86 años, Ieshua recordaba a su extensa familia: su infancia en Palestina, su breve época como maestro, y la loca travesía con sus amigos a través de la Ruta de la Seda... Se reían entre ellos al evocar aquel crucero lleno de peripecias por las rutas del mundo.

Hoy, en su finca cerca de Nazir, Sananda Kumara daba su postrer testimonio a sus seres queridos. Mientras tanto, en los aires, la Compañía del Cielo giraba a su alrededor. Ieshua había integrado del budismo muchas de sus enseñanzas, especialmente aquella que promueve encontrar la paz que habita en el interior de cada ser. Murió —o ascendió, digámoslo así— en la primavera del año 101 en Cachemira.

Su tumba se dice que se encuentra en Rozabal, sobre la calle Khanyar. Poco después de su partida, lo siguió su amada María Magdalena. Sus últimas palabras a familiares y amigos fueron:

No he intentado crear una religión.
Solo traje el único mensaje de Amor y Luz
que iluminaría las religiones existentes.
Nuestro mensaje fue directo,
para que floreciera y se propagara,
y creara Paz en el Planeta Tierra
—o al menos estableciera un baluarte contra la oscuridad,
la cual proliferó con la invasión
de los reptilianos genéticamente modificados.

De todas formas, como siempre ocurre,
aquellos que profesaban apoyarnos
fueron quienes crearon las versiones más distorsionadas
y duraderas de nuestras enseñanzas.

Espero que en el siglo XXI nos encontremos nuevamente.
Una última cosita dejo a quienes aún andan confundidos:
Yo no fui crucificado.
Esa idea es solo una ilusión manipulada
por las élites mundiales
para crucificar la Libertad de cada creyente.

Yo ascendí directamente.
No existe ninguna tumba mía en ningún lugar.
Es solo una ilusión simbólica, así como este cuento.

Mi Paz os dejo,

y Mi Paz os doy.

Su cuerpo, tras ser “enterrado”, fue rescatado por sus asociados y llevado a las cámaras de renovación en la nave de Ashtar. Allí le entregaron un nuevo cuerpo —fuerte y sano— a Sananda, quien partió como guerrero a visitar a la tribu de los Arcturianos, donde tenía otro hogar.

El alma de María Magdalena retornó a Salvington para unirse como Lady Nada, diosa creadora, junto a su señor Micael de Nebadon.

Mientras tanto, aquí en la Tierra, cuando uno entra en meditación y vibra en sintonía con los Himalayas, se escuchan los ecos de los poetas que cantan sobre el Amor celestial —desde el portal del Tíbet, transmitiendo coplas a quienes escuchan el lenguaje que portan desde adentro: los Silencios y los Desiertos.

Fin

“Hay gente que habla muy bien; pero en cambio, tiene un mal Silencio. Y es el Silencio lo que importa. La preparación para el Gran Silencio.”

— Sunya Bai, el hermano del Silencio.

“Dentro del ojo pos-normal, todo es ficción al fin y al cabo. Y como la brújula anda extraviada, pues me dejo llevar por el vaivén que prolifera entre las polvorientas calles de estos pueblos macondianos, al igual que en Bagdad, Beirut, Nazaret o Ur. Me atrevo a afirmar que, en todas, casi siempre canta un gallo a cualquier hora del día en el lugar que uno menos se lo espera. Así que este animal puede joder cualquier impregnación urbana que se esté filtrando al proyecto temporal de rejuntar frases y letras separadas y olvidadas por tantos siglos de desocupe. Veo los perros de cuatro patas —los llenos de inteligencia y amor por el amo, su manada o su juego—; y también a los gatos: solitarios, curiosos, metódicos, tímidos… que hacen las veces de espías cósmicos, sanadores y protectores de energías humanas… Y todo esto me deja tranquilo.”

— ElPoetaDelSilencio